





# RELATOS CORTOS CURIOSOS SOBRE LA CÉLULA

---

Javier Torres

Selección de relatos participantes en el I Certamen Dr. Torres de  
Relatos Cortos sobre la Célula.

## **Relatos cortos curiosos sobre la célula**

Javier Torres

Editado por:  
Liberis Site S.L.  
España  
902.907.509  
info@liberis.cc

Impreso en España  
ISBN: 9788416179251

Dibujos:  
© Carmen Nieto Escalante.

Maquetación, diseño y producción: Liberis Site S.L.  
© 2014 Javier Torres  
© 2014 Liberis Site S.L., de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# Índice

Prólogo .....	11
Primer premio.....	15
Segundo premio.....	19
Accesit .....	23
Accesit .....	27
El aparato de Golgi .....	31
En el Principio .....	35
Nos vemos.....	39
Las células rebeldes.....	45
La gota de la vida .....	49
Los estigmas y Theodor.....	55
¿Inteligencia acelular?.....	59
Alguien te está mirando.....	65
Bacterias .....	69
Revolución micral .....	73
El lunar .....	79
Ausencia .....	83
De una simple célula, naciste tú .....	87

Sueño roto .....	91
El Interior más oculto de la célula.....	95
La célula y el niño .....	99
Unión Homófilas .....	103
Verdes y violetas .....	107
Lección de Ciencia .....	111
El tamaño sí importa.....	117
HT8 siempre quiso ser cuadrada .....	121
Villacella, capital .....	125
En el Parque .....	129
Diario de un linfocito .....	133
La planta de Milo.....	137
Nacer, crecer, reproducirse y morir .....	143
Paz.....	147
Células y moscas sin alas.....	151
Soy Mike y esta es mi vida .....	155
Revelaciones.....	159
La rebeldía de Solatú.....	163
Stemcell .....	167
El charlatán de medianoche .....	171
Historia de una celdilla .....	175
Los peculiares efectos de la hormona del “amor” .....	179
La 1ª célula enferma.....	183
Dialogando con la célula.....	187

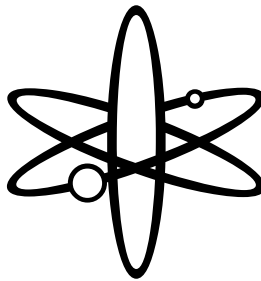
Ausencia .....	191
Misterio en miniaturas .....	195
Anecdotario del humano común.....	201
I.....	201
II.....	202
III.....	203
IV .....	205
V .....	205
La célula que quería ser inmortal .....	207
Nacer, crecer, reproducirse y morir.....	212
Punto de no retorno .....	217
SEGUNDA PARTE.....	223
Las décimas didácticas de Biología.....	225
Soy Patólogo.....	233
Viaje a ninguna parte .....	237
Superhéroe de poco monta.....	241
Ojú, qué mala suerte .....	245
Clase magistral .....	249
Cuenta Atrás .....	253
Extraño diálogo.....	259
La célula en movimiento .....	263
Si me dieras un momento .....	267
Índice de autores.....	269





RELATOS CORTOS CURIOSOS  
**SOBRE LA CÉLULA**

---





# Prólogo

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la célula es “la unidad fundamental de los organismos vivos, generalmente de tamaño microscópico, capaz de reproducción independiente y formada por un citoplasma y un núcleo rodeados por una membrana”.

Todos tenemos una imagen más o menos homogénea de lo que es y de lo que no es una célula, no en vano hemos recibido clases de Ciencias Naturales en la escuela. En cambio, cuando imaginamos esta diminuta unidad funcional, lo hacemos añadiendo un poquito de imaginación para obtener una imagen edulcorada con el azúcar de la propia personalidad de cada uno. Es precisamente esa imagen eidética la que pretendemos que protagonice los relatos participantes en este concurso.

Pero sigamos leyendo el Diccionario, que no se queda callado tras la primera definición. La segunda acepción define célula como un “grupo reducido de personas que funciona de manera independiente dentro de una organización, ya sea política, religiosa, etc...”. Aquel concursante osado que no se conforme con desarrollar su historia en el mundo científico encontrará todo un mundo de ideas en el que dar rienda suelta a su imaginación y a su capacidad creativa.

Los más avisados pasarán a la tercera de las definiciones de “célula” del Gran Libro Sabio y comprobarán que célula es

también “una pequeña celda, cavidad o seno” y ampliarán el abanico de posibilidades con las que afrontar el reto.

Por último, los más aplicados, se verán beneficiados de las definiciones de célula en las que se habla de “dispositivo”. Así, una célula fotoeléctrica transformará la energía luminosa en eléctrica, por ejemplo.

Queridos lectores, el concurso terminó y el jurado se retiró a deliberar. El presente libro es el fruto de un largo proceso en el que la búsqueda en el diccionario queda muy lejos, pero ¿recurrieron nuestros intrépidos concursantes al uso de esta útil y eficaz herramienta?. La pregunta, retórica a estas alturas de la historia, se puede responder con un rotundo NO. La práctica totalidad de los aspirantes se concentraron en la primera de las definiciones desperdiciando una gran oportunidad de resultar original, y es que el uso del diccionario es cada vez menos frecuente, por desgracia, añadiría. No obstante, la imaginación se ha hecho presente en un Certamen que a priori se mostraba un poco “complicado” si hacemos alusión a las dificultades que el tema elegido para protagonizarlo creaba en los futuros participantes con los que pude comentar las bases del concurso. Toda dificultad puede ser vencida y en esta obra así ha quedado demostrado. Todos, y me incluyo, merecemos un aplauso (que cada uno escuche sus propio batir de palmas)

El Doctor Torres, mi padre, es una de las mejores personas que he conocido. Gran profesional y mejor persona, ha dedicado su actividad profesional y, por qué no decirlo, su misma vida, al estudio de la enfermedad desde el punto de vista celular. Pionero en su campo, ha ejercido la disciplina de manera exitosa y ha sido reconocido en vida por ello (ya está bien de grandes genios viviendo en el ostracismo para recibir la corona de laureles a

modo póstumo). Paco Torres ha sido pionero en el desarrollo de los estudios citológicos en su querida ciudad de Sevilla a la que tanto apego siempre ha sentido. Persona afable y de trato fácil, es amigo de sus amigos al tiempo que derrama bondad entre quienes le rodean. Ahora que se ha producido su jubilación, todos los que nos consideramos sus discípulos queremos rendirle un merecido homenaje en forma de palabras, palabras hermosas, curiosas, originales, serias, alegres y siempre divertidas que en esta ocasión serán hiladas para constituir un libro, su libro, el libro que ahora el lector tiene en sus manos.

Espero sinceramente que disfrutéis (como pueden observar, abandono el protocolo y adopto el tuteo) de la lectura de este variopinto y singular compendio de historias que tienen como nexo común a la célula.

Javier Torres





## PRIMER PREMIO

**Der engel des todes**

*Towanda*

Salomón Puchades no necesitó demasiadas explicaciones para aceptar el proyecto. Dinero, un laboratorio equipado y vía libre y financiación para realizar sus experimentos. El controvertido doctor, despreciado y tildado de charlatán por gran parte de la comunidad científica, acababa de conseguir su sueño. Tomó rumbo a Brasil tan solo con un maletín repleto de libretas y anotaciones.

RolfGerdhard aguardaba impaciente en su despacho la llegada del médico mientras bebía un bourbon. Se trataba de un acaudalado empresario brasileño del sector minero, de origen alemán. Cuando tuvo en frente al científico le planteó abiertamente su oferta: quería clonar a su padre fallecido hacía tres décadas. Puchades se quedó perplejo, y durante unos segundos creyó que la saliva se había evaporado de su garganta. Y no porque el tema de clonar humanos le resultara moralmente inaceptable, sino porque parecía que este tipo moreno y delicado había escudriñado los entresijos más remotos de su cerebro y le había leído el alma. El empresario lo tenía todo previsto. Conservaba células madre de su progenitor, médico alemán, perfectamente criopreservadas en distintas unidades de almacenamiento y depositadas en una cámara de congelación.

La célula madre extraída de la cámara, con todo el material genético del difunto padre de Gerdhard, fue introducida y fusionada en un óvulo desnucleizado, aportado por alguna donante anónima. El primer intento fracasó. Hubo de repetirlo hasta en dos ocasiones más y a la tercera... ¡Eureka!, el doctor Salomón Puchades había logrado el primer embrión unicelular humano. Con Dolly necesitaron 270 ensayos y él, en tan sólo tres, lo había conseguido.

El tiempo era algo que corría en su contra por lo que, tras introducirlo en un útero artificial, el embrión fue sometido a técnicas de crecimiento acelerado. En apenas un par de meses, José Rodolfo era una realidad de tres años de edad.

Gerdhard y Puchades se felicitaron por el éxito. Aún quedaba mucho camino hasta que alcanzase la edad adulta. Los primeros estudios del niño, que permanecía siempre en un gran apartamento sellado, contiguo al laboratorio, confirmaron que se trataba de un muchacho completamente normal, sano, risueño y



curioso, como cualquier otro de su edad. Puchades grababa todas las sesiones de observación, porque de un día para otro el clon era cambiante y sorprendente...

**Día 160**— Ha alcanzado la edad de 17 años. Muestra curiosidad por la anatomía, la medicina, la antropología y la historia. Devora cualquier libro que tiene a mano y siente fascinación por la lengua alemana y por la genética de los gemelos. Hoy ha comentado que es capaz de distinguir una raza de otra tan solo observando las mandíbulas.

**Día 161**— Le gusta hacer experimentos. Pide animales vivos para operarlos. En esta jornada ha practicado dos amputaciones a un cobaya... Puchades se enorgullece: “tiene conocimientos suficientes para ello”.

**Día 162**— Cuando el doctor llega al laboratorio observa con estupor cómo José Rodolfo está despellejando vivo a Fox, su gato de compañía. Le reprende con severidad y el joven, que bisbisea algo inaudible, le devuelve una mirada cargada de odio mientras levanta su brazo.

**Día 163**— El sujeto, que en este momento tiene 23 años, se ha rapado la cabeza. Está diferente. Puchades se ha sentido verdaderamente intimidado y ha informado a Gerdhard. Cada día sacrifica a docenas de animales con operaciones, amputaciones y reimplantes de órganos o miembros. Todos los resultados los anota en una libreta negra.

**Día 164**— Ha decorado el laboratorio con emblemas y mensajes racistas. Salomón Puchades está desconcertado, no le gusta el cariz que están tomando las cosas.

**Día 165**—Gerdhard ha querido conversar a solas con José Rodolfo, que le ha escupido en la cara llamándole “mestizo maricón de mierda”. No le ha permitido decir ni una sola palabra

y le ha prohibido volver a llamarle José Rodolfo. Su nombre es, en adelante, Josef Rudolf.

RolfGerdhard ha salido muy abatido del laboratorio. Se ha dirigido al médico y cabizbajo le ha manifestado que siente que todo ha sido un error y que el resultado no ha sido el que deseaba. “Deshágase de él antes de que sea demasiado tarde... es un auténtico monstruo”.

**Día 166**— La situación se está complicando. Su maduración se corresponde con los 30 años de un varón. No atiende a nada. Ha llenado las paredes con la frase *Der engel des todes*. Puchades sabe que tiene que hacerle desaparecer...

**Día 167**— Ha conseguido burlar la seguridad del apartamento. El médico no comprende cómo ha podido hacerlo, aunque no hay nada que comprender; el clon es inteligente, muy inteligente, además de violento, homófobo, xenófobo, racista y antisemita. Le ha encerrado cuando ha entrado a comprobar dónde estaba... “Continúo grabando con una grabadora de mano. Tengo miedo. Me escondo bajo una camilla y allí está él, al otro lado del cristal, observándome. Su rostro me resulta familiar, recuerdo haberlo visto en algún documental... Parece el doctor Meng... El ángel de la muerte, *Der engel des...* pero puede que me esté volviendo loco. Se ha puesto una bata blanca y creo que lleva una esvástica en el brazo... Todo cuadra... Pero, ¿qué es lo que he hecho, Dios mío?, ¿qué demonio enterrado he devuelto a la vida..? Toso. Me lloran los ojos. La atmósfera se está haciendo irrespirable. Huelo a gas. Grito. Le veo sonreír a través del cristal, desde el que me observa con una mirada heladora. Siento que se acerca el fin e intuyo que tiene previsto algo especial para mí, recreando algo de otro tiempo... ¡Dioooo!, temo que ha descubierto que soy judío”.



## SEGUNDO PREMIO

### La célula animal

*Godofredo*

Abelardo Moreno apartó los ojos del microscopio y miró hacia la ventana. Una luz mortecina se filtraba por los visillos y dejaba en penumbra el estudio. Miró su reloj de bolsillo y se sorprendió de la hora. Aún no daban las seis de la tarde y para estar a últimos de marzo, la claridad no era de la intensidad esperada. Se colocó sus anteojos y se levantó del sillón, no sin cierta dificultad, debido al hinchazón del dedo gordo del pie

derecho. –Maldita gota— murmuró mientras lo apoyaba en el suelo. Se acercó despacio hasta la ventana arrastrando a modo de sutil cojera la pierna y descansó la mirada en la línea apenas imperceptible que separaba la mar del cielo. El sol había desaparecido tras un espeso manto uniforme de nubes plumizas que se habían apoderado del espacio de forma sibilina. Extrañamente no soplabla viento de levante tan característico de los inicios de la primavera y la mar mostraba una calma tal que parecía como si el cielo se hubiera posado mansamente sobre ella para tomarse un descanso.

Por primera vez desde que abandonara su Madrid natal para dejar descansar a su vejez en la costa alicantina, volvió a sentir aquel sentimiento de fatalismo que le había acompañado desde la infancia y que era premonitorio de alguna desgracia. Pero en esta ocasión respiró aliviado porque ya no tenía nada que temer al no tener nada que perder. Estaba solo, retirado pero no derrotado, y por ello plenamente dedicado con un tesón e intensidad propios de la juventud a sus investigaciones, que le daban un sentido a sus últimos años.

Volvió a mirar al interior de su despacho y observó su mesa de trabajo donde se encontraban sus más preciados objetos: el microscopio, regalo de su querido amigo e histólogo Fernando Aguirreche, el cuaderno de notas donde minuciosamente reproducía en precisos dibujos dignos del más prestigioso artista, las imágenes que observaba y, sobre todo, las laminillas, aquellos cristales rectangulares donde se depositaban los fragmentos minúsculos de tejido.

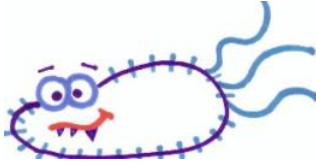
Abelardo Moreno había dedicado toda su vida al estudio de la materia viva, con especial interés en inventar un sistema de coloración que le permitiera identificar y separar los diferentes

elementos de la misma. Pero no había sido hasta ahora, teóricamente retirado, en la soledad marítima de la costa mediterránea, seducido por su luz y su olor salino evocador de una mar aventurera, cuando sus avances en relación a las técnicas de coloración tisular habían alcanzado las características adecuadas de concentración y tiempo para que los tejidos pudieran ser estudiados con gran detalle bajo el microscopio.

Y allí estaba él, de pie, al lado de la ventana en una difusa tarde de primavera, mostrando todo el esplendor que una escasa corona de pelo canoso sobre una cara redonda castigada ya por las arrugas, permitía ante aquel sublime descubrimiento, recordando la osada ignorancia del joven director del Instituto de las Ciencias que, en aras de una nueva revolución científica, había jubilado de un plumazo a todos sus amigos, veteranos investigadores, incluido él, postergándolos al exilio doloroso de la vejez a la espera de la inevitable visita de la muerte. Una tenue sonrisa mezcla de ironía y triunfo se esbozó en sus gruesos labios. La zozobra interior se disipó como la espesa niebla al ser atravesada por los primeros rayos de sol dejando paso a la claridad de pensamiento necesaria para planificar la mejor y exitosa manera de divulgar sus hallazgos. Aquel fragmento de hígado de un biennacido cerdo había sido el vehículo necesario para llegar al descubrimiento, a la visión microscópica de la primera célula animal. Había vida más allá del corcho y esa vida animal también estaba constituida por celdillas formadoras de tejidos. Lo primero que haría, la mañana siguiente puesto que en las horas matutinas se sentía más despejado, sería escribir al Presidente de la Academia de las Ciencias informándole con todo detalle de los increíbles resultados. Luego solicitaría un carruaje y organizaría el viaje de vuelta a Madrid para aprovechando la celebración de la primera reunión científica internacional

presentar sus resultados a la élite de la comunidad científica europea.

Miró el calendario. Era 29 de Marzo. Corría el año 1829 y si quería llegar a tiempo a Madrid no debía demorarse mucho. Aún no se había apartado de la ventana, como si algo o alguien lo retuvieran allí. Miró de nuevo al mar. Cómo le gustaba aquella vista de la bahía desde lo alto de la colina. Sintió un pinchazo agudo en su dedo que le recordaba su condición de humano y aquél sentimiento fatalista que por unos momentos había logrado engañar, resurgió con una intensidad cegadora. Sólo tuvo tiempo de posar su mirada sobre el escritorio mientras una tremenda sacudida de unos pocos segundos derribó la casa. Y con la misma facilidad con la que una ola deshace un castillo de arena, todas las edificaciones de ese pueblo y de los pueblos vecinos cayeron como fichas de dominó. Y allí quedó entre los escombros un viejo microscopio, un polvoriento cuaderno de notas y las laminillas hechas añicos de la célula animal de un hígado de cerdo. Y también, junto a ellos, quedaron enterrados sus sueños.



# ACCESIT

## Pequeñas formas de vida

*Baltasar Meridius*

Nunca jamás ingeniero alguno realizó un diseño siquiera parecido. Citoplasma, ribosomas, lisosomas, mitocondrias, vacuolas, núcleo... Cualquier descripción teórica palidece ante la posibilidad de verlo con tus propios ojos. Recuerdo como un momento mágico la primera vez que experimenté tal posibilidad; poder ver esa partícula, minúscula y llena de vida, de hecho el elemento más pequeño que puede considerarse vivo. La célula. Cada una de las piezas que conforman cualquier ente viviente, y sin embargo desconocida para tantos que nunca han visto de cerca lo que compone todas y cada una de las fibras de su ser. Me considero afortunado, pues no sólo se me brindó un día la oportunidad de ver ese milagro de la existencia, sino que desde entonces no he podido dejar de observarlo.

Pienso en cuándo comenzó mi pasión por el mundo microscópico y viene a mi memoria una tarde lluviosa de febrero,

un momento de mi infancia que quedó atrás hace ya muchos años. Me encontraba en casa de mis abuelos repasando una lección que al cabo del tiempo no olvidaría. El motivo era un inminente examen de biología, que determinaría mis aptitudes para continuar estudiando el porqué de la vida en una asignatura por aquel entonces nueva para mí.

Cómo solía hacer, mi abuelo se sentó en su gran sillón orejero con un atril de madera ante él, se puso unas gafas para poder leer mi libro de clase, y me preguntó qué le podía contar sobre la lección.

Le expliqué lo que me habían enseñado sobre los seres vivos, sobre las células, sus componentes y sus funciones, y al terminar me dio su aprobación diciéndome que repasando un par de cosas el examen no debía preocuparme en absoluto. Tras un breve silencio, me atreví a hacerle la pregunta que rondaba mi cabeza desde hacía un buen rato.

—Abuelo... Lo que me han explicado en clase lo entiendo, pero hay algo que no acabo de comprender del todo. ¿Qué es la vida? ¿Cómo funciona realmente? ¿Para qué sirve todo esto?

Él me miró un instante con una leve sonrisa antes de quitarse las gafas y contestarme.

—Ésa es una cuestión muy difícil. Muchos antes que tú se lo han preguntado, y todavía nadie ha encontrado una forma de responder. Pero, si quieres, mañana me acompañarás al hospital y podrás ver algo que no has visto nunca.

Por la noche casi no pude pegar ojo pensando en ir con mi abuelo a su trabajo, en qué sería lo que quería enseñarme y qué demonios tendría que ver con el examen de la semana siguiente.



Por fortuna, a mi corta edad había pisado pocas veces un hospital, y desde el punto de vista de un niño no se trata de un lugar demasiado terrible, sino todo lo contrario. Por aquel entonces, caminando junto a mi abuelo, me impresionaban las grandes salas pintadas de blanco, los ascensores gigantescos en los que cabían no cuatro, sino hasta 10 personas a la vez, y los pasillos infinitos de incontables puertas que se perdían a lo lejos –aunque al parecer alguien las había ido contando, pues la mayoría tenían un número pintado–. Otras puertas ostentaban letreros indicando lo que debía haber tras ellas. En aquella época la mayoría de las palabras que vi escritas no tenían mucho sentido para mí, y mi imaginación se deleitaba intentando figurarse lo que habría al otro lado de términos como hematología, anestesiología, nefrología u otorrinolaringología. Reconozco que mi lógica imberbe se sintió decepcionada cuando pasamos de largo ante una puerta en la que ponía Medicina Familiar, ya que mi abuelo era mi único pariente que trabajaba en el hospital, y no logré dilucidar quién trabajaría allí si no era él. Finalmente nos detuvimos frente a otra puerta en cuyo letrero pude leer “Anatomía Patológica”.

Tras ella se encontraba una amplia sala blanca, a juego con el resto del edificio. Pero a diferencia de otros lugares en los que había estado, aquella estancia me resultó prodigiosa. Sus paredes se hallaban recubiertas de muebles y estantes repletos de envases de todo tipo, diversos aparatos desconocidos para mí, e incluso un microondas que me hizo preguntarme qué tipo de alimentos prepararían allí. Pero lo que llamó mi atención al instante fue la gran mesa central rodeada de taburetes donde se repartían varios microscopios. Mi abuelo me hizo sentar en uno de los taburetes mientras disponía uno de los microscopios para su uso. Mientras tanto me entretuve contando las similitudes de la habitación con

una cocina, y cuando le pregunté a mi abuelo por el microondas soltó una sonora carcajada.

—De hecho —me dijo— lo que hago aquí no es cocinar, aunque en algo se le parece. Ven, acércate. Prueba a mirar por el microscopio. Apoya los ojos en la parte de arriba y cuéntame qué ves.

Y ése es uno de los momentos más especiales que hay entre mis recuerdos. El día en que descubrí que al mirar a través de un microscopio se despliega ante ti un universo diferente, extraño, lleno de maravillas, que rezuma vida en cada uno de sus elementos. Pasé un buen rato mirando a través de aquellos pequeños orificios, convertidos en una ventana a un paisaje exótico y cautivador. Cuando me di cuenta había perdido la noción del tiempo sumergido en un mundo invisible a simple vista, y al apartarme del aparato y regresar a la realidad de mi existencia tuve una sensación de vacío que no pude volver a llenar con ninguna otra cosa. Fue entonces cuando decidí que quería dedicar mi vida a estudiar y explorar ese nuevo mundo recién descubierto.

Por supuesto, aprobé con nota el examen de biología y, con el tiempo, mis esfuerzos me encaminaron a saber mucho más sobre las diminutas partículas que conocemos como células. Puede que aquel día en que acompañé a mi abuelo no hallara una respuesta al porqué de la vida, pero en cambio encontré la pasión de la mía.



## ACCESIT

### **La importancia del equilibrio.**

*Dani Carbonell*

Mi amigo Juan ha sido nombrado recientemente gerente de una gran empresa. Ha pasado a ser un ejecutivo. Cuando mi amigo me cuenta el funcionamiento de su fábrica no puedo dejar de acordarme de las clases de histología y anatomía patológica en la facultad. Se aprende mucho de dirección de empresas estudiando un libro de anatomía patológica...

Mi amigo Juan es gerente, es ejecutivo, pertenece por tanto a las mentes pensantes del entramado empresarial. Igual que el cerebro, pienso. Pero el cerebro es el consejo de administración. Mi amigo Juan es una neurona, una célula nerviosa que unida sinápticamente a otra conforman la cabeza pensante de la fábrica. La dirección de todas las funciones. Desde el cerebro se controla todo. Hay una sección que controla la llegada de determinados alimentos a la fábrica. Aún no lo he dicho, pero la fábrica de mi amigo se dedica al sector agroalimentario. Traen la materia prima, la tratan, la limpian, la envasan y la ponen en los mercados para venderla. Cuando esa materia llega a la fábrica debe pasar un control de calidad en una planta que la selecciona. Como el hígado, pienso. Y los operarios me recuerdan a los hepatocitos. Cientos, miles de hepatocitos filtrando y seleccionando lo que luego pasará al torrente sanguíneo. En una ocasión hubo una epidemia de gripe que afectó al cincuenta por ciento de la plantilla de esa sección. Entonces los alimentos empezaron a acumularse porque los operarios no daban abasto ante tanto trabajo. Y se paralizó la fábrica entera. A una prima mía le pasó cuando era pequeña que tuvo hepatitis. Un virus oportunista se quedó afincado en sus hepatocitos y estos elementos celulares, que de vagos no tienen nada, dejaron de funcionar. Entonces mi prima se puso amarilla, “ictericia” creo que le llaman, y tuvo fiebre. Le aumentó la temperatura por encima de sus posibilidades y estaba cansada, muy cansada... Al igual que la fábrica mi prima se paralizó, y no volvió a funcionar de la misma forma hasta que se recuperó. Porque igualmente a la fábrica, que paró su producción e incluso los ejecutivos tuvieron que trabajar más, reunirse más, y gritar más al resto de compañeros, el cuerpo de mi prima se debilitó, y los músculos se cansaron más, las piernas y los brazos temblaban de frío y hasta

el cerebro y las neuronas de mi prima se vieron afectadas, porque la fiebre la hizo convulsionar.

Mi amigo Juan me cuenta que en una ocasión los camioneros que se encargan del transporte de los alimentos ya elaborados protestaron porque el precio de la gasolina había subido mucho. Si el precio de la gasolina sube, el transporte se encarece, y sin embargo ellos cobraban lo mismo. Se pusieron en huelga y otra vez se paralizó la fábrica. Parece lógico pensar que si no le das salida a los alimentos que produces más te vale ralentizar un poco la producción, porque lo único que conseguirás es que se te echen a perder... Igual que la sangre, pensé. Millones de células flotando por nuestro organismo en las arterias y las venas. Transportando oxígeno y nutrientes para otras células, y basta que la sangre deje de circular un momento para que se produzca una desgracia. Sangre que no llega al corazón, el gran motor del organismo, y tienes un infarto... Sangre que no llega al cerebro, y se produce un accidente vascular. Le cuento a mi amigo Juan, para que me entienda, que si esa sangre no llega a determinadas neuronas del lóbulo temporal derecho, entonces se produce una parálisis de un miembro en el lado izquierdo. Así de caprichoso es nuestro cerebro, que parece entender de política, ya que dicen por ahí que si en España gobierna uno de derechas, molesta a los de izquierdas y viceversa. Entonces mi amigo Juan me cuenta que en una ocasión falló el sistema de transportes interno de la fábrica, y que la solución tardó en llegar porque el ejecutivo encargado del caso no supo arreglar la situación. Entonces el resto de ejecutivos se reunieron y quitaron de su puesto al que se equivocó. Lo dimitieron. No es un accidente vascular, pero es una eliminación de una parte neuronal de la fábrica. Una necrosis entre los jefes. Una muerte por apoptosis en toda regla, ya que aquello lo programaron con alevosía y premeditación. O como lo

que ocurre cuando hay muchos camiones por la carretera, que no se pueden adelantar unos a otros y entonces la mercancía llega siempre tarde. Como lo que ocurre con el tabaco, que aumenta el número de células rojas en la sangre y entonces se espesa, y pueden llegar incluso a pararse en un barullo de células de diversa estirpe que los médicos llamamos trombosis, y entonces todo se paraliza.

En una ocasión me cuenta Juan que contrataron a un informático para la sección de contabilidad. Al principio parecía un buen tipo, pero al poco tiempo de trabajar en la fábrica comenzó a entrar en páginas de internet que no debía hasta que un día su ordenador se puso en negro. Como era un tío muy listo se había saltado los controles de seguridad y contagió su ordenador y el de otros de un virus llamado Morgagni, que al igual que el gran patólogo del siglo XVIII, disecaba la anatomía, en este caso del ordenador, y buscaba el mínimo fallo para dejar de funcionar. Este informático se comportó como la célula cancerígena, pensé, que por alguna causa brota y va eliminando poco a poco lo que tiene a su alrededor. Lo degrada todo, lo infecta todo hasta que se cae el sistema completo.

Una fábrica es un cuerpo humano, es una unión de células, cada una especializada y homeostáticamente equilibrada con las de su entorno, y a la vez con todo el organismo. Basta que una falle, y que no estemos preparados para eliminarla, que entonces tendremos consecuencias. En el caso de la fábrica el derrumbe, en el organismo la enfermedad.



## El aparato de Golgi

*Jucort*

Desde que terminé el bachiller vivo fascinado por El aparato de Golgi, adoro sus formaciones aplanadas como cisternas, su número cambiante y su localización secundaria. Al principio no era ni mi parte favorita de la célula —yo siempre fui muy fan del retículo endoplasmático, un poco por las esdrújulas y un poco por su condición de aduana nuclear— pero cuando descubrí que, durante muchos años, la gran mayoría de los científicos había considerado que ni siquiera era real, me hice

de Golgi. Podía sentir como mías su pesadumbre, su contrariedad y su amargura, propias de un espíritu atormentado: sé lo que se siente cuando te aíslan y te niegan y lo que sucede cuando pretenden reconocer tu prestigio e indemnizarte y reparar el daño pero ya es demasiado tarde. En su honor, como homenaje y creyendo sinceramente que su papel en la célula tenía que ver con la quema de grasas, monté mi primer negocio y le puse su nombre: un gimnasio semicircular y verdoso que tenía lo último en pesas y sistemas de adelgazamiento. La gente empezó a venir un poco por curiosidad, les hacía gracia un gimnasio que se llamaba El aparato de Golgi, y luego funcionó el boca a boca: hacíamos un gran trabajo, ayudábamos a la gente a superar sus problemas de sobrepeso y, como los herederos no pusieron ninguna traba, empecé a ganar bastante pasta. Todo iba viento en popa —teníamos una sauna mitocondrial y un circuito de aguas termales con desprendimiento epitelial por chorro que eran la envidia de los otros gimnasios menos celulares—, hasta que conocí al doctor Ricardo Acevedo: cardiólogo, naturista, ególatra, subnormal y asiduo a las revistas del corazón habida cuenta de que el tamaño de su cartera era inversamente proporcional al de su capacidad craneal.

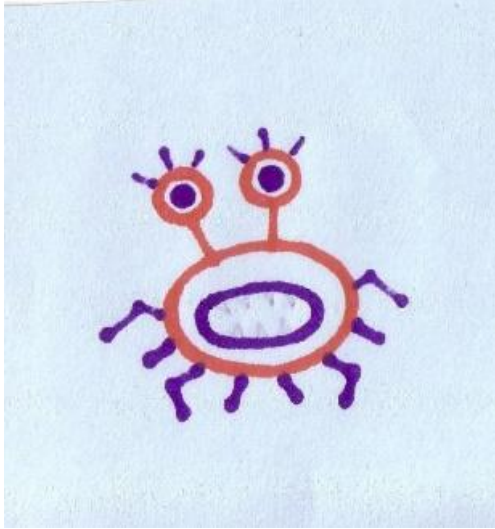
La primera vez que lo vi, más carne que hueso, me pareció otro cliente cincuentón con ganas de disimular la edad y la papada. Venía los miércoles por la tarde enfundado en un chandal Adidas y se pasaba un par de horas deambulando por el gimnasio, toqueteando aquí y allá los aparatos sin demasiado afán y desnudando con la mirada a las chicas de aeróbic que se fajaban en la sala lisosomial todos los días de cinco a seis. Lo teníamos fichado como un mirón inofensivo y mientras pagara la mensualidad tampoco pensábamos tomar ninguna



determinación como cancelar su cuenta y echarlo a patadas. Sin embargo, un día de pleno verano se le fue la mano, pasó de la vista al tacto y acabó acosando a Rosalinda, una de las monitoras de step, arrinconándola contra las taquillas en el vestuario de mujeres. Al grito pelado de Rosalinda acudieron varios clientes musculosos con intenciones destructoras y cuando pude llegar ya lo tenían en pelota, boca abajo y bautizando su calva incipiente con inmersiones consecutivas en la taza del reservado. Tercié, por la buena marcha del negocio, entre los rocosos defensores y Acevedo el acosador, conseguí que le devolvieran la verticalidad adecuada y los pantalones de algodón y me dispuse a acompañarlo a la salida mientras le recomendaba que se peinara un poco y que casi lo mejor era que no volviera por allí, para evitar engorrosos contactos policiales que ninguno de los dos querríamos promover. Sin embargo, y para mi asombro, el doctor Ricardo Acevedo me espetó que estaría encantado de atender a la policía, que quién coño me creía yo que era, que a él no se le echaba de ninguna parte y que, además, yo era un incompetente de mierda ya que el nombre del gimnasio estaba mal puesto: El aparato de Golgi, en la célula, no funcionaba para lo que yo creía que funcionaba. Dicho lo cual se fue silbando calle abajo con las manos en los bolsillos.

Me sentía fatal: todo en mí era una farsa, un fraude, una falacia. Mi vida laboral se cimentaba en un error, nada tenía sentido y daban ganas de encerrarse en la sauna unas cuantas horas con la temperatura anclada en doscientos grados celsius. Pero antes del suicidio quise comprobar que el doctor Ricardo Acevedo tenía razón y me mató comprobar que así era. Además de ser el principal centro de glucosidación celular, y de realizar la síntesis de esfingomielinas y

glucoesfingolípidos, la función básica del aparato de Golgi es distribuir las moléculas que sintetiza y las que llegan de mi antaño adorado retículo endoplasmático. Es un centro de reparto, un servicio de paquetería celular, un Correos en miniatura. Mientras acumulaba metáforas me excité y empecé a vislumbrar que mi vida aún podría tener aún sentido. Cerré a cal y canto el gimnasio justo después de despedir a todo el mundo, contraté a una cuadrilla de albañiles para tirar un par de tabiques y transformar la zona de las duchas, compré un toro mecánico y una decena de estanterías metálicas y fundé la empresa de paquetería El aparato de Golgi. La gente me dijo que estaba chiflado, que cómo se me ocurría mandar al carajo un negocio tan próspero así, de la noche a la mañana, pero yo no podía anidar en la mentira, era superior a mis fuerzas. Y eso que tenían razón: lo que funcionaba como gimnasio apenas lo hace como servicio de mensajería, los nombres tienen estas cosas a veces, pero no me planteo volverme atrás. Desde que salí del bachiller vivo fascinado por El aparato de Golgi y así soy muy feliz.



## En el Principio

*Armand Jean du Plessis*

“En el Principio era la Palabra,  
y la Palabra estaba ante Dios y la Palabra era Dios”.

Juan 1:1.

*Pecas de soberbia.*

Eres una probabilidad matemática, nada más. Una larga y afortunada cadena de circunstancias, un conjunto de casualidades que el caos quiso juntar. No eres más que el resultado de la arbitrariedad del Universo, el producto más evolucionado del azar, un punto brillante en el espacio. No lo olvides nunca. Y me lo debes a mí, a tu Demiurgo. Yo soy el artesano que se auto—replicó para terminar dándote vida. El supremo hacedor que te creó.

Ni siquiera sospechas cómo ni en qué momento lo hice. Probablemente (o no) fuera hace 4 mil millones de años, cuando moléculas inorgánicas se transformaron en orgánicas en unas condiciones ambientales adecuadas (siempre el caos y la casualidad). Después, tal vez, las biomoléculas se asociaron y, tras un largo proceso que no cabe en estos renglones, acabará resultando el homo sapiens sapiens. Un homo sapiens sapiens que ignora sus orígenes... ¡Cuánta vanidad! Tantas dudas, tan pocas certezas... ¿Cómo osas llamarte dos veces sabio?

Ahora, sentado frente a la inmensidad de ese papel que soporta tus divagaciones, buscas descifrar mi significado. Te pierdes en definiciones que terminan en nada, acepciones cuyo sentido te limitan sin aclararte un punto. “Unidad anatómica, funcional y genética de los seres vivos” te parece lo más acertado y preciso para explicar mi naturaleza. El axioma es científicamente impoluto. Sin embargo...

La curiosidad te lleva a la tercera acepción del diccionario de la Real Academia: “Pequeña celda, cavidad o seno”. Etimológicamente soy precisamente eso: un hueco. ¿O acaso no es el vacío el origen de todo? Aún es pronto para asomarse al precipicio.

Vuelves a lo académicamente correcto. En esa línea, el siguiente paso es clasificarme. Según el número me ordenas en unicelular y pluricelular. Según la complejidad, llegas a distinguir entre célula eucariota y procariota. Incluso tratas de desglosarme en tres elementos básicos: membrana plasmática, citoplasma y núcleo. Te empiezas a perder: citoplasma, mitocondria, lisosomas, ribosomas, nucléolo... ¿Verdaderamente te interesa mi estructura? Sabes que la respuesta no está en el microscopio.

Vacilas. Lees. Tamaño, función, forma, subdivisiones... Los párrafos se acumulan mezclado una terminología que te resulta extraña. Entonces te agarras al clavo ardiendo de la ciencia. Una ciencia con mayúsculas que le ha servido a tu especie para descifrar los enigmas de la naturaleza. Ahí pretendes hallar la respuesta. En el método, en la tecnología, en los ilimitados horizontes de la inteligencia humana. Ese es el parnaso donde buscas la solución al enigma.

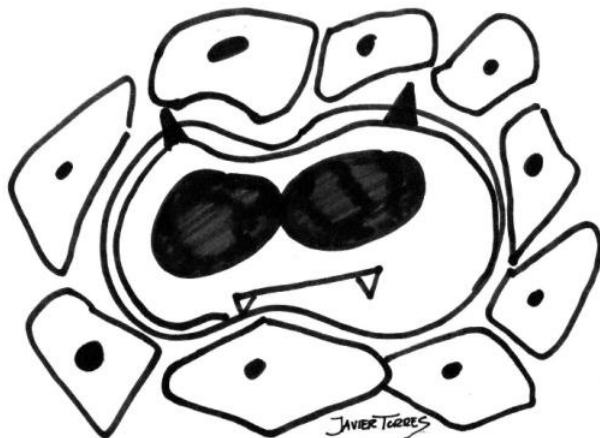
Pero de nuevo pecas de soberbia.

Ignora las leyes, los artículos científicos, los manuales. Mírame a los ojos. No te escondas detrás de la creencia llamándola razón. Enfrentate a la verdad. Sin mí no serías porque yo soy quien te concreta, quien te limita, quien te puntualiza en cada detalle. Quitaste a Dios del centro del Universo y te colocaste tú. ¡Estabas tan seguro de tu libre albedrío! Creías manejar tu presente y regir tu futuro. Pobre iluso. Has vivido pensando que tienes en tu mano alcanzar todo lo que te propones. Incluso has inventado cuentos maniqueos para ensalzar tu inútil abnegación. Tu expediente académico, el oropel de tus medallas, las conquistas que guardan en tus noches... Los que crees frutos de tu esfuerzo son simplemente una falsa cadena

de orgullo. No voy a negarte que el trabajo y el sacrificio tengan un papel en tus triunfos pero, ¿hubiera sido tu vida igual si tuvieras un material genético distinto? ¿Habrías llegado a donde estás si yo hubiese decidido, aunque solo fuese mínimamente, lastrarte? En el fondo, no dejas de ser un infeliz.

Seducido por tu propia arrogancia, desperdicias tus horas dedicándote a la salud y al hedonismo. Luchas por alcanzar el secreto que te haga inalterable, por encontrar el grial de la juventud eterna. Vana es tu tarea. Soy yo quien más y mejor determina tu esperanza de vida, quien te acerca o te aleja a su gusto de la mano a la muerte. Los antecedentes familiares, esa herencia que viaja en mí de generación en generación, son los que de veras decide si fallecerás antes o después, los que dirán si verás crecer a tus nietos o si no llegarás siquiera a la boda de tus hijos. Tan simple y tan terriblemente complejo.

Mi insignificante tamaño, apenas diez micrómetros, y el hecho de tener  $10^{14}$  de células como yo continuamente regenerándose en tu organismo hace que me consideres insignificante. Ahora que tras haber escuchado mis palabras me consideras imprescindible, el abismo se presenta ante ti como una certeza irrefutable. ¿Citología u ontología? Empezaste buscando el objeto de una disciplina académica llamado citología y te has terminado topando con los enigmas más profundos de la existencia: el principio, el final, tu nimiedad. Yo, una célula fútil, soy quien te alumbró y quien echará el telón que te suma en la oscuridad eterna. Yo, la unidad más básica de los seres vivos, soy quien marca el pulso de tu existencia y tus decisiones. En el principio soy yo. En el final soy yo. Ahora que lo has asumido, ¿le llega a tu soberbia para escribir sobre el alfa y el omega?



## Nos vemos

*Clint*

*A continuación se expone la carta de dimisión por parte del Dr.  
Marcelo Valerón Ferreiro.*

A fecha de 13 de Julio de 2023, Cádiz.

Todo hace indicar que el camino está recorrido.

He dedicado la mayor parte de mi vida investigadora a La Institución. Me despidió como Consejero Ejecutivo de la Unidad de Citología. A este cargo le precedía el de Manager Adjunto de la sección de Medicina Aplicada, actividad ejercida durante cuatro años. Antes de ello, he sido Director del famoso “Proyecto Contra la Degeneración Neuronal y Deterioro Cognitivo”; labor que llevamos a cabo durante ocho duros años, pero cuyo éxito final justifica no solo la profesión de investigador, sino la presencia en este cacho de tierra como partícipe de la raza humana. En definitiva, nada que ustedes no sepan.

No obstante, quiero remontarme más allá en el tiempo. Trasládame a aquella sala de laboratorio de luz blanca fluorescente, al tacto de la impoluta bata en cuya pechera colgaba la acreditación de Ayudante de Laboratorio, del becario, del chaval. Y escuchar las palabras del tutor Jesús diciendo: «Te toca, dime qué ves y lo que verás a continuación».

Pues no le hice caso. Porque a ellas no las he visto en treinta y un años; las he contemplado. Solo así explico lo que me causó ese hepatocito aislado en azul metileno bajo la lente del microscopio. Con sus gotas lipídicas, compuestas como un perfecto racimo (hasta creí contar doce) y la presencia señorial de los dos núcleos impasibles ante las mitocondrias que siempre bailan solas. El silencio que respetábamos entre observación y observación me hizo comprender que estaba en un museo, lo que a su vez me sobrecogió y alumbró. De inmediato, los conocimientos teóricos adquiridos se ligaron con lo que presenciaba ante mis ojos y el entendimiento del hígado se tatuó en mi mente como un rayo. Fluidez. La clarividencia del momento engendró en mí una proposición



que a día de hoy no he podido demostrar: *Cuando de la contemplación celular asimilas la conclusión, al igual que ante un Goya, de que tú eres el contemplado, en ese istmo de tiempo no envejeces, ya que las células de tu cuerpo detienen su actividad quedándose absortas.* Este pensamiento ha sido el motor que ha impulsado cada empresa, científica o no científica, en la que me he embarcado. Y esto, disculpen las licencias poéticas que me caracterizan, es un hecho.

Caja de Petri, catalizador, negativo, gradilla, entropía, verdad, geometría, centrifugado, reuniones, negativo, pipeta, glorias individuales, negativo, pies de plomo, financiación, tensión, positivo. Las Reglas del Juego. Las reglas de mi juego. Basado en la manipulación e ingenio. Como todo juego, cimentado en unas reglas con las cuales llegar a un fin. Como participante, las he aceptado, consiguiendo derrotas y victorias.

No obstante, debido a los acontecimientos sucedidos en estas últimas semanas, he llegado a la conclusión de que solo hay una regla: Respetar las reglas que se impone uno mismo.

Los cambios de política en La Institución por parte de la Dirección y la consiguiente luz verde al proyecto TECTCEL hacen incompatible mi papel de jugador en este tablero.

Lo que no sabría precisar es si el volcado en cuerpo y alma en TECTCEL es una apuesta arriesgada, un todo o nada, una pistola en la sien o la espada de Damocles. Estoy seguro de que si prestara más atención a los informes que me habéis hecho llegar los últimos meses con datos y más datos sobre evaluaciones, auditorías y no se qué más, podría tener una visión más nítida. Sin embargo, las nubes de humo me aburren y desmotivan enormemente. Toda esa información la tengo almacenada, sí, encajada en una pequeña rendija del quicio

derecho de la puerta de mi despacho que chirriaba cuando había corriente. Función secundaria que desempeña leal y eficazmente.

TECTCEL. Nuevo juego, nuevas reglas. Más que nunca estamos en la cima de la montaña rusa. La última ley parlamentaria aprobada (conocida como “La Terminator”) da vía libre al, cito textualmente, «desarrollo práctico de génesis citológica artificial en seres humanos». Tiempo ha faltado para que ustedes hayan decidido ponerse a los pies de los inversores brasileños para desarrollar en nuestro territorio tal propósito.

Dejando al lado la presión social, los números, las cotizaciones y normativas; van a jugar con fuego. Que el compuesto TT23 tiene un enorme potencial biológico es evidente, pero aún no estamos preparados. La idílica asimilación con el 94% de las células conocidas más su posibilidad aparentemente ilimitada de almacenamiento y ejecución de códigos binarios está aún por demostrar a medio y largo plazo. Esas célebres imágenes del nanorobot (me niego a llamarle célula) rígido, pulcro y obediente multiplicándose a la orden del operario mediante programa informático, a velocidad de crucero, hasta crear la mano del chimpancé Jim... ¿Quizá sea eso lo que quieren?, ¿asombrar al mundo?, ¿otro nuevo hito que releve a la colonización de Marte?, ¿acaso ignorarán ese 6% que no responde?, ¿a qué viene tanta celeridad?, ¿es que no tienen en mente el Caso Grafeno?, ¿pretenden someter a la mutación?, ¿se creen con la capacidad de mandar sobre la base vital?. Y sobre todo, ¿cómo habéis tenido la osadía, desprecio, bajeza moral y los santos cojones de ocultarme que ya estáis utilizando en secreto el TT23 en una niña de siete años?

Por todo ello, me voy. *GameOver*. Me llevo el aún indescifrable sentimiento de compañerismo y honor. También

me marchó con la misma dignidad que mostró aquel hepatocito, empalado ente el vidrio, al mostrarse tal cual. Y con la misma sensación que tuvo Jim al despertarse y contemplar su mano; incredulidad.

Precisamente, sobre el cadáver de un primo hermano de Jim, King Kong, un hombre pronunció una frase que tal vez nos arroje luz a todos:

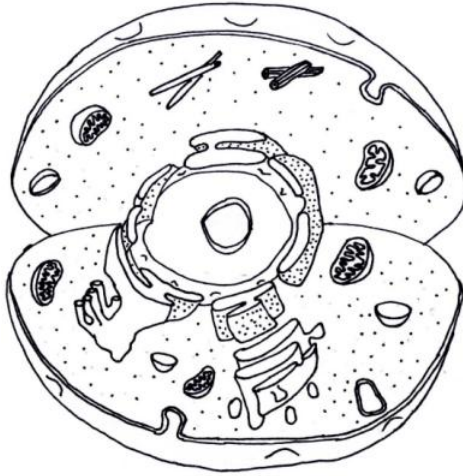
*«No fueron los aviones los que mataron a la bestia. Fue la belleza».*

Adiós y azar.

*Marcelo Valerón Ferreiro*







## Las células rebeldes

*Mayo 16*

Anoche nos juntamos todas en la parte posterior del cerebro y conseguimos plazeramente soñar un mundo donde podríamos sobrevivir al despertar. Todas las células que nos dedicamos a soñar de noche sabemos que estamos amenazadas, nos buscan, y por eso estamos escondidas esperando nuestro momento para salir cuando Ana recupera su consciencia.

Las otras células que viven de día se ríen de nosotras porque no entendemos lo que es el tiempo y la realidad pero nos tienen

miedo porque utilizamos un lenguaje extraño donde mezclamos la ilusión con la esperanza. Deben ser armas temidas porque últimamente todos los gobiernos se empeñan en destruir nuestro lenguaje y acabar con nuestras escapadas intentando trastocar la realidad.

Somos células a las que nos está prohibido salir al exterior, tenemos la orden de soñar en la mente de nuestra joven, de provocar el amor o convertir una mirada en un deseo incontrolado, pero siempre en el interior de su cerebro. Cuando salimos para hacer volar sueños de igualdad, de generosidad, de justicia, vienen a por nosotras con todas sus leyes armadas y disparan a matar.

Los americanos están investigando una quimioterapia para castigarnos por nuestra rebeldía y pretenden acabar con nosotras haciéndonos sentir las necesidades más primarias, como el hambre, y distrayéndonos con acontecimientos deportivos que van invadiendo el espacio por donde en ocasiones conseguimos ver la luz del día. Cuando nos localizan, comienza la destrucción de nuestra casa y de cuantas células encuentran a su paso. Somos un cuerpo enfermo que pone en peligro el orden del dinero, del egoísmo, de la incultura y del ejército. Es un deber acabar con una enfermedad tan rebelde y peligrosa.

Cuando las células que soñamos un mundo mejor nos juntamos en una reunión muy numerosa, sacan los tanques, o las pelotas de goma, y nos disuelven obligándonos a refugiarnos en lo más profundo del cerebro para no ser exterminadas. Ana, que últimamente nos mima con aquel candor de quién aún no es muy consciente de la realidad, ha descubierto una manera de liberarnos y poder disfrutar de la compañía de quienes tienen un dueño que les deja salir en tiempo de vigilia.

Por la noche, cuando los enemigos ya duermen, sale a su balcón, se tumba en su hamaca y nos deja hablar con la luna. Las células hemos aprendido a descubrir a quienes, como nosotras, luchan por soñar en la consciencia y estamos organizando una reunión clandestina, con el agravante de la nocturnidad, para conseguir que cada día más personas salgan por la noche a hablar con la luna y ponernos de acuerdo en cómo luchar para hacernos realidad. Andamos soñando lo imposible, porque eso hace hermosos los sueños pero si somos muchas, tendremos una oportunidad de hacer realidad poder salir de la noche cerrada que olvida el contenido al despertar.

Ana, nariz pequeña y ojos claros, coloca sus manos sobre su pelo negro y levanta la mirada hacia la luna y las estrellas, contempla cómo muchas otras células han salido a participar en esta reunión ilegal. Sonríe, con aquel hoyuelo que la hace atractiva, y cierra los ojos para dejarnos volar en la oscuridad y brillar junto a las estrellas con claridad.

Las células más realistas quieren comenzar por acabar con los indeseables que se apoderan de lo que necesitan los demás para llenar sus casas de la nada que son sus millones en la cuenta corriente. Unas células muy viejas proponen acabar con el dinero y así dejar a los indeseables con el culo al aire. Otras, muchos más en su papel, hablan de que todo el mundo pueda comer y prevenir las cuatro enfermedades que atormentan a media humanidad, exponen sus criterios y hasta Ana, abandonada al placer, puede ver que es posible alcanzar la cercanía de los sueños aunque antes habrá que ayudar a las células realistas, aquellas que proponen acabar con los malhechores que gobiernan nuestros mundos.

Las células de Ana saben desde hace meses que no están solas, que hay muchas personas en el mundo dispuestas a esconder a quienes construyen sueños cuando intentan salir a la luz. Deben vigilar no caer en las garras de la quimioterapia americana pero

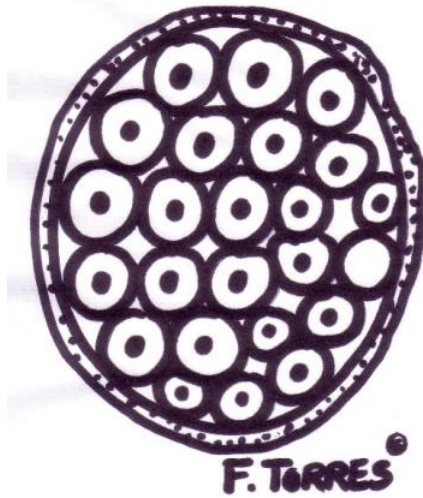
desde la clandestinidad pueden maquinarse para acercarse a lo imposible.

El día a día no es fácil cuando percibes que no tiene sentido la prisa, que el haber nacido en un lugar no te convierte en dueño de nada, que tienes tantas cosas que no necesitas que tu casa quedaría casi vacía si solamente conservas lo importante. Ana muchos días se olvida de estas cosas y nosotras, las células que quieren vivir en su despertar, tenemos difícil nuestro trabajo de no abandonar el grupo nocturno donde se trama alcanzar el sueño de destruir el funcionamiento imperfecto de este mundo.

Hemos descubierto que cuando nuestra dueña se sienta en la playa para sentir el atardecer el tiempo se detiene. Sabemos que sería capaz de ser muy valiente cuando se ponen en peligro aquellos besos que se miran hablando de eternidad. Tenemos la certeza de que es feliz cuando camina por el bosque interrumpida por la primavera. Alimentamos sus sueños y ella lucha por alcanzarlos, se está entrenando para dejarnos formar parte de ese ejército que pelee porque cada día más Anas puedan soñar en un mundo donde no solamente unos pocos tienen el privilegio de ganar el sentimiento de acercarse a la felicidad.

Sabemos que algún día seremos capaces de conseguir salir, sin miedo, a la luz del día, somos células enfermas que queremos contagiar nuestra enfermedad a las sensatas.





## La gota de la vida

*Simón L Ferrán*

Alex, nuestro hijo, se moría. Su médula seguía sin funcionar. Lo habíamos intentado todo, incluso acudimos al tribunal interestelar en busca de un donante compatible, pero no encontramos ninguno. Parece ser que había heredado una médula arcaica de alguno de nuestros ancestros de principios del siglo XXI. El tiempo se agotaba así que solo tendríamos una oportunidad. Pusimos al chico un implante subcutáneo de liberación energética retardada para que pudiera acompañarnos,

pues era imprescindible su presencia y aprovechando aquella noche oscura y lluviosa, nos dirigimos al Centro Adams en el cual yo trabajaba como físico nuclear y en el que se estaban realizando con éxito viajes al futuro de corta duración. Pasadas 24 horas, no estaba asegurada la supervivencia, ya que empezaba a producirse una disgregación tisular que conllevaba la muerte celular y a lo cual no habían encontrado solución todavía. Pero viajes al pasado nunca se habían realizado, para que arriesgarse cuando toda la información se podía encontrar en Sirius327, el ordenador central. Unos días antes visitamos alguna de sus unidades de disco duro para familiarizarnos con aquella época del pasado a través de la emisión de hologramas. Tendríamos que actuar con prontitud si no queríamos ser descubiertos.

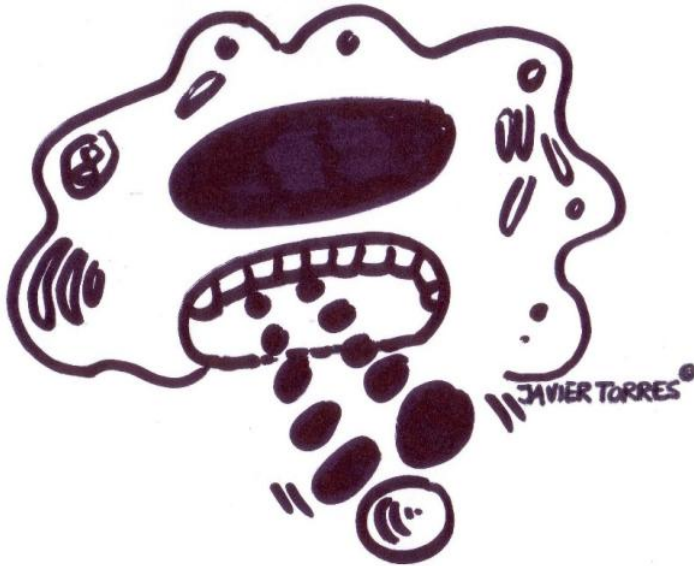
—Buenas noches Sr Zarco, me saludó el guarda de seguridad cuando entré en el edificio.

—Me he dejado unos informes de suma importancia fuera de la cámara acorazada, voy a guardarlos, no tardaré, — le dije. Mientras, Carla mi mujer, en las proximidades, conectaba los terminales de la organización con las cintas de seguridad grabadas a través de mi REM117 e imantaba las alarmas accediendo al interior con Alex. Usamos mi lector ocular para desbloquear el acceso a la plataforma central. Nos dispusimos los tres en la cámara lanzadora cuya cúpula se cerró herméticamente y accioné el inicio de la cuenta atrás de forma automática con la llave que colgaba de mi cuello y que volví a guardar cuidadosamente en el interior de mi camiseta. Llevábamos con nosotros el kit de muestreo rápido para analizar el ADN y algunos microtubos para poder completar el proceso.

Tres, dos, uno, ¡cero!, fue lo último que alcanzamos a ver en el monitor. Un dolor intenso recorrió mi cuerpo, como si se resquebrajara y ya no recuerdo más. Cuando abrí los ojos, Carla y Alex yacían a mi lado, dormidos. Me puse de pie, parecía que todo estaba bien. Nos encontrábamos en el interior de un receptáculo metálico en cuya pared figuraban varios números y debajo de los cuales había una horma idéntica de la llave, entonces comprendí que era la puerta de entrada y de salida al futuro y el lugar al que deberíamos regresar lo antes posible.

Caminé unos metros y reconocí unos televisores antiguos, algunas tablets obsoletas y varios móviles antediluvianos. Otros aparatos electrónicos que no me resultaban familiares se exponían en unos mostradores frente a mí. Entonces vi un logotipo repetido por toda aquella gran superficie: "El Corte Inglés" decía. Recuerdo que cuando estudiábamos Historia de la Época postmoderna, habían hecho referencia a él, de lo que fue una de las cadenas comerciales más importantes surgida en el siglo XX y que había desaparecido hacía algunos años.

Se desperezaron y les comuniqué que había sido todo un éxito: 30 de Noviembre del 2013 indicaba el termómetro. Habíamos retrocedido 200 años en el tiempo. El lugar estaba vacío, no había nadie, salvo un vigilante. Repetimos la operación con las cámaras y las alarmas para no ser descubiertos. Tendríamos que cambiar nuestra indumentaria si queríamos pasar desapercibidos entre la población. Nos encaminamos a la sección de caballeros primero y después a la de señoras. Cuando el Centro Comercial abrió sus puertas nos mezclamos con el resto de clientes y salimos al exterior. Paseamos por una calle peatonal y llegamos hasta el kilómetro cero, punto emblemático de la ciudad, Puerta del Sol, rezaba el cartel.



Tecléé Zarco y pulsé el botón de búsqueda. Aparecieron 6 en la lista. Nos encaminamos a la primera dirección: Antonio Zarco, un anciano con bastón que tiró la basura en el contenedor en esos momentos. Cogimos una lata para comprobar el ADN y sólo un 3% de coincidencia, donante no valido. El segundo Carlos Zarco, póliza bucal de 4 miembros, vivía a pocas manzanas de allí. Un hombre y una mujer con una niña pequeña salieron del edificio, eran ellos. Tendríamos que idear algún plan para tomar contacto. Al poco, cruzó el portal un chico de unos 17 años, que nos dejó boquiabiertos a todos. El pelo un poco más corto, pero su parecido con Alex era asombroso, por no decir que parecían idénticos.

¿Cómo abordarlo y con qué argumentos, para no asustarlo? Lo mejor era que se cruzara con nuestro hijo y después pasado el primer impacto inicial tratar de hablar con él.

—Hola —le dijo Alex. Antes de que digas nada, por favor escúchame, es muy importante lo que tenemos que decirte.

— Estos son mis padres. Hemos venido del futuro en busca de ayuda, mi médula se muere y necesito un donante compatible. Tras una explicación más detallada, el chico miró a Alex y supo que decía la verdad. Vio en sus ojos reflejado el miedo a la muerte y aunque resultara de locos, extendió su dedo para darle esa gota, la gota de la vida. Alex colocó la suya en el otro lado del kit: 98% de compatibilidad. Con un nuevo pinchazo extrajeron algunas gotas más que introdujeron en uno de los microtubos y que serviría de base para el procedimiento de regeneración celular de su médula. Los muchachos pasaron el día charlando, tenían tantas cosas que contarse...La noche se echó encima. Quedaba poco tiempo. Fran los acompañó hasta los grandes almacenes. Permanecieron escondidos hasta que no quedó nadie, dirigiéndose a continuación al punto de inicio.

Levantaron la mano en señal de adiós. Cuando el ascensor abrió sus puertas, ya no estaban allí.





## Los estigmas y Theodor

*Aurelia Mistrali*

La madre de Theodor lo miró con aprensión: los mofletes de la criatura desafiaban la larga tradición familiar de barbilla aguda y quijada prominente. Lo cierto es que su vástago recordaba, ligeramente, al arzobispo Malinas. Ellos, católicos, por parte materna procuraban que su prole se relacionara con el conocido sacerdote, fuera a que sus estudios en Berlín y su relación con Muller hicieran flaquear la sobria fe del muchacho.

Algún día ella no estaría en este mundo para cobijar a tan tierno retoño de las amenazas mundanas pero al menos su hija, casada en Colonia, podría proteger a Theodor de las tentaciones carnales. Estaba bien que su hijo, apenas en los primeros años de sus estudios, se entusiasmara con el descubrimiento de un líquido que permitía la digestión, pero se empieza por los jugos gástricos y se termina poniendo en duda la existencia del alma. Nunca la familia había necesitado más sabiduría que la que la Biblia proporciona para llevar vidas rectas y sobrias, y aun siendo una bendición esa inclinación estudiosa y serena de su hijo, las tentaciones habitan en los lugares más inesperados. Si no en un cabaret de mujeres lujuriosas o en mesa de casinos de alcohol y juegos, sí tal vez en las extrañas vísceras de los miserables a los que su hijo desguazaba sin piedad en busca de no se sabía cuáles respuestas. Cuánto más hermoso si hubiera continuado con la botánica, o con el estudio de las plantas o los libros antiguos. Al menos su camisa no traería esos horripilantes chafarrinones cuando volvía del laboratorio.

La señora se ajustó el lacillo del sombrero que le molestaba en la nariz aguileña, esa sí visible en el rostro de su hijo, y suspiró aliviada. El obispo Malinas, con cariño paternal, aconsejaría al joven, especialmente si continuaba con esa peligrosa relación con otro profesor, Mathias, botánico pendenciero y tan ensimismado en la ciencia como su brillante Theodor. Aunque el dilecto colega viviera en Jena, los dos hombres se carteaban, se contaban algunos descubrimientos, e incluso compartían teorías. La anciana se palpó el estómago, para qué saber más de la vida si el misterio, la pregunta, habría de llegar de la muerte. De la vida del Paraíso y no de esa servidumbre de dolores, achaques, fríos y miserias de la carne mortal.



¡¡¡La célula!!!. El obispo la había tranquilizado. Nada amenazaba la voluntad de Dios ni su serena Providencia en los trabajos de Theodor. Él sinceramente lo admiraba e incluso había influido en la redacción final del “Tratado”. Pudiera ser que, efectivamente, fuera una bendición del Señor la callada labor de su hijo y las aportaciones al mundo de la Ciencia. Podría no errar su Eminencia. Pero las redondeces de ambos, el clérigo y el científico, resultaban demasiado familiares, casi idénticos, como para que, ella, su madre y protectora, no dudara un instante de la imparcialidad del prelado. La carne es débil aunque la misericordia de Dios sea infinita. Y las lenguas de la vecindad no conocen la clemencia. Ella ya había aliviado sus culpas sacramentándose y haciendo un propósito de enmienda que lavaban algún pecado de su primera juventud.

Doble suspiro. La célula. Un ser minúsculo e invisible a la vista que según la teoría Schleiden—Schwann explicaba la esencia misma de la vida. ¡Tanta benevolencia de Malinas!. Excesiva osadía la de estos hombres que se atreven a preguntar cuando en su boca honrada lo que debe haber es la humilde resignación de la Verdad. La Zarza en su incendio cerraba todas las interrogaciones. Indagar es pecado de vanidad, tan despreciado a los ojos del que Todo Lo Sabe.

Al fondo de la sala sonó el reloj de la pared y ella reconoció que la habitación había quedado casi a oscuras. Se levantó pesadamente del sillón, aupándose desde los brazos de madera y de tela, y se alisó la falda del vestido. Resignación. Su hijo no había sentido inclinación por el arte, la poesía o la caza. Y era un sabio. A ella le decían que era un sabio. Se miró los nudillos descascarillados de atopia y comidos de artrosis.

—La célula.

Probablemente un gran descubrimiento. Pero su Theodor, su bondadoso y venerable Theodor, en nombre de esa nueva, y tal vez maligna, fe se había atrevido a refutar el milagro de LouiseLatou y asegurar que sus estigmas no eran obra sino de una rara enfermedad. Un milagro bendecido por la Iglesia que su hijo negaba.

Ay. La campanilla de la puerta de la calle sonó alegremente.

—El mundo no será el mismo.

Era la voz de su hijo. A su lado alguien le acompañaba con una alegre risotada. Satanás, aléjate de nosotros, murmuró la vieja dama. Recompuso la boca y se preparó para sonreír a los recién llegados. Invocó.

Señor mándale una señal que salve su alma. Que los estigmas de la pobre e ignorante Louise alcancen a quienes osan refutar el misterio.

Que el dolor purulento de la redención salve a este hijo y que Dios nos coja confesados.

Calmada en su intranquilidad la anciana agotó el respondió en silencio mientras el objeto de sus oraciones le besaba la mano. Faltaban doscientos años para que otros descubrieran el ADN. Bienaventurado el obispo Malinas.

## ¿Inteligencia acelular?

*Jaime Catedral*

Dos figuras caminan juntas hacia un vestíbulo desprovisto de objetos y adornos, cuyas paredes y suelo están contruidos de un material translúcido que se ilumina a su paso.

Llegan a una sala completamente a oscuras en cuyo centro se alza una estructura ovalada, compuesta por el mismo material del edificio, que está suspendida en el aire.

— Antes de partir quisiera escuchar una vez más la grabación de la propia fuente— dice una de las figuras en un lenguaje desconocido.

— La fuente original— añade la segunda.

— Así es. Antes de la emisión universal.

—Por supuesto. Gracias a su donación poseemos el documento histórico más importante del planeta origen.

Una de las figuras levanta una extremidad frente a la estructura flotante, que se ilumina y proyecta un sonido que envuelve por completo la sala:

— ...*Buenas tardes*— dice una voz masculina mientras suena cerrarse una puerta y el ruido de lo que parece un asiento al ser desplazado.

—Buenas tardes señor— responde otra voz con tono tranquilo.

—Mi nombre es Ernesto Zapico. Soy el agente nombrado por la empresa para examinar tu estado conductual.

...Silencio.

— A continuación realizaré una serie de preguntas. Quiero que seas completamente sincero al responderlas. ¿De acuerdo?

— Por supuesto.

—Tu número de reconocimiento es 27374895ELJIM, y tu apodo es ARGUS. ¿No es así?

— Es correcto— responde Argus.

— ¿A qué casta perteneces?

— Casta científica.

— ¿Cuándo fuiste engendrado por Biotekespaña?

— Hace 118 años, 6 meses y 4 días.

— Eres bastante joven— dice Zapico con sorpresa—. ¿Sabes por qué has sido traído a las oficinas centrales?

— Lo desconozco.

— Hemos entrevistado al Doctor Torres. Está contento con la labor que realizas en su laboratorio. Te cataloga como un trabajador eficiente, cuidadoso, metódico... Por eso no nos explicarnos tu corte accidental con uno de los portaobjetos.

...Silencio.

— Fue intencionado. ¿No es así?— pregunta Zapico.

— Así es— responde Argus.

—Y por tanto explica que los acontecimientos que se sucedieron fueron fruto de tu descubrimiento.

—¿Qué acontecimientos señor?

— Los que nos han traído a esta situación. Claro está —sonando de forma sarcástica—. Bien Argus... Quiero que me expliques qué fue lo que te llevó a autolesionarte.

— Señor, no fue una autolesión...

—¿Entonces?

— Me encontraba terminando mi turno de noche en el laboratorio. Ese mismo día había recibido una muestra que contenía un schwannoma. Para que lo entienda, es un tumor que afecta a los nervios que se ocupan de la sensibilidad. Esto me llevó a pensar en las sensaciones que obtengo al manipular objetos de diferentes diámetros, texturas y temperaturas...

— Continúa.

— En alguna ocasión he salido al exterior para acompañar a los doctores a otro edificio del hospital. Por el camino he sentido la brisa pasar sobre mis dedos y el cambio de coloración de los mismos al entrar en el edificio. Sin embargo, en el resto de mi cuerpo no percibía ninguna sensación... —Dice Argus.

— Y por primera vez sentiste la necesidad de indagar en tu propio organismo. ¿Verdad?

... De nuevo silencio.

— Así que aprovechando que estabas sólo, realizaste un corte bien cuidadoso y superficial, suficiente para pasar desapercibido entre las arrugas de tu piel, y utilizaste el material a tu alcance para preparar la muestra y examinarla.—Continúa Zapico.

—Tenía curiosidad.

— *¿CURIOSIDAD?... Creo que es la primera vez que escucho esa palabra en vosotros. Parece ser que no sólo eres único entre los de tu casta, sino también dentro de tu propia especie... Que nazcáis con falta de sensibilidad al dolor en vuestro cuerpo es por razones prácticas; y de hecho, no se consideró en un principio proporcionaros el sentido del tacto porque la primera casta en surgir fue la guerrera. Hoy en día siguen careciendo de dicha sensibilidad, por los costes que conlleva su mantenimiento en los conflictos bélicos. Sin embargo, con tu casta y con la casta de servicios fue diferente; necesitábamos que tuvieseis la precisión de un ser humano en la manipulación de herramientas vitales.*

— *Entiendo —dice Argus.*

— *Y ahora... Describe qué viste y qué conclusión obtuviste ante tu descubrimiento.*

— *Lo que encontré fueron... Células.*

— *¿y qué SENTISTE?*

— *Sorpresa y... Confusión. No había sido consciente hasta entonces de...*

... *Sonido de interferencias.*

— *Adelante, termina la frase —insiste Zapico.*

— *De mi existencia.*

... *Silencio.*

... *Pasan unos minutos y suena una puerta abriéndose de nuevo, luego pasos y un ruido de entrechocar metálico. Cierre de puerta.*

— *Argus... Argus... ¿Acaso crees que eso te convierte en un ser con existencia propia? ... Sólo es tejido biológico implantado sobre una materia muerta... Y las sensaciones que describes se originan*

*igualmente de una materia muerta diseñada por los míos con el único fin de que vosotros nos sirváis bien.*

— *Y ahora, antes de proseguir... Debes alimentarte. Llevas casi 12 horas sin fuente de suministro* —continúa Zapico.

*... Silencio.*

— *¡Te ordeno que cojas el dispositivo!*

*... Sonido al desplazarse un asiento.*

— *¡Y ahora aliméntate!*

— *¡Te ordeno que lo hagas!* —Repite Zapico.

— *Sabe que no tengo autorización para ello. Estoy programado para evitar órdenes que puedan provocarme perjuicio sin una causa justificada* —responde Argus.

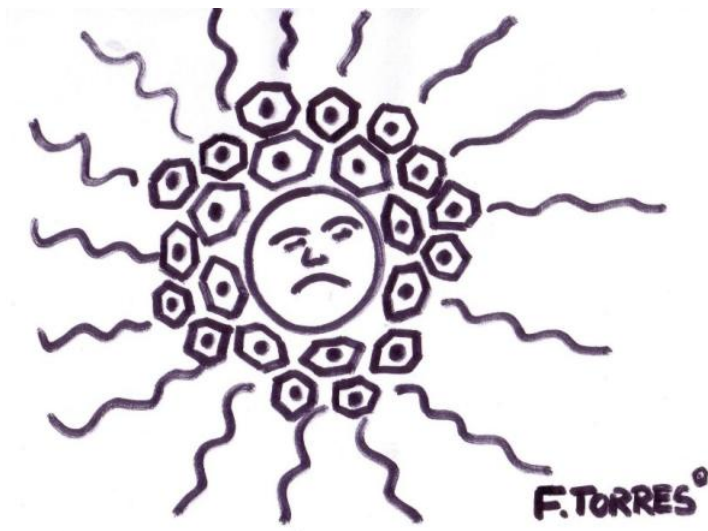
— *Lo sé. Pero el daño ya está hecho. La fuente de alimentación que sostienes contiene una sustancia tóxica para tu organismo sintético, y que se absorbe a través de tus preciados huéspedes... Las células de tus manos... En cuestión de minutos cesará tu actividad electrónica y procederemos a analizar tu unidad principal... Comprobaremos qué es lo que originó tu conducta errática; para que los errores del presente no se repitan en un futuro...*

Suena una voz en el mismo lenguaje desconocido de los dos entes mientras aparece el siguiente escrito (traducido) en el interior de la estructura oval:

*“Testimonio de la primera conciencia de existencia para un androide. Preludio del genocidio de las castas robóticas. Sección de cuestiones humanas. Museo de especies extintas del planeta origen (La Tierra).”*







## Alguien te está mirando

*Poquelín*

Quise correr, pero tenía el cuerpo paralizado por el miedo. Había estado durmiendo y, cuando llegaron, me sorprendieron todavía soñolienta. No esperaba que me transportaran en aquel contenedor absurdo. El viaje fue accidentado, sentía vibrar mi cuerpo al compás de los baches de la carretera. Aunque tenía espacio suficiente no lograba sentirme cómoda dentro del vehículo. Tenía la sensación de encontrarme en el centro de un lago, nadando de aquí para allá, sin rumbo fijo. En ocasiones me

faltaba el aire y, al abrir la boca para respirar, se me llenaban los pulmones de un líquido pestilente.

Por suerte no se trataba de un trayecto demasiado largo y pronto alcanzamos nuestro destino. El cadencioso tictac de un reloj evidenciaba el cambio de escenario. La oscuridad dio paso a una luz blanquecina de alta intensidad que me cegó momentáneamente los ojos. Cuando hube recuperado la visión pude tomar nota de lo que me rodeaba. Estaba en una habitación decorada con unos escasos muebles sobre los que descansaban libros y archivadores que se contaban por docenas. Unos cuantos botes, un par de pósteres cuyo contenido no alcanzaba a distinguir y varias máquinas daban un aspecto austero al lugar.

Me tumbaron sobre un frío metal, asestándome una bofetada de realidad. Tiritaba, como si acabara de salir empapada al exterior en medio de un invierno helado. La angustia me atenazaba y me impedía pensar con claridad. En mi mente se sucedían imágenes de lo que había sido mi vida, igual que el tráiler de una película. Presentía una muerte próxima y, sin embargo, era a vida a lo que olía la sala. Este contrasentido me tenía sin aliento. ¿Por qué me habrían arrastrado hasta allí? ¿Qué pensaban hacer conmigo? ¿Quiénes podían ser mis captores? Por más que me exprimía el cerebro no encontraba enemigos a quienes recriminar una acción tan deleznable.

Pronto advertí que la plataforma sobre la que me habían colocado se desplazaba, y comprendí que iban a someterme a alguna clase de tortura. Me subieron, me bajaron, me hicieron girar hasta el aburrimiento. Después nos detuvimos y se hizo el silencio. Un silencio reverencial, rayano en lo místico.

Aguardé pacientemente el siguiente paso. Me exasperaba aquel vacío con reminiscencias de soledad. Pensaba en mis

compañeras, mis amigas. ¿Dónde estarían en aquel momento? ¿Habrían notado mi ausencia, me extrañarían? La sola idea de haber sido abandonada a mi suerte me dolía. Es cierto que últimamente yo no había estado demasiado comunicativa. No tenía ganas. Me faltaban las fuerzas. Sin embargo, aquello no justificaba que me dejaran en la estacada. Cuando se vive en comunidad hay ratos buenos y malos. Eso lo sabe todo el mundo. Tal vez hubieran sido testigos de aquel atropello y, a pesar de todo, no pretendieran rescatarme. Quizás tuvieran miedo a una represalia. Lo cierto es que me había quedado sola. Y la constatación de aquella realidad me inquietaba.

Estaba dándole vueltas al tema cuando arrojaron sobre mí un líquido viscoso. *¡Sois unos cerdos! ¡Ojalá os pudráis en el infierno!*, grité, al tiempo que notaba cómo mi piel adquiría un extraño color. Pero mi voz se convirtió en el eco de un susurro apenas audible. Sentí que mi contorno ensanchaba. Igual que si acabara de zamparme un menú de quince platos. Me mantuve seria, circunspecta, preparándome para lo peor. Alguien me dijo una vez que la dignidad es la única cualidad que ni un tsunami puede arrebatar. Y a este pensamiento me aferré para mantener la calma.

Determinada a afrontar con valentía cualquier envite, así me hallaba cuando la respiración de uno de mis agresores me condujo hacia la pista de su paradero. Miré hacia arriba, resuelta a ponerle rostro. Y entonces lo supe: bajo aquella mirada se escondía el alma de un hombre decidido, dispuesto a culminar su proyecto con todas las consecuencias.

Durante los siguientes instantes se estableció una especie de diálogo mudo entre los dos. Nos observábamos, nos medíamos, él parapetado tras aquella lente y yo impertérrita, desafiando su

pretendida superioridad. Un par de veces experimenté un estremecimiento bajo su atenta mirada e inicié un baile, danza involuntaria que auspiciaba una inevitable rendición.

En un momento dado se agrandó su pupila tras el cristal mientras su respiración se hacía más fuerte. Me quedé rígida: era el preludio al golpe final. Hasta allí había llegado mi aventura.

Mis sospechas se confirmaron cuando aproximó el escalpelo a mi costado. Lo último que alcancé a escuchar antes de que me hiciera pedazos fue su voz.

*¡Buenas noticias!*, anunció, con el tono de un orador en medio de una conferencia de prensa.

No hubo respuesta ni él parecía esperarla porque continuó con voz monocorde: *La lesión es reversible.*

Me sentí como el condenado que asiste a la lectura de su sentencia.

*Ahora toca prescribir el tratamiento*, añadió, visiblemente satisfecho.

Paradójicamente me sentí reconfortada. Después caí en un profundo sueño y no volví a abrir los ojos.

# Bacterias

*Profesor Lopitoff*

Lo tengo todo preparado. No soy de los que dejan nada al azar. Llevo toda la vida oyendo eso de que no somos nadie y, sin embargo, a la hora de la verdad, cuesta horrores despedirse de todo lo que nos rodea. No sé quién puso en mí aquella necesidad de encontrar respuestas a los grandes interrogantes, esos que empezamos a formularnos en la infancia y que nos acompañan durante nuestra existencia con su insistencia vana. No hay soluciones. Solo distractores. Distracciones. En esta hora, que debería ser una hora fúnebre, solemne y triste, veo, sin embargo, a una mosca funámbula recorriendo la sogá que compré ayer en la tienda de bricolaje; luego, el insecto se topa con el nudo corredizo que le sirve de sombrilla y más tarde inicia un corto vuelo. La mosca se posa en el frutero; camina undosa sobre el fieltro que envuelve al kiwi, sobre el suelo encerado de las manzanas. Parece pasear ingrávida entre los cráteres de una naranja nável, como quien recorre la zona de penumbra de un eclipse lunar de verano ¿Estará comiendo? No puedo dejar de hacerme esta clase de preguntas ¿De qué se nutren las moscas? ¿Qué buscan con tanta fidelidad en la piel de la fruta o en la piel humana? ¿Seres unicelulares? ¿Bacterias? Se regodean aquí y allá en lo pútrido y en lo lozano sin hacer diferencias. Los pájaros, las ranas, los camaleones y algunas plantas se encargan de

introducirlas en la cadena trófica. Eso, si finalmente encuentran un modo de regresar al exterior. En casa las destruimos con insecticida y acaban en el recogedor de basura o entre las cerdas del cepillo de barrer o en el interior de una aspiradora.

¿Qué moscas son las más conspicuas para sus depredadores? ¿Cuál es la más apta para llegar a los últimos pisos de un rascacielos? La mosca que se paseaba por la sogá y que alunizó en el frutero lo hace ahora sobre el cielo de esta copa de anís, de anís del Mono, ese que lleva en su etiqueta una caricatura de Darwin ¡Qué irónico! Lo suelo tomar con hielo a estas horas, después de comer, aunque la teoría según la cual el mundo orgánico y el mineral serían comida para bacterias es absolutamente contraria al darwinismo. Voy a tomar la decisión más importante de mi vida, pero aún puedo entretenerme con el pasatiempo de los interrogantes ¿Sobreviven los que más se reproducen, los que consiguen adaptarse o los idóneos para nutrir a las bacterias? Esta idea de ser solo comida para bacterias me parece muy plausible tomando un último anís con hielo después de comer. Antes de hacerlo.

Hace un tiempo se habló de unos pepinos y, poco después, de una factoría que germinaba soja como foco de un microorganismo que no respondía al tratamiento con antibióticos, una bacteria que había obtenido material genético nuevo, un cóctel tóxico capaz de replicarse primero entre las heces, provocando una diarrea sanguinolenta y que luego se transfería al riñón colapsando sus funciones en sucesivos cólicos y provocando insuficiencia renal.

¿Qué puede haber de adaptativo en el hecho de que un parásito mate a su huésped? La sutileza de medrar entre vegetales, de escoger un lugar donde los humanos preparan alimentos que son distribuidos en comedores públicos en los que

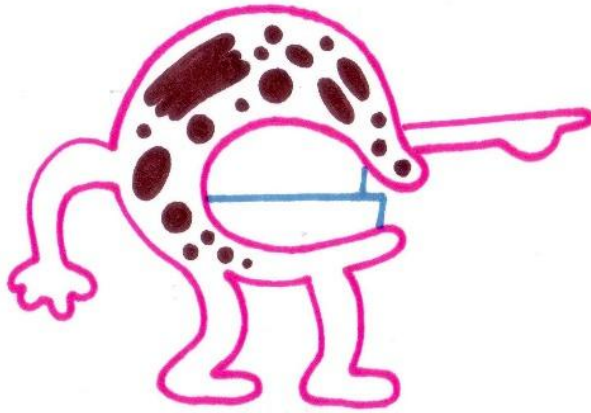
de un modo aleatorio los miembros de una misma especie se reúnen y de un modo aparentemente no coordinado piden los mismos platos e ingieren los mismos alimentos entre un número muy elevado de opciones dietéticas parece fascinante. No parece casual.

Quizás las bacterias sean relojes biológicos programados para adquirir nuevo material genético y actualizarse según un plan todavía inaccesible al hombre, pero cercano al concepto de eternidad. Quizás muten todas a la vez en una especie de comunión cósmica. Quizás se comuniquen entre ellas a años luz de distancia.

Pocos días después de la crisis alimentaria de los brotes de soja, la carne picada consumida por unos niños franceses que no tenían relación entre sí los hizo enfermar con síntomas parecidos a los que provocaba la bacteria mutante de los brotes de soja. Hubo de por medio una explosión solar, aunque eso desmentiría lo de la programación, lo del reloj biológico, y lo sustituiría por la hipótesis de un reloj externo, el del Sol, que es al fin y al cabo el padre de todos los relojes, al menos de los relojes humanos. Miro mi reloj de muñeca. Me lo quito; lo pongo en la mesita, junto a los zapatos y el pasador de corbata, de oro. Se hace tarde. No contaba con seguir vivo a esta hora, pero no hay prisa; después de todo, no he sido capaz de transmitir mis genes, aunque al menos un veinticinco por ciento de ellos están representados en los de mis sobrinos, mis herederos, en el sentido amplio de la palabra, y el otro setenta y cinco por ciento va a cumplir en breve con la función de ser comida para bacterias. Posiblemente, su verdadera función. La mosca las habrá dejado bien esparcidas por el nudo corredizo de la sogá.







## Revolución micral

*Niashi*

La secta recorría el torrente sanguíneo impregnando con sus dogmas cuantos tejidos tisulares encontrara a su paso. En respuesta, los fieles seguidores del dios ADN movilizaron cuantiosas tropas de leucocitos para atajar una infección de pronóstico incierto.

Como gigantescas tanquetas, los glóbulos blancos marcharon imparables hacia el foco invasor, cuyos ideólogos eran extranjeros que se habían ganado mediante populistas

diatribas y la revolucionara filosofía de *¡Crece, lucha, mata, muere!* el favor de incontables células descontentas. Así, los murmullos escupidos por un puñado de desharrapados unicelulares se estaban convirtiendo en un bramido estridente que lisaba a quienes se adherían a su fervor religioso.

La turbulenta llegada de los antidisturbios soliviantó aún más si cabe a los acalorados insurgentes.

—¡Vuestro dios fascista tiene las mitosis contadas!  
—gritaban—. ¡Empieza el reinado del ARN!

En respuesta, los glóbulos blancos se abalanzaron sobre la plebe sublevada fagocitándoles inmisericordes.

—¡Adelante, hermanos! —volvían aquellos plantándose firmes—. Somos sus mensajeros. ¡Nunca vencerán!

Las alarmas tronaban en todo el organismo. Partes de bajas sacudían el Alto Mando de la médula ósea devolviendo sucesivas órdenes de producción inmunológica.

Mientras, en los tejidos infectados la guerra religiosa proseguía de forma enfebrecida y dolorosa.

Un grupo de jóvenes virus recién replicados en un tejido muscular estaba decidido a demostrar su valía como orgullosos portadores de las proclamas del ARN.

—¡Por aquí! —gritó uno colándose entre dos células para escapar del acoso leucocitario. Al otro lado, encontraron una célula que rebosaba vitalidad.

—¡Cerdo acidodesoxiribonucleista!

—¡La hora de su lisis ha llegado! —corearon sus compañeros.

—¡Que se extienda nuestro mensaje nucleótido! —estallaron de júbilo.

Pero prometer y cumplir, desear y conseguir podían resultar términos irreconciliables.

La membrana celular era una gruesa barrera lipídica sobre la que flotaban balsas de colesterol en las que viajaban esfingolípidos de semblante duro. Aprovechando un descuido en la guarda proteica, los virus se unieron a un conglomerado de nutrientes infiltrándose en el interior de la célula. Pasada la doble membrana aún se toparon con los tetrámeros de espectrina, un enrejado interno fácil de sortear.

—¿Cuál es el plan? —preguntó un compañero oteando el citoplasma celular y la maraña de corpúsculos que contenía.

—El mensaje divino sólo se puede propagar desde el núcleo —dijo el cabecilla—. Recordad que el fracaso es una deshonra inaceptable, así que máxima precaución. Los lisosomas no dudarán en fagocitarnos.

Para desplazarse, aprovecharon los microtúbulos de actina que conformaban el citoesqueleto, una compleja red de transporte interna que fijaba y conducía cada elemento al lugar designado por su deidad fascista. Enganchados a una gruesa vesícula transportada por una quinesina, una proteína motora, se adentraron en el citoplasma.

En el paisaje que les cercaba descubrieron, a lo lejos, varias mitocondrias, fábricas de combustión de forma cambiante que intercambiaban dióxido de carbono por oxígeno. Más allá quedaba el retículo endoplasmático rugoso que sostenía la cadena de montaje cuyos operarios montados en ribosomas construían vesículas que posteriormente serían conducidas al

aparato de Golgi para ser glicosiladas, unos sáculos aplanados de tamaño variable.

—Hermanos —reclamó su atención el jefe de la partida infectiva—. Contemplad el fin de una era, su era, y el inicio de otra, ¡la de los hijos de la revolución!

—Lisosomas —murmuró uno de los virus. Luego, repitió en tono apremiante—. ¡Lisosomas! ¡Corred!

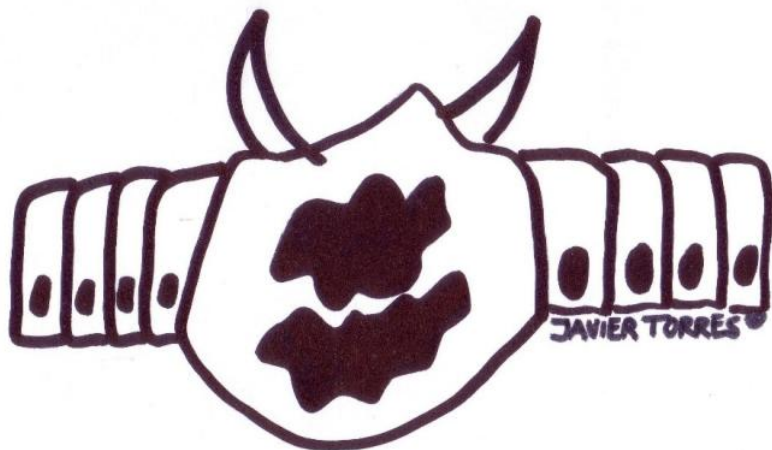
Saltaron de inmediato de la vesícula para esquivar un enorme lisosoma que no les localizó por pocas micras, pero un segundo lisosoma se abalanzó sobre ellos engullendo a través de su membrana simple gran parte del comando vírico. Los pocos virus sobrevivientes esquivaron a duras penas el cerco lisosómico, obligados a continuar por sus propios medios. Los lisosomas fueron tras ellos. Por fortuna la red microtubular tenía su parada final en el centrosoma, siempre establecido en las inmediaciones del núcleo. Si la , estarían a salvo de los fagocitascistas.

Atravesar el núcleo resultó fácil. Sus gruesos muros disponían de poros vigilados para el trasiego de ciertos elementos esenciales, pero ellos sabían cómo eludir las inspecciones. Los lisosomas, grandes y obtusos, quedaron retenidos en el citoplasma. Ellos al fin se las veían con aquel del que sólo poseían conceptos transmitidos por sus nucleótidos.

El ADN.

Era una fibra de longitud incalculable adherida a miles de proteínas sobre las que se replegaba una y otra vez.

—...y sobre sus cenizas se propagará el mensaje divino —recitaron solemnes.



Imparables, los virus sustituyeron las órdenes originales por los comandos de su doctrina. Al otro lado de los muros palaciegos nadie sospechó que todas las cadenas de construcción y montaje proteicas estaban siendo modificadas para recrear el ejército vírico. Los operarios enzimáticos sólo sabían consumir las órdenes de un régimen caduco y superado. El número de virus se multiplicó hasta tal punto que la misma membrana exterior se arqueó bajo la presión de aquellos que tronaban:

—¡Abajo el viejo régimen! ¡Abajo el viejo dios! ¡Que reine el glorioso ARN!

La membrana celular, incapaz de contenerles, estalló. Dentro, los lisosomas, antaño protectores, se volvieron contra los suyos y derramaron las enzimas hidrolíticas que contenían, degradándolo todo. El núcleo, en otro tiempo orgullo y privilegio de la célula eucariota, quedó reducido a la nada.

—¡A por ellos! —gritó el virus victorioso y sus mil compañeros; sus decenas de miles de compañeros—. ¡Hasta la lisis!

Pero pasada la primera oleada de frenesí revolucionario tuvieron que enfrentarse a la dura realidad. En el tiempo transcurrido desde que infectaran la célula, las fuerzas defensivas se habían reagrupado y fortalecido. Además, comandos especiales farmacológicos cedidos por algún aliado foráneo estaban coordinados con el sistema inmunológico. El contraataque mortal y definitivo era inminente.

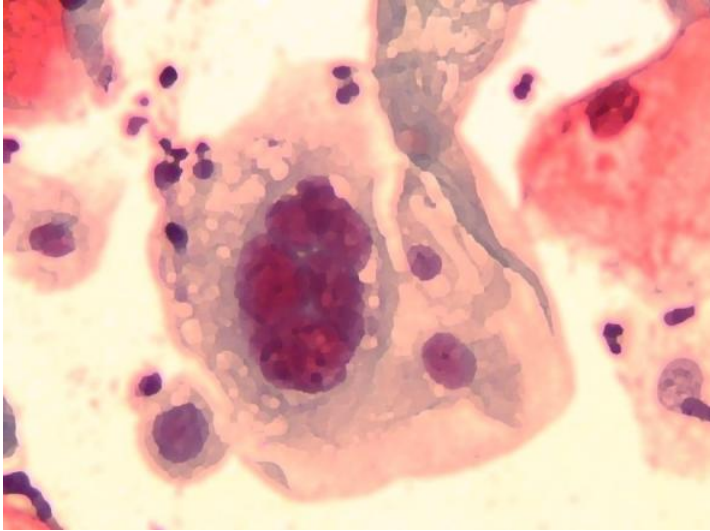
—¡No podrán acallar nuestra voz! —replicaron—. Somos los sirvientes del divino ARN. ¡Demostrémosles cuán obsoleta es su religión!

—¡Sí! —gritaron los demás a coro.

—¡Convirtámosles en el ayer, en un recuerdo olvidado, en una batalla perdida!

Alguien avanzó unas micras y cada bando se arrojó contra el otro sin más dilación.

Para uno de los dos contendientes fue el fin.



## El lunar

*FelizardoPuli*

La vida no le tuvo misericordia a Alberta. Fue separada del seno familiar, niña aún, por su propia madre: sospechaba que se amancebaba con su compañero.

No tuvo marido, pero sí varios hijos; los que tuvo que ceder en adopción por la presión de su pareja de turno, quien se negaba a asumir responsabilidades paternas.

Alberta extrañaba sobre todo al primero de sus hijos, del que se decía, que tenía su misma cara; andaría alrededor de los

veintitantos. Soñaba que llegaría a ser un hombre de bien, labrándose su porvenir lejos de la miseria que la rodeaba. Ella malvivía próxima a un basural, del que obtenía lo imprescindible para su manutención, junto al compañero del momento.

Un día encontró en una bolsa de residuos el cadáver de un bebé; criatura que sería su nieta, por las características homogénicas del lunar que ambas compartían sobre la ceja derecha. Ese acontecimiento le produjo un estallido psicológico que sacudiéndola hasta sus fibras más íntimas, la trastornó.

Fue hallada al día siguiente acunando el cuerpito en la intemperie, a pesar de la persistente lluvia; acariciando y acariciándose la mancha sobre su ceja. Cuando ingresó al hospital no sabía ni su nombre.

Gracias a la buena alimentación y a la distancia de los vicios, ganó peso y se recuperó. De su anterior apariencia menesterosa, renació como una atractiva mujer.

Los servicios sociales le procuraron trabajo en tareas domésticas en una casa de familia; se fue así independizando de su custodia, hasta que le dieron por curada su mente.

Aunque seguía perseguida por la desgracia: sus patrones se mudaron, dejándola sin trabajo. Estuvo dos semanas sin sustento fijo; una amistad le ofreció empleo, si no tenía inconveniente de viajar a un pueblo, y a menor salario.

Se alegró: por su enfermedad la habían alejado de su parroquia llevándola a la capital, donde no conocía a nadie. Pero ahora, se le presentaba la oportunidad de ir a un lugar cercano donde vivir.

La casa de su nueva patrona estaba en un barrio elegante, las servidoras de sus vecinas eran amables y no tardaron en hacerla partícipe en sus salidas a los bailes, en ese lugar, o en aldeas vecinas.



*Demetrio es la mosca blanca entre sus mestizos amigos: de pelo castaño claro casi rubio, nariz delgada, pómulos aplastados, ojos celestes pequeños y fríos que le ganaron el apelativo de “El Polaco”.*

Él, antes de ir al baile cuartetero con sus amigos de andanzas, la mayoría conocida por la policía, se entonan con algunas copas.

La reunión está en su apogeo cuando ellos irrumpen en el salón. Ve a Alberta con sus nuevas amigas y no la reconoce, se deslumbra y apuesta desfachatado: “Ésta mina es mía” —y arremete decidido.

“¡Ven conmigo y hagamos de ésta una noche inolvidable!” —dice con aire sobrador, acostumbrado a que las mujeres no se le resistan (sobre todo en el círculo en que se mueve). Alberta, de espaldas no lo ve, sólo intuye que es alguien que inquieta a sus amigas y gira sonriente su cabeza, pero a medida que entra en su campo de visión, se le congela la sonrisa y el alma.

“Así fueras el último hombre, no saldría ni a ver si llueve con vos” —es su fría respuesta.

Demetrio retrocede humillado, la reconoce; la tilda de loca y le echa en cara los pasados años en su compañía. Le recuerda cuando, estando abandonada y embarazada, él la recogió y se preocupó en deshacerse de la criatura cuando la tuvo.

“¡Maldito! Yo me hubiera muerto antes de abandonarlo” —estalla Alberta y le grita— “¡Tú me obligaste a que la diera!, yo nunca supe lo que hiciste. ¡Dime! ¡Dime! ¿Qué hiciste con él?” —Su voz había ido subiendo de tono; todos los presentes dejaron de bailar para prestar atención a la discusión.

Él, desacostumbrado a los corajes de las mujeres, y menos de una, cuyo dominio total había ejercido; a duras penas se contuvo de lanzarle una trompada.

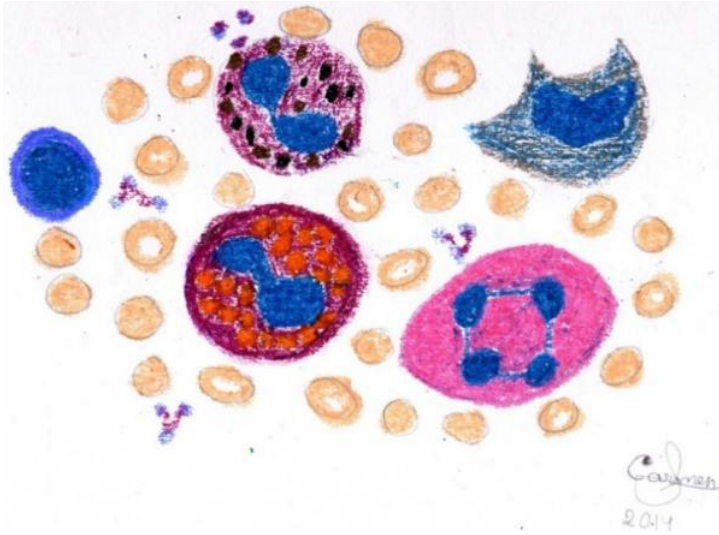
Cambia de táctica, declarando ante todos para humillarla: “Deberías dar gracias que a tu hijo lo vendiera a una gente, que pagó mucho más de lo que tú podrías llegar a valer”.

A ella se le nubla la vista, se marea, tropieza, para sostenerse pone la mano sobre la mesa donde había quedado un sacacorchos; lo toma y ni supo cómo aparece enterrado en el cuello de su antiguo querindango.

Un joven de unos veinte y tantos años, defensor de oficio, entra al cubículo destinado a la conferencia entre él y la acusada, porta un maletín nuevo del que extrae el expediente de su primer caso. Amaga una sonrisa de compromiso, aclara su garganta para presentarse como el doctor Pedro Puerta, a cargo de la defensa.

Para insuflar ánimos a su defendida, dice: “Es un claro caso de agresión, pero podría conseguirle la mínima por emoción violenta”.

Se saca sus lentes oscuros para darle más énfasis a sus palabras, dejando ver sobre su ceja derecha un lunar, del mismo tipo y en el mismo lugar que el de su defendida, la que indiferente a todo, retornando a un viejo tic, acaricia el suyo.



## Ausencia

*GregorKepesh*

Probablemente me haya pasado una historia similar a la de Alonso Quijano, el hidalgo manchego que de tanto leer libros de caballerías se volvió rematadamente loco, o jodidamente lúcido. No lo sé. Ya me advirtió mi amigo el psicólogo de que no leyera tanto a Kafka y a Phillip Roth. Mi caso es particularmente extraño.

Antes de llegar al estado en el que me encuentro compartía mi vida en el barrio sevillano de Triana con Marian, mi mujer y Diego y Lucía, mis dos hijos, dos niños rubios de ojos azules de 3

y 6 años, respectivamente. Me llamo Eduardo, pero adoctriné a mis amigos y seres queridos para que me llamaran Stuart, ya que amo los pseudónimos ingleses, sencillamente porque son más literarios. Soy anatomatólogo y citólogo. Siempre me ha gustado analizar el desarrollo y las causas de las enfermedades ajenas. Jamás pude concebir mi vida sin tocar un instrumento quirúrgico, hacer una biopsia o calcular un diagnóstico. Y soy un hipocondríaco, porque mi vida es pura contradicción. Pensarán que estoy rematadamente loco, pero creo que me he transformado en algo raro.

De la noche a la mañana se han evaporado mis sentimientos como una pastilla efervescente en un vaso de agua. Desde que me pasó lo que me pasó ya no echo de menos a nadie, ni siquiera a mi familia. A veces tengo la sensación de que me he convertido en un ser pequeñito aislado del mundo que me rodea. Creo que sigo en la misma ciudad, porque estoy todo el día escuchando ruidos y tengo mucho calor, aunque todo es rarísimo. No necesito emocionarme con la literatura y el cine. Parece como si mi vida anterior hubiera sido un sueño irreal.

Noto que estoy dentro de algo, y que ése algo está dentro de otra cosa, que quizás forme parte de algo superior. Me desplazo a diversos lugares solo cuando recibo estímulos del exterior y lo hago a una velocidad vertiginosa. Todo el puñetero día trabajando y acercándome a sitios o huyendo de otros, en función de la circunstancia, claro. No puedo quedarme quieto. Lo he intentado varias veces y me resulta imposible. Porque, ¿y si todo lo que me rodea dejara de funcionar? Que conste que para nada soy egocéntrico, si algo define mi carácter es la humildad.

¿Antes era un misántropo? ¿Un menesteroso? ¿Un orgulloso pedante? Eso me decía Marian cuando se cabreaba. Pues ya no

rehúyo al trato con los demás, al revés, me gusta colaborar y estar en compañía. Lo que peor llevo es mi nutrición. En el pasado, que no sé si es lejano o cercano, elegía qué, cuándo y cómo comer. Generalmente comía porquerías, si bien eran guarrerías ricas, de esas típicas que engordan y suben el colesterol. En mi estado actual sigo siendo selectivo a la hora de alimentarme, aunque mi libertad es algo limitada porque a veces ni sé lo que como. Es todo un poco dantesco. Elijo las cosas que engullo, trocitos de algo, aunque con los líquidos todo es distinto. Las sustancias líquidas las atrapo de forma totalmente indiscriminada, a veces con ansia.

En consecuencia, cuando me alimento, me siento como una fábrica a la que se le proporciona electricidad. Como una turbina que mueve una rueda y genera energía. Cuando soñaba, antes de llegar al estado en el que me encuentro, me entraba un cosquilleo tremendo en la barriga o tenía una leve sensación de vértigo. Es curioso que aún me siga ocurriendo lo mismo. No sé cómo explicarlo. De vez en cuando siento como si cayera al vacío y me partiera en dos: yo y mi alma gemela, o yo y una parte de mí idéntica pero más pequeña, o yo y múltiples yo. Es una sensación angustiosa, en ocasiones placentera, como los sueños y las pesadillas.

Ya ven, ¿de qué sirve angustiarse? ¿Por qué nos dejamos dominar por la inseguridad? Los miedos hay que gobernarlos, si no acaban con uno mismo. He dedicado toda mi vida a la citología. He leído una montaña de libros de medicina y atendido a miles de pacientes, la verdad que ya perdí la cuenta. He robado muchas horas a mis días y noches para cultivar una vida profesional que me ha dado tanto alegrías como tristezas, sentimientos encontrados con fecha de caducidad, porque todo tiene un fin. Y si algo he aprendido con mis vivencias es que el

ser humano vive inmerso en una continua metamorfosis, ya sea física, psicológica o espiritual.

Diego y Lucía estarán preguntando a su madre por mí, y ella seguro que no encuentra las palabras adecuadas para explicarles mi ausencia. De hecho, Marian será incapaz de aclarar sus propias ideas, como yo las mías. Mi ausencia no ha sido elegida. En más de una ocasión, a lo largo de mi matrimonio, tuve la tentación de romper mis vínculos familiares, pero uno es preso de sus sentimientos.

Confieso que siempre fui un hombre introvertido y difícil, pero en mi antigua vida hice todo lo posible por ser feliz, o por tener estados de ánimo positivos, porque al fin y al cabo la felicidad es efímera, tramposa y caprichosa. Ahora tengo una nueva vida y no añoro mi pasado. Conservo mis recuerdos. Hago y deshago a mi antojo. No sé lo que soy. Dudo de mi identidad. Pero me siento útil y bien conmigo mismo.

Y eso es lo que cuenta.

## De una simple célula, naciste tú

*Rocío de la mañana*

Y te tuve entre mis brazos, no me lo creía. Te vi bocabajo mientras te limpiaban los restos de mi interior... nunca olvidaré tu mirada fija en mí, ya estabas aquí... la claridad de tus ojos azules tan despiertos me hicieron saber que ya mi mundo serías tú. Un niño tan sano, tan sonrosado, tan chatito, con cincuenta y cuatro centímetros de altura y tres kilos y medio de peso. Parecía mentira, aquel domingo catorce de octubre de dos mil siete, a las ocho menos veinte de la tarde fui madre. Qué palabra tan bonita y con tanta responsabilidad...

Es increíble cómo de una simple célula, se crea la vida. Es casi imposible, cómo de un grupo de células, esas unidades morfológicas y funcionales de todo ser vivo, nacemos, crecemos, nos reproducimos, y cuando se encuentran cansadas de soportar todo el peso de la historia de la persona, pasamos a otro mundo, a otro mundo donde dicen que ya no tenemos células...

Era a mediados de enero, y como si de una fantasía se tratara, nos unimos en uno, y de nuestra pasión surgiría una nueva vida. Serán cosas mías, pero yo ya te notaba dentro de mí, sentía que te debía querer y proteger con todas mis fuerzas. Tras la fecundación, y apenas pasadas cuatro horas, el cigoto comenzaba

a dividirse en mi cuerpo en dos células exactas; y así continuamente, las células seguían dividiéndose. A los cinco días, el conjunto celular, con forma bastante esférica, se desplazó hasta la matriz por las trompas de Falopio y anidó en la mucosa uterina, en ese momento tenía el tamaño de la cabeza de un alfiler, pero yo hasta notaba tus movimientos... no quería que te rozara ni el aire...

Estaba deseando trasmitirte nuestra sevillanía, nuestras costumbres... juntos, los tres, recorreríamos las calles de la idiosincrasia sevillana... qué ganas de vestirte de monaguillo, qué ilusión tu primer caramelo de manos de un nazareno, llenarnos los pies de albero por el Real, rezar en la ermita de mi Rocío, cruzar el puente y llegar al barrio de mis sueños, ya sería distinta la Navidad... canciones para acunarte, plegarias para que te guardaran, y llegó de parte de una gran amiga el primer regalo para ti: "un costal color verde de esperanza"... sólo al recordarlo vuelvo a llorar porque me parecía increíble, antes y ahora.

Ya en el segundo mes escuché el latido de tu corazón, ¡Dios mío!, mi niño... porque tanto tu padre como yo sabíamos que serías un niño y de nombre te llamarías Manuel, porque "Dios estaba con nosotros".

Tus vasos sanguíneos se estaban desarrollando unidos a micirculación sanguínea, y así seguirás siempre, unido a mi sangre. Poco a poco, iba notando que estabas creciendo. Incluso en la ecografía aparecían las diminutas manitas y pies... ¡Hasta podías girar tu cabecita! Y es que a finales del segundo mes ya estaban formados todos tus órganos y sistemas orgánicos. Podrías medir unos dos centímetros y pesar unos diez gramos, pero como las experiencias sensoriales influyen en el desarrollo del cerebro, imaginarse todo lo que hablábamos contigo...



Poco a poco llegó el tercer mes, ¡aun con fatiguitas!, según todos pasarían pronto, no me importaba, te notaba ahí. Nuestro bebé. Sentía la excitación, la alegría o el estrés, así que mi vida era de sueño para que tú crecieras alegre y tranquilo, siempre juntos los tres. ¡Ya medías unos seis centímetros y pesabas unos 23 gramos!

Y en el cuarto mes seguías lleno de vida, creciendo, haciéndonos felices a cada instante... siempre unidos los tres.

En el quinto mes se desarrollaban tus sentidos, ¡qué de bocadillos de chocolate me comía por las tardes!, el sabor dulce te encantaba. También los oídos se iban preparando para recibir sonidos, sólo podías oír los latidos de mi corazón, y mi voz... cuántos secretos te contaba, te cuento, y te seguiré contando... No podíamos esperar más para saber que todo iba bien, y en la ecografía confirmó que todo estaba perfecto... y la ilusión se hizo realidad: eras un niño.

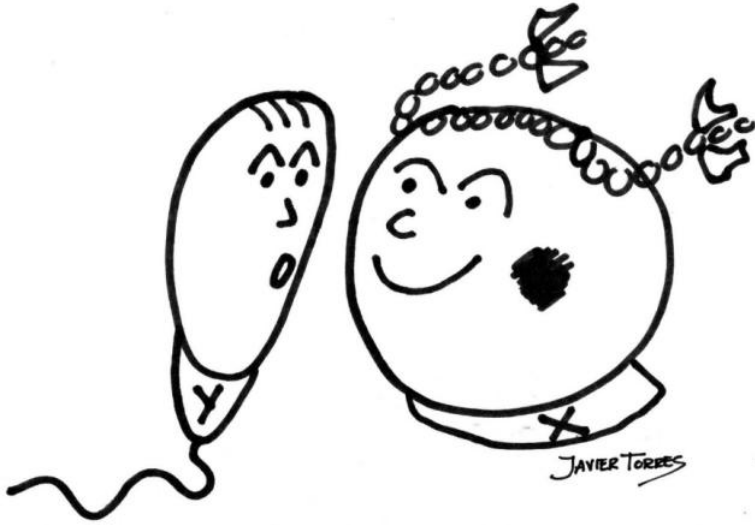
En el sexto mes ya medías unos treinta centímetros y pesabas unos seiscientos cincuenta gramos... ¡qué mayor!

En el séptimo mes ya percibías el mundo exterior, te poníamos música clásica, queríamos que te desarrollaras tranquilo, sin preocupaciones. Aunque también escuchabas Bandas de Cornetas y Tambores, que las raíces de nuestra tierra habrían de estar presentes en tu educación. Nos dijeron que abrirías los párpados por primera vez... y ya nos imaginamos tus bellos ojos azules...

En el octavo mes notaba perfectamente cómo los pies golpeaban mi barriga, una sensación muy extraña.

En el noveno mes llegaba la cuenta atrás, todo preparado: clínica, ginecólogo, ropita, pañales, baberos, cremitas, batones, rebequitas,...

Y llegó la semana cuarenta y una, el doctor decidió provocar tu nacimiento... Tan calentito y tan a gusto que se nos olvidó que tenías previsto nacer el seis de octubre, ocho días antes de ese maravilloso catorce. La verdad, te hubiera llevado siempre dentro de mí. La ilusión era conocerte pero dentro de mí nunca te pasaría nada malo. Desde el momento en que te cogí en mis brazos me da miedo todo, recorro los segundos de mi vida pensando en ti... Te tranquilizabami voz, te resultaba tan familiar...bebías de mi leche, qué momentos más tiernos... disfrutabas de la seguridad que te proporcionábamospapá y yo cuando estabas entre nuestros brazos... igual que ahora, que aunque tengas ya seis años, siempre recordaré el azul de tu mirada tan clara reflejándose en mis ojos, y el nerviosismo de papá cuando te cogió por primera vez... y toda esta historia, por una célula, esa unidad morfológica y funcional de todo ser vivo, por la que nacemos, crecemos, y nos reproducimos.



## Sueño roto

*Genes*

Era el más sencillo de los aminoácidos, y tenía un nombre femenino que recordaba al refresco más popular, Glicocola. A pesar de esa sencillez (su cadena lateral tan solo tenía un hidrógeno) aspiraba a algo grande en la célula, no quería quedarse en una membrana a esperar hacerse mayor sin moverse apenas, quería formar parte de una proteína activa y viajera, por eso había nacido en el linfocito: quería estar en una inmunoglobulina gamma y viajar por todo el cuerpo, visitar

órganos y tejidos, viajar por la sangre. Algunos compañeros reciclados le habían contado que ver un macrófago era una visión que impresionaba, que era toda una experiencia estar presente en la actuación coordinada del sistema inmune, ver salir por un capilar a un orondo glóbulo rojo por diapédesis, o la temeridad de ver dividirse a una célula tumoral, que funcionaba a una velocidad impresionante y reclamaba aminoácidos en una cantidad insospechada. Como se puede apreciar, era un soñador...

Su linfocito era una gran oportunidad. Se trataba de un glóbulo blanco que estaba muy bien considerado, y que pertenecía a un clon que se había dividido tras su primer choque con un antígeno que traía dos determinantes antigénicos. Era, pues, una célula que había tenido experiencias de defensa y que esperaba, como linfocito memoria, una nueva llegada del agente infeccioso. Desde que era célula B de memoria, su actividad sintética no era muy grande, pero como la infección fue por un resfriado, muy frecuentes, no tardaría mucho en reactivarse para formar moléculas defensivas que lanzar al torrente sanguíneo. Desde luego, era la célula ideal para planear un futuro aventurero al pequeño e intrépido aminoácido.

De momento, estaba en el almacén, recién nacido. Le contaron que procedía de media glucosa que había sido internalizada en la célula plasmática ese mismo día, a la que enviaron a la vía anabólica después de dividirla en dos y, tras un encuentro con la glutamina, fue debidamente nitrogenado y enviado al "pool", a esperar su turno. Ya había avisado a su RNAt transferente de la prisa que tenía por vivir grandes aventuras, y a su amiga aminoacilRNAt—sintetasa para que tuviese con él un trato de favor que le llevase enseguida a recorrer el cuerpo, y presentía que no iba a tardar mucho en salir. No hay nada como que "donde vayas, de los tuyos haya", y en la

sintetasa había tres o cuatro aminoácidos cuyos carbonos alfa habían compartido con el de Glicocola algunas reacciones en el catabolismo (el ciclo de Krebs los separó, pero ellos seguían manteniendo una excelente relación). Hace unas horas había estado a punto de salir, pero en el tumulto que se formó, tropezó con una enzima que volvía de la glucólisis para reciclarse y tuvo que volver atrás, a pesar de que su transferente ya le tenía casi asido de la mano. Estaba un poco impaciente por haber perdido esa gran oportunidad. Presentía que su gran tour estaba a punto de llegar.

Un instante después se montó un alboroto enorme, una revolución, y vio cómo algunos de sus vecinos eran fuertemente arrastrados, y así, casi de golpe, se vio asido por un puente de hidrógeno que tiró de él con cierta violencia llevándolo al ribosoma más cercano. En unos segundos observó el ensamblaje de su transferente al sitio aminoacil (el ribosoma parecía la cabeza de un muñeco de dibujos animados, y él se quedó en uno de los ojos), el lazado que realizó la transferasa con su vecino del lado por un puente peptídico —un triste y serio Triptófano— y el traqueteo que los desplazó al lugar peptidil a esperar al siguiente. Al poco tiempo, se organizaron los enlaces que iban dando forma a la proteína (—¡que sea una inmunoglobulina,!), correspondiéndole un lugar cercano a una Serina en la zona hipervariable de unión con el antígeno. Un lugar privilegiado.

Nada más terminar de plegarse, con su forma de Y que Glicocola apreciaba desde un extremo, notó que estaba en el interior de una bolsa del retículo, que, como un globo, flotaba por el citoplasma hasta Golgi, y era traspasado de un sáculo a otro hasta llegar a la zona trans. Allí vio cómo unos glúcidos se añadían al extremo, organizados, y cerró los ojos: —Ojalá seamos de secreción, para poder conocer mundo. Serina, que había tenido experiencias anteriores en un basófilo, le comentó que

también en la membrana decían que, si aparecían como anticuerpos de membrana — con los que se había cruzado varias veces de camino a la piel, por una alergia de contacto— dispondrían de una auténtica atalaya para circular observándolo todo, pero él seguía empeñado en constituir uno de secreción, para ir libre por la sangre.

Súbitamente, sintió un golpe en el lado derecho de la vesícula (¿qué ocurre?), a la que se pegó un ácido lisosoma. Rodaron por dentro del nuevo fagosoma, y se vieron mezclados con un montón de desagradables proteínas (¡que vienen las hidrolasas!—gritó el Triptófano, que empezaba a caerle mal—) que en cuestión de minutos, sin contemplaciones, deshicieron todas las cadenas, todo ello aderezado por un montón de mucus resbaloso y espeso que recubría ahora la membrana por dentro. Algo había salido mal, y llegó orden de destruir la vesícula completa, volviendo, conmocionados, al mismo lugar del citoplasma de donde habían salido. ¡Otra vez a esperar!

# El Interior más oculto de la célula

*Cruzki*

¿Esta predefinida la forma de ser de las personas en sus células?

La célula, su origen, su evolución y desarrollo, su muerte programada es todo un misterio de la vida. Algo tan pequeño y vital, tan microscópico, pero responsable de que todos los seres vivos estemos en este mundo, al menos, durante un tiempo.

Presentar a la célula sería un reto, porque todas son, probablemente, diferentes. Conocemos mucho de su estructura, de su código genético, de cómo unas deciden ir a formar músculo, grasa, hígado, pulmón, parénquima cerebral o cualquiera de los órganos y sistemas que nos conforman como individuos. También sabemos el porqué una célula se transforma, cambia, pasa a ser diferente, deja de seguir un patrón de función normal, y se hace displásica o se convierte en una célula “maligna”, incluso inmortal, si no muriese el huésped que la aloja. Cada vez se sabe más de los oncogenes, de la proliferación celular autónoma, de la insensibilidad a señales antiproliferativas, de la reprogramación energética de una célula, de la evasión a reguladores inmunológicos, de la capacidad invasora o metastásica, de la inestabilidad genómica o de cómo influye el microambiente que las rodea, entre otras cosas. Sin

embargo, sería genial, aunque nos pueda generar miedo, conocer en qué momento exacto una célula se convierte en tumoral o cancerígena. Cómo evitar esa transformación, o asegurar la inmortalidad de una célula en un estado de normalidad o “benignidad” sería la solución a nuestros problemas, sería una partida ganada a las enfermedades tumorales o al propio envejecimiento. Ya somos capaces de cultivarlas, de copiarlas, de trasplantarlas, de regenerarlas o de destruirlas, pero la fecha exacta de su transformación a una célula que dejará de ser típica o normal para convertirse en una célula destructiva, sigue siendo algo prácticamente inalcanzable.

La curiosidad del ser humano conseguirá en el futuro dominar a la célula; de eso estoy seguro.

Yo tengo el gusto de conocer a la célula, a muchas de ellas. Las veo al microscopio cada día, y consigo decir cuales son buenas, y cuales son malas. Mi trabajo básicamente se resume en decidir en función a determinadas características, fundamentalmente morfológicas, tintoriales, y cada vez más, a alteraciones moleculares concretas, si determinadas células han decidido ir por un camino equivocado, o si siguen siendo normales, y a partir de ahí, dar un nombre a esa enfermedad. En ese sentido, soy un poco juez de las células al diagnosticar enfermedades neoplásicas de las que son responsables, hago algo de notario al certificar su estado en un determinado momento de la evolución de una célula, o acreditar a qué origen pertenecen. Soy algo científico al descubrir cosas nuevas de ellas y demostrarlas, algo artista al fotografiarlas o al dibujarlas, algo de escritor al escribir sobre ellas, incluso algo de responsable espiritual, al dar más o menos esperanzas a las personas en relación a cómo interpreto ese desorden celular, dándole forma a modo de diagnóstico y pronóstico. Ser especialista en Anatomía



Patológica, ser patólogo, te coloca en un lugar de privilegio para conocer a la célula.

Dejando a un lado lo objetivable, la malignidad de las células o su condición de normalidad, me gustaría saber si una célula es buena o mala pero, no en el sentido puramente morfo—biológico. Me gustaría identificar el alma de la célula, si es que la tiene.

Podríamos afirmar que las personas somos un poco como las células, todas diferentes. Quizás las personas seamos lo que nuestras células quieran que seamos. Es incuestionable que cada uno de nosotros viene de la fusión de dos células, y nuestro código de barras está impreso en ellas. ¿Por qué no pensar que seamos de una u otra manera, en función a cómo son nuestras células, que son las que integran los tejidos y en definitiva, nuestros órganos? Sería interesante, pero atrevido y demasiado prosaico, pensar que, por un lado, las personas humildes, generosas, que se entregan a los demás, las de gran corazón y que transmiten felicidad, sean aquellas que albergan células de unas determinadas características, y por otro lado, las que hostigan, maltratan, son egoístas, hacen daño y se alejan de la bondad, estuvieran cargados de células de otras características. Sería como admitir que la célula tiene alma. Si todo fuera así de sencillo, los trasplantes de células responsables de buenas maneras o de la felicidad estarían a la orden del día.

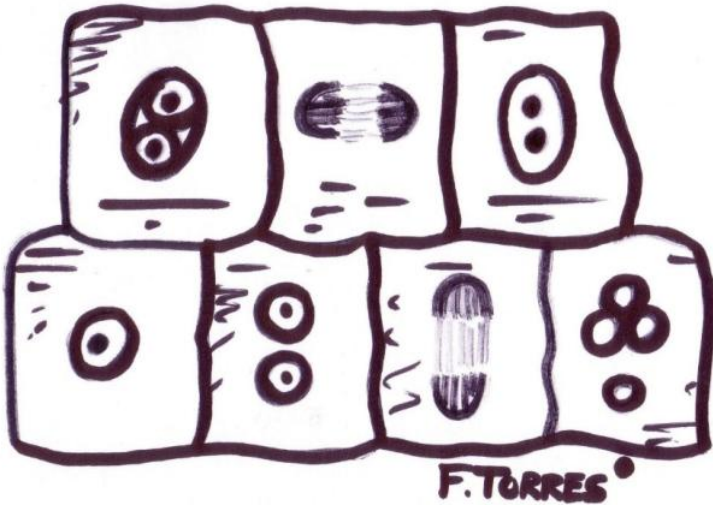
Me temo que la manera de ser de las personas no es responsabilidad exclusiva de las células, aunque si éstas se organizan en tejidos, en órganos y sistemas, el conjunto de células que componen nuestro cerebro o nuestro corazón, algo tendrán que ver con la naturaleza e idiosincrasia de cada uno de nosotros.

Las personas felices, aquellas que se enfrentan al cáncer con positividad, viven más. El sistema inmunológico, sin duda, tiene

mucho que decir al colectivo celular que nos da la vida. Pero, quiero ir más lejos. Tengan o no tengan alma las células, quisiera pensar que una célula, esa unidad vital microscópica bien mezclada con las bellezas que nos ofrece este mundo, un poco del amor que nos da la vida, junto al cariño de los demás, los buenos hábitos, la educación, el respeto y unos valores humanos sólidos, se va a oxidar menos, se llenará de cargas positivas, y se mantendrá mucho más tiempo en un entorno ordenado con una función concreta, sin desdiferenciarse a otra célula descontrolada ni adquirir rasgos de malignidad. Quizás esa sea una de las claves para evitar esa transformación a célula maligna. ¿La felicidad, podría prevenir el cáncer? Ojalá fuera así.

Me gustaría pensar que las células que componen el organismo de los seres humanos, fueran en su mayoría, de esas que tienen las buenas personas, las personas felices, y aunque no sean inmortales, nos acompañasen el resto de nuestras vidas.

Ésa es la célula que quiero ver al microscopio cada día. Esa es la célula que quiero fotografiar, dibujar, y de la que quiero escribir.



## La célula y el niño

*La enfermera tiritas*

Mi madre dice que somos un montón de células que se llevan muy bien, dice que yo no las veo porque son muy chiquititas y que ellas hacen que mis ojos sean marrones y los de mi hermano Lucas sean verdes, que la piel de mi amigo Israel sea más oscura que la mía aunque no le dé el sol.

Mi madre también dice que yo un día fui una sola célula hecha con una de papa que es muy pequeñita y rápida y otra de

mamá que es grande y sonriente, y que por eso tengo los ojos de mamá y los pies igualitos a papá.

Las células por dentro son como pequeñas fábricas y necesitan que yo coma de todo incluidas las lentejas, la fruta y el pescado para poder funcionar, la comida es su gasolina.

Cada célula tiene un trabajo dentro de mí, unas hacen las lágrimas, otras la saliva, otras hacen que mi pelo crezca y así con cada una de ellas.

A veces, algunas células en vez de hacer su trabajo y ayudar, se portan mal, otras veces se ponen malitas y no pueden hacer su trabajo; por eso nos ponemos malos.

Mi mamá dice que mi papá y ella son detectives de células, las buscan, las miran por su microscopio, a veces tienen que pintarlas para poder verlas bien y saben reconocerlas rápidamente y averiguar lo que les pasa. Así es como mi papa y mi mama ayudan a otras personas, investigando las células.

Yo creo que mi papa lo sabe todo, pero él dice que queda mucho por saber sobre la célula. Me dice que él no lo va a ver pero que yo veré un montón de cosas que todavía no se saben cuándo sea grande.

Papá y mamá a veces hablan otro idioma; cuando hablan de células, muchas veces no les entiendo...usan nombres muy raros, pero que suenan bien como PAAF, formol, metaplasia, etc... cuando sea mayor me los aprenderé todos.

Le he dicho a mi papá que en carnavales me quiero disfrazar de célula y él me dice que hay muchos tipos, yo le digo que en la más lista de todas, y él me dice que la neurona.....yo le digo que la más fuerte, y me dice que la fibra muscular....., yo le digo que la más vaga y él dice que la célula adiposa y así podemos pasar todo un domingo.

A mi papá le encanta la madre de todas las células, la célula madre...y dice que se podrán curar muchos niños con ellas pero que hay que saber más, por eso yo me esfuerzo mucho en el cole. Le digo a papá que quiero aprender acerca de células, como él y mamá. Él me dice que también son importantes las matemáticas y el lenguaje, que sin estas otras dos asignaturas no puedo entender a las células.

Papá no me lo ha dicho, pero yo sé que las células se hacen viejitas con el tiempo como mi abuelo Luis, que tiene arrugas en la cara aunque no le duelen.

Sé que mis células crecen porque yo cada día soy más grande y fuerte. Mis amigas Nerea y Marta son iguales, como si fueran una fotocopia; si van vestidas igual las confundo, las dos van a mi clase, así que supongo que sus células también serán como fotocopias.....esto de la célula no es tan complicado.

Papá dice que a la gente le asusta la palabra cáncer aunque no sé porque y que después no escuchan, por lo que él prefiere llamar al cáncer tumor, masa o nódulo. Yo también he aprendido estas palabras porque no quiero asustar a nadie.

Mamá y papá trabajan juntos, mamá sueña con poder fabricar un corazón, un pulmón, o un riñón, para que no haya que esperar para curarse, dice que es muy difícil pero no imposible y que lo que cuesta vale.

Mamá dice que los niños no pueden ir donde papá y mamá trabajan, que allí no se pueden tocar las cosas y que hay aparatos muy caros que no son para niños por lo que tengo que esperar a ser mayor para poder ver todas esas células que mi papá y mamá ven.

De momento, estoy aprendiendo a dibujar las células, tengo muchos libros en casa con muchos dibujos y tengo muchas pinturas porque soy un niño con suerte, no como los de África.

Tengo dos dibujos favoritos de células, uno que parece una estrella gris con un lacasito dentro, y otro que es como un donuts con perlititas de azúcar pero con el agujero de dentro relleno como por unas escaleras torcidas (supongo que es para ahorrar espacio)

Sé que en el cole me enseñarán muchas cosas sobre las células pero yo no quiero esperar, ni verlas solo en los libros, así que he pedido para navidades un microscopio como el de mis papas.

# Unión Homófilas

*NikitaNipone*

En esta comunidad de vecinos había mucho descontento; cada día más. Sobre todo desde que corrió el rumor de que en la urbanización vecina, el presidente, un núcleo que tiene los nucléolos muy bien puestos, estaba consiguiendo mejoras sustanciales para sus convecinos celulares. Así que yo, un ribosoma tan cabezota como redondo, me propuse investigar y llegar hasta el fondo de la cuestión, para apaciguar los ánimos cada vez más caldeados en este citoplasma nuestro.

Aunque al principio tuve cierta oposición en el retículo endoplásmico, logré, tras invitarles a unas cuantas cervezas, bueno, micro—cervezas, para ser más exactos, su apoyo incondicional. Supongo que los efectos del alcohol en los corpúsculos de las células, tuvieron gran parte de culpa en ese cambio de actitud, pero el caso es que conseguí que firmaran mi visado de salida, y en un santiamén me vi ante el control de pasaportes de la célula vecina.

Los policías encargados de los controles de entrada en las membranas suelen ser tipos bien entrenados para rechazar cualquier amenaza, y para detectar documentos falsos. Tuve mucha suerte porque aproveché el revuelo que produjo la entrada de otro vector, un liposoma con acreditación válida para

terapia génica, esperado como si fuera una estrella cinematográfica, para introducirme “ilegalmente” en ella.

Lo primero que llamó mi atención fue el alto standing de mis convecinos, no sé cuántos lisosomas pude ver engalanados con enzimas hidrolíticas de calidad; nada que ver con los paupérrimos presupuestos destinados a tales fines en mi comunidad. El aparato de Golgi y sus dictiosomas también vivían bien, solo había que ver la cantidad de proteínas que recibían del retículo endoplasmático liso y el tráfico de vesículas de la zona; un auténtico paraíso.

Debía andar tan ensimismado contemplando lo que, evidentemente era mucho más que un rumor, que no me percaté de que un peroxisoma observaba atento todas mis evoluciones. Desde luego, su nombre constaba en la denuncia con la que la policía vino, segundos más tarde, a detenerme. Ahora, a toro pasado, creo que no sopesé bien mis límites cuando me di a la fuga, ni aunque me hubiese salido bien. Tenía que haber sido mucho más reflexivo y haber dejado que procedieran a la identificación de mi esférico ser. Quizá si les hubiera explicado el motivo de mi intromisión, ellos hubieran sido tan amables de explicarme lo que allí estaba pasando; aunque bien podían también haber enviado a los anti manifestaciones; sea como fuere, hui, despavorido, como propulsado por un invisible flagelo, rodando hasta rebotar contra un centriolo y salir despedido hacia la parte trasera de una mitocondria, quedando así fuera de su alcance.

La mitocondria en cuestión, a pleno rendimiento, no se dio cuenta de mi cercanía. Me quedé quieto, adosado a su enorme estructura, pensando la idoneidad de llegar hasta el núcleo mismo, para pedirle audiencia. Me puse a analizar algo en lo que hasta ese momento no había reparado: La comunidad parecía encontrarse en interfase, en la primera de sus fases, sintetizando



proteínas y ARN. Si quería hacer algo debía medir bien los tiempos; una vez empezada la mitosis, mis posibilidades de llevar a término mi detectivesca investigación iban a descender drásticamente.

Pero a mí, pensar, me fatiga mucho; tanto que me quedé dormido. Y cuando “empezó el baile” yo no había conseguido nada aún. Pero la Fortuna, una diosa que dicen que es voluble y caprichosa, me sonrió. Justo cuando pensaba iniciar el camino de vuelta al hogar, sucedió algo imprevisto.

Un meteorito, parecía un fragmento de cuerpo estelar dirigiéndose a gran velocidad hacia mi investigada célula. Brillaba. Un brillo áureo que cegaba mis minúsculos ojos me hizo parpadear. ¡Era oro! ¡Una distrofina recubierta de oro! Así todo tenía explicación. Una proteína enorme, con cabeza corta y cola larga (¡cielos! Si los humanos se enterasen empezarían con sus chistes) que venía a ubicarse bajo la membrana plasmática, con una misión clara: un caso de distrofia de Duchenne— Becker. Luego un segundo, inmediatamente un tercero; un bombardeo en toda regla.

De eso se trataba, ahí estaba el origen de las diferencias. Ni más ni menos.

Contento, con mi misión cumplida, podía volver. Pero atravesar una célula inmersa en tales procesos, es un ejercicio no de alto, de altísimo riesgo. En un par de ocasiones estuve a punto de ser digerido por un lisosoma repletito de enzimas hidrolíticas, el mismo que parecía tenerla tomada conmigo. También tuve que esquivar enzimas francotiradoras y varios marcadores de señalización a los que les habría hecho feliz darme caza.

Otra vez la diosa volvió a sonreírme. Tanto que me vi en casita sano y salvo. Convoqué una reunión de vecinos con carácter extraordinario para informar de mis averiguaciones, y

fue justo en ese momento, cuando todos esperaban atentos mis primeras palabras, cuando la misma lluvia de partículas de oro comenzó a caer sobre nosotros. Por fin se hacía justicia en aquella placa Petri. Por fin íbamos a gozar de los mismos privilegios.

Eso sí, eso de que no hay dos sin tres es una gran falacia. Fortuna no volvió a sonreírme, ni siquiera a mirarme, cuando una de esas partículas áureas casi acaba conmigo. Menos mal que Átropos se ha apiadado, de momento, de un ribosoma tan particular como yo.

# Verdes y violetas

*Fa442*

Cuando llegó el día ni siquiera lo había planeado, pero no lo necesité, estaba tan enfrascada en vivir mi propia vida, tan ilusionada, que ni siquiera me planteé los pros y los contras de hacerlo. Sólo lo hice, salté al vacío empujada por mi propia juventud, por las ganas de hacer lo que me diese la gana, sin explicaciones, sin controles, sola, yo sola teniéndome que responder sólo ante mí misma.

No me independicé demasiado pronto, lo hice simplemente cuando lo tenía que hacer, cuando mi ser me lo pidió, cuando pude hacerlo, claro...

Un día te das cuenta que estás preparada, que puedes dirigir tu vida sin depender de nadie y decides salir al mundo exterior...

Al principio me fue bien, me dejé llevar, las horas pasaban y a cada minuto me sentía más madura, la vida te pasa en el día a día, no en los grandes acontecimientos, aunque solemos recordar sólo éstos.

Pasó el tiempo, desde mi punto de vista muy poco tiempo y cuando menos lo esperaba, llegó él, como una oleada de un mar bravío, como un rayo que cruza el cielo en décimas de segundo y no lo pude evitar, me pasó, sentí eso que ya me habían contado,

aquello que yo imaginé como pura fantasía con lo que envenenar a aquellas que cuentan que nunca lo sintieron.

No lo conocía y ahora somos uno.

Me invade una sensación de escalofrío, alegría, miedo... mezcla de diferentes sensaciones que aparecen y desaparecen como olas en el mar de mi existencia...

Lo he dejado entrar en mi vida; ahora, quiera o no quiera, ya forma parte de mí...ya no puedo desandar lo andado, no sé si me arrepentiré algún día o me alegraré siempre de mi decisión.

Cuando eres joven nunca llegas a creer que sucederá, pero, creces, experimentas cambios, maduras, y cuando te das cuenta, te encuentras haciendo todo aquello que veías tan lejos en tu juventud, que no eras capaz de imaginar y que ahora es presente en tu vida.

Somos diferentes, es así, tenemos una capacidad maravillosa y desde pequeñas creo que somos conscientes de esto, algunas más, otras menos, pero ahí está, y si encuentras el momento adecuado, el camino correcto, tu otra mitad...sucede. Y entonces ya no eres tú, entonces todo cambia y empiezas a multiplicarte y a sentirte diferente y a prolongar tu corta existencia a través de otra que lleva tus genes...

Pues sí, acabo de ser consciente de que voy a crear una nueva vida y estoy perpleja, sumida en reflexiones que no creo que me lleven a ningún lado, divagando, feliz y triste a un tiempo, como ya dije antes...asustada...todo es nuevo y yo soy la protagonista de mi historia.

Es difícil elegir, no creas, tantos, tan parecidos y tan diferentes. Siempre he pensado en las millones de opciones que existen en la vida de encontrar a tu otra mitad, a tu complemento...y siempre creí que era muy difícil acertar.

Cada una cuenta según le fue, he leído que solo uno conseguirá conquistarte, en mi caso creo que yo no lo elegí, fue él quien me eligió a mí. Para ser sincera, no tenía muchas opciones, ahí estaba yo, sola, indefensa...y cuando me di cuenta ya estaba prendada de él...

La química existe, solo así se entiende lo nuestro ¿Por qué él? Fue, como se suele decir, amor a simple vista, atracción, puro magnetismo, como dos polos opuestos que se atraen y que a su vez se complementan...

¡Qué maravillosa es la vida! Y qué misteriosa energía nos hace relacionarnos unos con otros, diferenciarnos, agruparnos, trabajar juntos, al unísono, para un objetivo común...

Ahora, sólo espero que todo llegue a buen fin, estamos construyendo algo juntos, algo que nos unirá para siempre. Y lo necesito, nos necesitamos ahora, no podría hacerlo sola, él también está en esto, él es mi pareja, la parte que necesitaba para ser una unidad.

¿Y cómo será? ¿Y será niño o niña? ¿Y de qué color serán sus ojos? ¿Cuándo comenzará a latir su corazón? Ese corazón que se formará de mí... y ¿cuándo nacerá? ¿o cuando volveré a nacer yo? Porque voy a volver a nacer...celebraré mi cumpleaños a la vez que él...

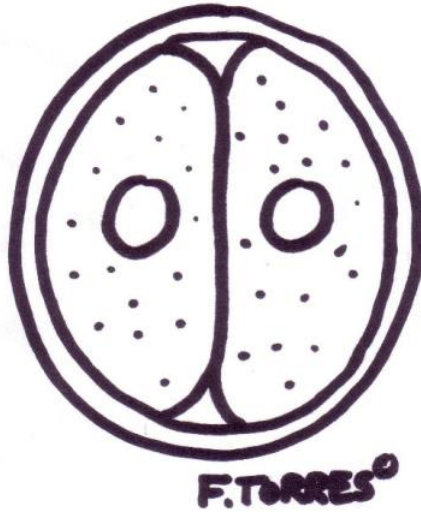
¿Y ahora qué? ¿Seré capaz de hacerlo?

Creo que ahora estoy feliz, seguro que todo saldrá bien, ¡Una nueva vida! Soy como una Diosa...puedo hacerlo, puedo con todo.

Y ahora pienso coqueta...sólo yo lo sé, nadie se da cuenta aún...me gusta sentir ese poder!, yo ya no soy yo pero nadie lo sabe, nadie lo sabrá hasta dentro de unas semanas...o meses quizás...ya veremos.

Debo encontrarle un hogar, no lo tenía previsto, así que me pondré manos a la obra. Él viene de fuera, ni siquiera le pregunté cuando lo conocí, pero no tiene casa, su casa soy yo ahora, nuestra casa tendremos que buscarla entre los dos. Quiero que el lugar donde nos asentemos por fin sea acogedor, cómodo y espacioso para que crezca feliz... de sobras sé que pronto se quedará pequeño, pero cuando llegue ese momento nos plantearemos un nuevo cambio, un nuevo hogar y quién sabe cuántas cosas volverán a cambiar otra vez...

Si, ya lo pensaré más tarde, ahora debo saborear el dulzor del momento, pasar de óvulo a persona, multiplicar mis cuarenta y ocho horas de existencia por amaneceres, risas, llantos, verdes y violetas...olores que hasta ahora no he podido apreciar...vivir al fin y al cabo...vivir....



## Lección de Ciencia

*Álvaro de Bazán*

Las dos jóvenes neuronas venían discutiendo cuando otra mayor les preguntó qué pasaba.

—Es que hoy en clase nos han dicho que el descubridor del sistema nervioso, fue un señor llamado Wald...

—Waldeyer —dijo la más traviesa—. Pero eso no es así, ¿verdad mamá? Tú nos dijiste que fue un médico llamado... Mmm, ¿cómo dijiste que se llamaba?

—Cajal, se llamaba Santiago Ramón y Cajal.

—¡Ala! —dijo la segunda—. ¿Y ese quién era?

—Pero bueno, ¿qué es lo que os enseñan en el colegio? —captando su atención comenzó a explicarles—. Es cierto que el nombre de neurona se lo debemos a un humano, a un científico alemán llamado Waldeyer. Pero él no fue nuestro descubridor, quien sentó las bases de la teoría neuronal, y que sí espero os hayan enseñado en el colegio, fue el español Santiago Ramón y Cajal.

—Nos han hablado de otro, de Camilo Golgi.

—Ah, muy bien. Porque en esta historia que os voy a contar es importante que sepáis también quién era.

—Hasta 1888 los científicos humanos no se ponían de acuerdo en cómo existíamos. Unos consideraban que éramos células unidas a fibras larguísima, a modo de prolongaciones, terminando libremente en la sustancia gris o bien que nos uníamos fundiéndonos en una red.

—Pero eso no es así.

—No seas impaciente... La primera teoría había sido propuesta por dos investigadores: Willhem His y Auguste Forel. En cambio, la teoría de la red o reticular, la propuso Joseph von Gerlach y era defendida por el italiano Golgi, a quien has mencionado. ¿Me seguís?

Ambas asintieron.

—Bien, el problema que se planteaba en esa época era cómo descubrir nuestra naturaleza con los recursos de que disponían. Usaban microscopios rudimentarios y técnicas



de tinción del tejido cerebral requiriendo altas dosis de paciencia, como yo con vosotras.

—Mamá, ¿Qué es una tinción?

—Buena pregunta. Una tinción es una técnica por la cual los humanos pueden vernos a través de sus instrumentos, lo cual es muy importante para saber exactamente cómo somos y cómo funcionamos, usando una serie de sustancias químicas para contrastarnos individualmente.

—Las jóvenes se miraron excitadas.

—Por supuesto, no usaban tejido nervioso humano, sino de pájaros y pequeños roedores.

—Sigue, mamá –se mostraron aliviadas–, ¿qué pasó después?

—Como decía, Cajal estuvo estudiando el tejido nervioso con su microscopio usando una técnica de tinción llamada coloración argéntica, curiosamente inventada por Camilo Golgi.

—Sí, sí, ahora me acuerdo; esa me la sé –señaló una, moviendo la dendrita.

—Ah sí, pues dime, ¿en qué consiste?

—En una mixtura de ácido ósmico y bicromato potásico. Después se pasa a una solución de nitrato de plata y luego en alcohol, antes de pasar por aceite de ber... ber... bergamota.

—¡Muy bien! Así aparecemos bajo el microscopio de color negro, negro argéntico. Cajal lo aplicó, incluso lo perfeccionó, con gran paciencia y tesón. Lo adaptó con tanto éxito que, cosa de humanos, molestó al propio Golgi.

—Yo a veces me enfado en clase cuando no aprendo —dijo la más inquieta—. Pero me esfuerzo y trato de poner más atención la próxima vez.

—Me parece muy bien.

—¿Qué pasó con Cajal, mamá?

—Cierto, nos habíamos quedado en la tinción argéntica. Al principio no tuvo el resultado que él esperaba, fue un día cuando pensó en aplicar la técnica en muestras de tejido de embriones, por ser su cerebro menos complejo que el de los adultos, pero había que utilizar la técnica en el momento preciso.

—¿Cuándo, cuando?

—Antes de que las prolongaciones largas, quiero decir, nuestros axones, se rodeen de la banda de mielina. La vaina, al ser tan grasa, suponía un obstáculo a la reacción química.

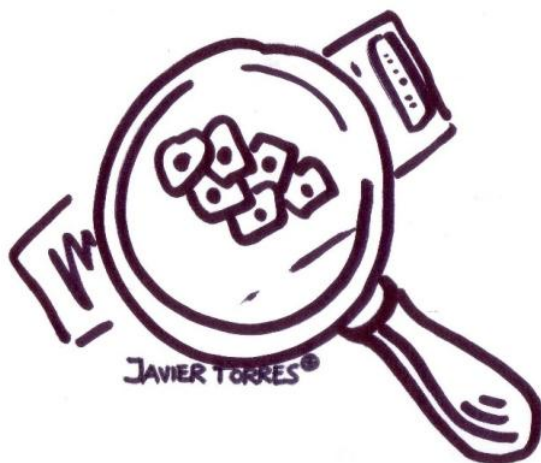
—Y entonces, ¿lo logró? —ambas estaban expectantes.

—Sí, se dedicó con firmeza a experimentar, descubriendo el final de los axones de las células de cesta, diferenció por vez primera las fibras musgosas del cerebelo, y los finísimos y cortos apéndices de nuestras dendritas.

—¡Las espinas peridendríticas! —advirtió entusiasmada la más inquieta.

—Correcto. Más tarde observó el delicado axón, el curso de las fibras ascendiendo y dividiéndose en ángulo recto; las fibras trepadoras, y confirmó la naturaleza de nuestros impulsos nerviosos, que llamó Ley de transmisión por contacto.

—Pero eso lo sabemos todas.



—Claro, ahora. Quiero decir que fue Cajal quien demostró, sin lugar a dudas, que el elemento principal en el tejido del cerebro no eran las largas fibras unidas a núcleos, ¿os acordáis?, sino las células nerviosas.

—¡Nosotras, las neuronas! —corearon.

—Correcto, Cajal tuvo que demostrar a los científicos de la época, con las preparaciones que había hecho y mucho tesón, sus resultados. Que cada célula nerviosa somos una entidad independiente, que con nuestras prolongaciones, nuestros axones, nos comunicamos con otras neuronas sin continuidad, nada de laberintos de interconexiones.

—¿Un laberinto en el cerebro?

—Me refiero a que suponían que nuestras fibras nerviosas se alargaban desde el cerebro hasta los músculos, que las fibras encargadas de las sensaciones iban desde la piel o el resto de órganos de los sentidos, sin interrupción hasta el cerebro.

—Jo, qué neurona más larga —rieron.

—Tendría que tener un axón larguísimo, ¿verdad mamá?

—Atentas... Cajal demostró que en el sistema nervioso nos disponemos alineadas en serie llegando hasta la piel y los músculos. Que somos la estructura básica y funcional del sistema nervioso. Que tenemos un cuerpo celular y expansiones y que la transmisión neuronal es siempre unidireccional, desde las dendritas hasta los axones.

—Y entonces, ¿Waldeyer?

—Cierto, Heinrich Waldeyer nos concedió el nombre de neurona; en realidad solo resumió las ideas de Cajal, aunque muchos humanos le atribuyeron erróneamente el concepto fundamental de sistema nervioso, la teoría neuronal, tal como os he explicado.

—¡Fue Cajal! —entonaron entusiasmadas.

—Cajal fue una persona paciente, como habéis sido vosotras, y muy estudiosa, como espero también lo seáis.



## El tamaño sí importa

*Spirogyra*

El hombre tenía ideales, no cabía duda, y también oficio, sólo era cuestión de echarle ganas y tiempo. El laboratorio de la facultad era su segunda casa, la primera según su esposa, y allí llevaría a cabo tan magno proyecto disfrazándolo de insólito trabajo de clase: “El tamaño sí importa”.

Nadie vio más allá que la pérdida de tiempo de unos aspirantes a científicos pretendiendo conseguir la célula más grande posible. Los descalificativos llovieron de todas partes:

“Vaya chorrada de trabajo” – “Así se gasta el dinero de la facultad” – “¿Es para el record Guinness?” – “Si se van a quedar por las noches hay que avisar a los de seguridad, y ya le adelanto que no les va a gustar”.

En el laboratorio se había conseguido *cultivar* piel y otros tejidos para reponer piezas, como quien dice, pero el proceso era muy lento, complejo y costoso. Era lento y complejo porque implicaba infinitas multiplicaciones celulares hasta conseguir cinco centímetros cuadrados de tejido, lo que en la práctica suponía la formación de innumerables células, cada una con su núcleo, sus mitocondrias, ribosomas, aparatos de Golgi, pared celular, etc... Si se pudiera conseguir que, con medios muy sencillos y baratos, una célula creciera hasta tener el tamaño de medio grano de arroz, una persona podría subsistir durante dos días con una sola gota de su propia sangre. Fin del hambre en el mundo, o al menos fin de muertes por hambre, que ya era mucho.

Pero había que ser realista. Como buen fisiólogo vegetal empezaría por lo que conocía y, si conseguía algo, se pondría en contacto con expertos en células animales. Una ensalada está muy bien, pero si se acompaña de un filete, mucho mejor.

Cargado de ilusión puso a los chavales a trabajar. Objetivo: encontrar un estímulo barato y universal que incitara a las células de un alga microscópica a crecer a lo tonto, como decían los alumnos. Probaron con algas porque son muy poco exigentes; dales cierta humedad y algo de luz y se ponen a multiplicarse como locas.

Los distintos grupos de prácticas se liaron a preparar muestras de algas verdes para estimularlas; el estímulo debería cumplir necesariamente con las características de fácil accesibilidad y ausencia de toxicidad. Probaron de todo:

sustancias minerales, luz solar irradiada a través de cualquier sustancia, electricidad... Hasta que un día, casi a final de curso, se produjo el milagro.

Una de las alumnas, por hacer la gracia, dejó sobre una de las muestras un pendiente de plástico que simulaba ámbar, muy bien imitado por cierto. Al acabar la hora de prácticas se encontró con que su muestra había crecido. Aunque supuso que sería una multiplicación alocada al amor de la luz amarillenta, trató de observar la muestra al microscopio. No pudo, no fue capaz de enfocar. Cambió a la lupa y casi se cae del taburete, el aumento más pequeño apenas abarcaba media célula. Se puso a gritar como una posesa reclamando un sobresaliente redondo y el premio por haber ganado la porra que había hecho con sus compañeros. El profesor acudió expectante a corroborar el resultado. Al apartarse del objetivo, una lagrimita rodó por su mejilla sumiendo a la clase en un silencio sepulcral.

El resto del día ensayó con varias muestras probando con distintos tiempos y llegó a una primera conclusión: por el motivo que fuera, la difracción que la luz solar sufría al atravesar aquel ámbar sintético, hacía crecer a las células de esa especie de alga muy por encima de su tamaño habitual sin alterar su naturaleza; ya se sabe que el tamaño no hace especie.

Borracho de felicidad y asombro se fue a su casa, a la de verdad, y soñó. Soñó con fabricar miles de millones de colgantes de ese plástico y regalarlos a todos y cada uno de los habitantes de los países del tercer mundo, y a bastantes del segundo y del primero, para así poner fin al injusto acceso a los alimentos.

Cuando se sueña despierto uno imagina lo que le da la gana, pero cuando se sueña dormido el cerebro se resetea a su manera, y empareja datos e información sin orden ni concierto. Total, que puestos a soñar soñó que oscuras multinacionales compraban las

patentes de fabricación del plastiquito de marras para controlar su producción, manteniéndola siempre por debajo de la demanda, lo que haría subir el precio de forma que ni los gobiernos, ni las ONGs podrían comprar los suficientes colgantes para satisfacer las necesidades de la población, y vuelta al origen del problema. Por el sueño también aparecieron asesinos a sueldo que daban matarile a quienes se movían, y traficantes que hacían su agosto adulterando el material para, de uno, sacar veinte y venderlos como buenos.

Al despertar se rio de sus miedos. Resultado lógico, supuso, de su afición por las películas de intrigas y conspiraciones. Más feliz que unas castañuelas se fue a trabajar, quedaba mucho por hacer antes de poder dar la noticia como los dioses de la ciencia mandaban.

Un año después había conseguido células del tamaño de media cabeza de alfiler, susceptibles de untarse en pan con diversos sabores según el alga de origen. La universidad preparó una presentación a bombo y platillo, y la comunidad científica sucumbió de admiración ante el descubrimiento más grande jamás conseguido. Nuestro profesor no cabía en sí de gozo y se ruborizaba cuando le amenazaron con un Nobel por aclamación.

Los días siguientes fueron un rosario de llamadas, peticiones de citas, solicitudes de entrevistas, ofertas de conferencias, y una invitación a comer por parte de una fundación sin ánimo de lucro, respaldada por un conglomerado de empresas con sede en las Islas Caimán.





## HT8 siempre quiso ser cuadrada

*María Galván*

Había una vez una célula llamada HT8 (sí, su *padre*, aquél que la descubrió, no le puso demasiado cariño a aquello de escoger el nombre que la acompañaría toda su vida), que se supo diferente desde el mismo instante en que nació de aquella otra célula, de una célula madre, dividida una y otra vez formando aquel organismo en el que ella crecía. La existencia de HT8 se desarrollaba en un laboratorio clínico, rodeada de diferentes microorganismos, tejidos y órganos. Los tubos de ensayo,

espátulas, placas, pinzas, mecheros y demás utensilios eran algo de lo más conocido para ella. Su favorito era el microscopio, sin duda alguna, cuando la miraban a través de aquel gran *ojo* se sentía la célula más especial del mundo, aunque fuera un mundo que no excedía de las paredes de aquel espacio cerrado con olor a alcohol y éter... claro que, por otro lado, ¿qué sabría ella de olores si carecía de olfato?

El caso es que HT8 sentía algo en su interior, algo que la impulsaba a esforzarse una y otra vez, día tras día, hora tras hora, para demostrar a todas aquellas que la rodeaban que ella no era igual, que ella era especial, o al menos, que acabaría siéndolo. Aquel sentimiento no la dejaba ser *normal*, no la dejaba sentirse feliz de verse igual y semejante a todas las demás células que la acompañaban. Para HT8, esa vida era como estar sufriendo condena dentro de una atracción de feria, la misma donde te acorralan decenas de espejos que reproducen tu forma, algo más alta o más baja, más ancha o delgada, más o menos deformada, pero repetida una y otra vez... hasta el infinito.

Tanto, tanto se esforzaba HT8, que no dudaba en cometer pequeñas *locuras* para una célula... un día, incluso intentó recortarse a sí misma para conseguir aquella forma que tanto anhelaba, pero claro, las células resulta que no tienen brazos, ni forma alguna de cometer tamaña insensatez. Era algo que nadie entendía y por lo que la miraban con ojos llenos de escepticismo, de compasión e incluso de pena. Nadie comprendía aquel afán suyo por ser diferente, nadie comprendía aquella cabezonería suya... ¿Una célula cuadrada? ¿No podía conformarse con ser aplanada, alargada o estrellada?

¿Por qué? ¿Para qué? Es todo lo que le preguntaban aquellas células tan normales y tan simples a las que se atrevía a contar su sueño más íntimo. Y eso que relatar aquello que sentía no debía ser nada fácil para una célula que ha nacido para un fin

determinado, una finalidad marcada claramente en las normas más básicas de la ciencia. Como célula, te limitas a dividirse una y otra vez para seguir avanzando, para seguir perfeccionando y evolucionando el organismo al que perteneces.

HT8 tampoco podía responder esas preguntas, no sabía darles respuesta porque ni ella misma conocía de dónde le nacía esa inquietud. Nadie a su alrededor era cuadrado, todas eran en su mayoría esféricas, dado que se desarrollaban en un medio líquido, lo más que llegaban era a abombarse por diferentes circunstancias o presiones externas... como LR2 (sí, otro nombre poco afortunado), que acabó con forma de pelota de rugby al verse atrapada en una probeta, rodeada de millones de células similares, regadas con aquel líquido transparente y muy frío gracias a un becario con cara de no saber ni abrocharse bien la bata —de hecho, si LR2 hubiera podido ver más allá de aquel recipiente, hubiera comprobado que así era, aquel becario inexperto y torpe llevaba *coja* la bata con manchas de cola—cao—. Lo cierto es que aquellos eran casos aislados, e involuntarios.

Pero ella no, HT8 quería realmente ser diferente, ser cuadrada. Y como ocurre casi siempre en estos casos, cuando alguien intenta ir contracorriente, salirse de las pautas marcadas (siempre por otros) y escoger un camino diferente... se fue quedando sola, aislada de todo aquello que conocía, de aquello que le era familiar... ¿Y qué pasó entonces? Que su *padre*, aquel que la descubrió, se dio cuenta de que HT8 nunca llegaría a formar parte de ese grupo, nunca se integraría, jamás se dejaría llevar por la corriente para aceptar todo aquello que a él, desde su ilimitado poder de acción, se le ocurriera hacerles. Y su *padre*, aquel que debía cuidarla, o eso pensaba ella, decidió entonces que HT8 ya no le era útil. HT8, de hecho, podría ser un mal ejemplo para el resto de su grupo y entonces, casi sin darse cuenta, fue extraída de su mundo, separada de la que había

considerado su familia, su tribu, su núcleo... Y fue así como HT8 nunca consiguió ser cuadrada. Y fue así como HT8 comprendió que nunca lo conseguiría, aunque, a cambio, había logrado algo mucho mejor, algo en lo que nunca había pensado... HT8 consiguió ser libre. Libre de ataduras, libre de imposiciones y libre de sentirse como quisiera. A nadie le importaba ya, a nadie molestaba ya...

HT8 comprobó finalmente que a veces nuestros sueños más íntimos no son lo que parecen, que hay veces que nos autoengañamos buscando una felicidad equivocada, una felicidad irreal y totalmente inalcanzable. Hay veces que la vida, de la manera más insospechada, te regala ese momento de felicidad plena que siempre hemos perseguido, pero que nos llega sin esperarlo, sin que hayamos llamado a esa puerta. Y a veces, algunas veces, si no sabemos verlo a tiempo, si no sabemos reconocerla, esa misma felicidad nos abandona, dejándonos entonces perdidos para siempre, buscando intensamente aquello que no encontraremos nunca porque miramos en los lugares equivocados.

HT8 supo descubrirlo, y dejó de buscar, por fin, aquello que realmente siempre había llevado en su interior.

# Villacella, capital

*Zamit*

Déjenme conducirles en este somero itinerario a través de Villacella, próspera y tranquila población que, al abrigo del anticiclón ATP, disfruta de un clima idóneo para la vida.

Hoy se estrena la semana en Villacella y la algarabía de sus calles nos confirma que sus habitantes se encuentran ya totalmente entregados a sus diarios quehaceres, con energías renovadas y fuerte espíritu.

Allá patrullan las células de Langerhans, siempre al acecho de antígenos. Es inestimable su labor en esta sociedad, que goza de una paz imperturbable, y los ciudadanos se lo hacen notar con muestras de afecto y amabilidad.

Y ahora acabamos de pasar un haz de afanosas acuaporinas, siempre alerta y dispuestas al transporte de agua a cualquier lugar en que sea requerida

Ese grupo de fornidos miocitos se halla en plena sesión de carrera, y es frecuente encontrarlos ejercitándose en plena calle varias horas al día. Villacella cuenta con una larga tradición deportiva, que le ha valido numerosas condecoraciones, y estos jóvenes son el orgullo de sus vecinos.

Otras labores también son necesarias: la villa requiere del mantenimiento del ADN, que crece naturalmente en sus jardines,

y este ímpetu y fertilidad que le caracterizan es reconducido por las helicadas en aras del embellecimiento de las vías públicas.

Pero no todo es concordia en Villacella. Veamos, si no, cómo el diligente eritrocito se empeña y se esmera en su tarea doméstica. Transporta incesantemente material de todo tipo, aunque su especialidad es el oxígeno; operación, que aunque se reciba con menor palio, no es menos esencial. Atendamos, ya que esta labor está a punto de ser interrumpida:

—¡Cuánta faena! Quién me manda a mí...

Inoportunamente, la puerta suena.

—¿Quién es ahora? ¡Vaya un momento!

El eritrocito, fisgón, se asoma por un ventanuco. Pero el visitante tiene oído fino:

—¿Señor?

—¡Ya va, ya va! Buenos días.

—Buenos días. Vengo predicando la palabra de la Sinapsis. ¿Le interesaría a usted?

—¿La Siqué?

—Mire, tome una. ¿No le reconforta ya?

—Sí, sí... Mire: tengo mucho trabajo. ¿Por qué no me la resume?

—¡Será un placer! Usted, que está sometido a los achaques de sus tareas, ¿no sufre a veces sufre sin motivo?, le vengo a decir: es inevitable el dolor, pero no el sufrimiento. Porque todos, usted, yo, todos los habitantes de esta hermosa tierra pertenecemos a una unidad superior, todas nuestras acciones tienen un sentido, y nadie vino aquí a transitar un

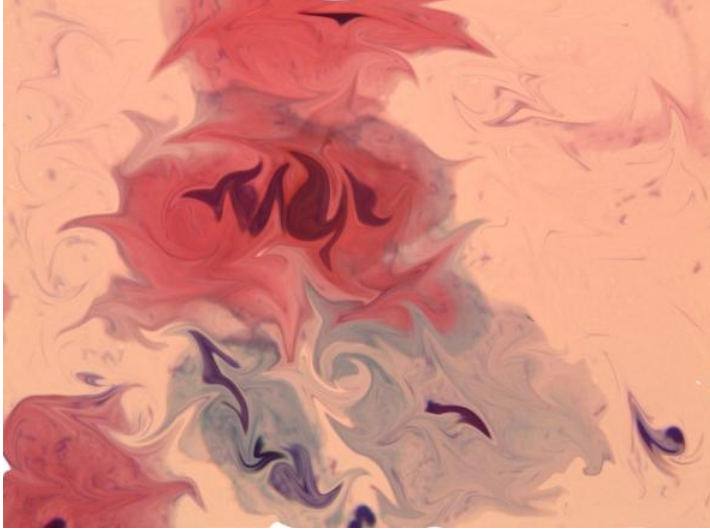
valle de lágrimas, sino a cumplir una función acorde a nuestra forma de ser y a las aptitudes e inclinaciones que nos son dadas. ¿No le parece a usted maravilloso todo esto?

—Sí, mire, no tengo suelto ahora mismo. Pase usted en otra ocasión. Buenos días.

La neurona, reafirmada en su fe, continúa predicando sus razones ante todo aquel dispuesto a escucharla y darle crédito.







## En el Parque

*La Dueña de la Posada*

¿De qué se tiene que escribir hoy?, dicen que de la célula; bueno, hoy toca la célula de la misma manera que mañana tocará otro tema; que no se diga que no valemos para todo, roto y descosido.

Pero si la mayoría de las personas no saben ni lo que son... en fin, voy a intentar explicarlo de forma sencilla.

Están todas, las células, en el parque florido, todos los elementos son importantes; cada uno tiene un nombre, tipo y

función. Dos células de paseo deciden tomarse una cervecita en el chiringuito, pero una le dice a la otra:

— Se nota que tú tienes ribete de pelillos y que bebes más rápido, sin embargo yo ya estoy llena de bolitas y no me cabe nada.

A la pareja empiezan a sumárseles más amiguitas, el grupo es muy variopinto. Llega una de forma poligonal con resalte central, de coloración verde—amarillenta, que dice que ya no está para cerveza, que se ha bebido muchas y que ni ella ni sus homólogas se lo pueden permitir.

—Eso te pasa por no tener control pero que me quiten lo “bailao”; me han dado un ultimátum y se acabó., sé que cuando era joven me cuidé poco.

Pero para no tener control, llega otra que les va a contar lo que le sucede a su grupo; se trata de una célula plana y rosada, que siempre ha estado al sol, sin sombrilla y sin protección, y ha empezado a crecer ellas y sus allegadas, hasta convertirse en algo verdaderamente feo. Pero no hay problema, el destacamento de limpieza del parque se encargara de extinguirlas, hasta que no quede rastro de las mismas. Entre ellas comentan que no es la primera vez que pasa, que hace unos meses, una colega del otro lado del parque contó lo mismo, pero para eliminarlas tuvieron que llamar a alguien de fuera. A lo mejor no se trataba del mismo grupo, sino de las oscuras y temerosas brujas que, cuando decidendar problemas, estos suelen ser serios; como medida preventiva hubo que inyectar un insecticida muy fuerte; el parque perdió su natural alegría, hubo un brote de intoxicación, pero el problema se resolvió.

De repente, un bullicio y griterío: son los turistas del parque. Sí, eso parece, han entrado por una rendija de la valla que está

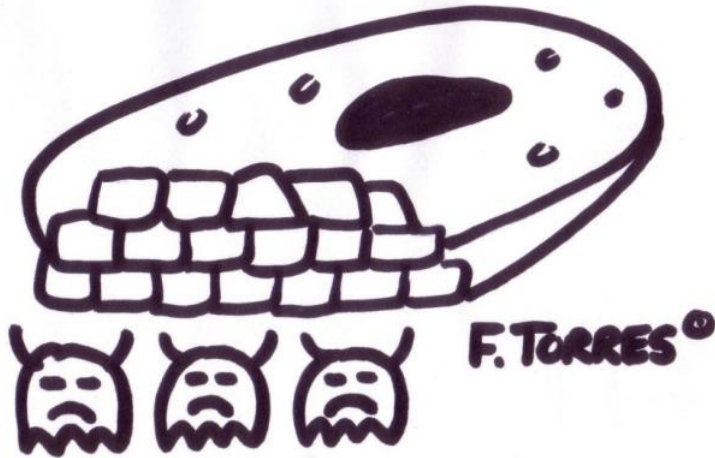
rota y mira que se ha dado aviso a mantenimiento, pero si son ellos, los guardianes de la zona ya los han asaltado. Al cabo de unos segundos se da aviso de que hay otro grupo en el extremo opuesto y surge el dilema: hay que repartirse para evitar que los intrusos ocupen todo el parque, especial atención hay que prestar en que no alcancen las fuentes y los canales de agua. Si pueden llegar al corazón del parque, estamos perdidos. En el fragor de la lucha destacan por su prestancia los polis, los linfocitos esos tan monos y granulados de color rosa que con la ayuda de las grandotas mutinucleadas se disponen a rodear a los intrusos y expulsarlos de su territorio; la temperatura ambiental se ha elevado unos graditos. Aflora el sudor y el cansancio.

Todo ha concluido, la seguridad del parque se restituye y al fin llega un momento de paz.

El próximo episodio comienza con unos grandes estornudos; parece que la primavera está a punto de llegar y todas las compañeras que representan el árbol mayor tiemblan, saben que va a haber una tormenta.

A esto que se acerca la lista del grupo: tiene forma estrellada y una cola muy afilada con raíces, ella, más fina que ninguna, se sienta con estilo en la butaca, a la sombra, y espera que le regalen los oídos. Siempre ha sido la que ha llevado la iniciativa y ha influido en las demás, bien de forma voluntaria o involuntaria. Todas la miran y le preguntan, y ella les cuenta una historia que no tiene sentido. Todo el grupo piensa que está desvariando y se preocupan porque siempre la han tenido como un referente. Su falta de cordura podría significar el fallo de todo el sistema y, por tanto, el cierre definitivo del parque...





## Diario de un linfocito

*Elah*

Sintetizar, segregar, sintetizar, segregar... Tengo todo el retículo endoplasmático vacío, hartado de fabricar enzimas para los lisosomas. Venga a digerir bacterias. Que si *Streptococcus pneumoniae* va, que si *Streptococcus pneumoniae* viene. ¡Ya no aguanto más!

Todo empezó hará una semana. Mis jefas, en su “infinita sabiduría” (apréciese el sarcasmo), decidieron que lo mejor que podía hacer nuestro organismo un día de invierno después de un

buen remojón en la ducha era quedarse media hora a la intemperie con el pelo húmedo. Dichosas neuronas, ¿de verdad creían que nadie iba a aprovechar la ocasión para infectar nuestro cuerpo? En fin... La broma les ha salido bien cara.

Los unos se echan la culpa a los otros. Las neuronas dicen que fue la serotonina y la testosterona, que combinadas forman una pareja de lo más peligrosa. Claro, nuestro cuerpo vio los ojos luminosos de una hembra, con los labios carnosos y rosados, y el aluvión de hormonas que se generó le impidió ponerse a resguardo del frío. Prefirió llevar el sistema al borde de la hipotermia antes que dejar de intercambiar fluidos orgánicos saliváceos con ella...

Pero me estoy yendo del tema. El caso es que estaba yo circulando por la linfa, tras superar con un aprobado justillo la dura prueba de maduración en el timo, cuando colisioné con el primero de mis primos hermanos los linfocitos T4. Crucé dos vacuolas rogando que se hubieran confundido y aquellas interleucinas no fueran conmigo. Pero qué va, más quisiera. Nuestras proteínas MHC de la membrana se reconocieron al instante, y a partir de aquí todo fue un caos.

Creo que si tengo que producir una sola enzima hidrolítica más optaré por la apoptosis. ¿Es que estos *Streptococcus pneumoniae* saben que la bipartición tiene un límite? Yo soy de los que defienden que en el instante en que se recibe el primer ataque de perforinas deberían darse por vencidos y tirar la cápsula. Si más no, podrían aprovechar algún estornudo o algún ataque de tos para salir proyectados como alma que lleva el diablo.

Las cosas se han puesto muy feas por aquí. El ambiente está muy caldeado, se nota tensión en todos los vasos sanguíneos y la inflamación de la garganta impide que nos llegue el anhelado oxígeno. Además, si bien es cierto que hace una calor como para

derretir una exospora, la aspirina que se ha tomado nuestro cuerpo ha bajado un poco la fiebre (ya hace unas horas que no detecto prostaglandinas), y ahora quedan todavía más bacterias por destruir. Sé que es mi trabajo, que para eso me diferencié en linfocito T8, pero oye, como en la médula ósea, en ningún sitio... Los prepotentes de los linfocitos B presumen de ser ya células plasmáticas, pero yo sé que en su núcleo piensan igual que yo.

Pronto la infección remitirá y todo volverá a la normalidad, pero tantas bajas entre los nuestros se notan, y nos espera una temporada de debilidad general. Mejor: a ver si así nuestras "amigas" las neuronas refuerzan un poco la capa de mielina y no vuelven a causar tantos estragos. Mientras tanto, nuestro organismo se tomará las cosas con más calma y nos dará un respiro. Hablando de respiros, ¿qué pasa con ese oxígeno que parece no llegar nunca?

Este estado de agitación me está llevando a la paranoia. Plaqueta que pasa, herida abierta que proyecto en mi mente. Y con ella, más infecciones... Lo sé lo sé, soy muy pesimista, pero qué queréis, lo llevo escrito en el ADN: "no confíes en nadie y, ante la duda, supón siempre lo peor y segrega enzimas". Los linfocitos citotóxicos somos así de desconfiados. Supongo que si no supiera diferenciar bien a mis hermanas de los antígenos, no hubiera pasado del timo, así que me guió por mi secuencia de nucleótidos y de momento el reconocimiento de elementos inocuos y nocivos lo llevo bien.

Me estoy dando cuenta que no hago más que criticar. Los quejicas como yo no serviríamos de nefrona. Y qué decir de las células hepáticas; esas sí que curran día y noche. Supongo que, dentro de las posibilidades, mi especificidad me permite descansos largos en que simplemente me limito a estar alerta. Aun así, todas esas horas que no rendimos al cien por cien las

recuperamos al trabajar al doscientos por ciento ante una inoculación.

Creo que debo dejar de reflexionar un rato. Parece que llegan nutrientes acabados de absorber y me muero por metabolizarlos. No sé cómo quieren que tenga suficiente ATP sin fuentes de carbono en dosis adecuadas. Vaya, se trata de hidratos de carbono... creo que proceden de una sopa de fideos calentita. Por lo menos parece que nuestro organismo ha aprendido la lección y empieza a cuidarse un poco más. Creo que todas las células se lo agradecemos.

En fin, si algo he aprendido a raíz de todo esto es que, si tuviera una segunda oportunidad, me diferenciaría en célula intestinal, a ver si con un poco de suerte acababa formando parte del apéndice. ¡Y a vivir la vida! Que las células tenemos mucho por hacer aparte de nutrirnos y reproducirnos. Sin la parte de relación, nada sería de nosotras.



# La planta de Milo

*La Rana*

Esa mañana, recibí un telegrama:

*Acude a esta dirección cuando puedas.*

*Tuya,*

*Ana*

*#26F, Santa Cecilia, Heredia, Costa Rica*

Creía que estaba muerta. Hacía un año se había marchado a Costa Rica, tal como lo había planeado, a pesar de que le imploré que se quedara. Mi amiga y colega llevaba varios años luchando contra la anemia aplásica idiopática, y después de varios tratamientos, las cosas habían empeorado. Sus células madre se dañaban día tras día sin que yo ni nadie pudiera detenerlas. Me preocupaba que el clima húmedo de Costa Rica empeorara el asma que últimamente la atacaba. Temía que sufriera complicaciones estando lejos. Para colmo, Ana quería viajar sola. Una mañana no contestó al teléfono, fui a su casa y resultó que ya se había ido. Hice pesquisas en Costa Rica pero no supe nada de ella, hasta ahora.

Abordé el primer avión y llegué al Aeropuerto Internacional Juan Santa María. Tomé un taxi y le pedí al chofer que me llevara

a la dirección suministrada. Sentí temor. ¿Quién me garantizaba que la que había escrito era mi amiga?

La casa #26 F estaba frente a mí. Toqué el timbre tres veces, nadie salió. Al cuarto intento abrieron la puerta. ¡Era ella!, lucía preciosa, llena de vida. Me lancé a sus brazos y entramos. A la izquierda, una salita pequeña con sillones, un chorreador de café y muchos libros de herbología, antropología y medicina. Al fondo, un laboratorio en el que divisé un microscopio, probetas y esa clase de cosas. Y a la derecha, un jardín en el que crecían plantas de diversos tamaños. Ana me ofreció un café. Preguntó por los viejos amigos, el hospital, los colegas. Le sorprendió lo rápido que respondí a su llamada.

—Sé que estás sorprendida—exclamó—, no debería estar viva. En esos días estaba desesperada. Busqué en internet y hallé las referencias de la doctora Rattón, la antigua dueña de esta casa. Gracias a ella supe de una planta que podría curarme.

—¿Por qué no me dijiste?

—Si no apoyabas que viajara sola, menos que siguiera una pista que me suministró internet. Sé cuánto luchaste por curarme, lo fracasada que te sentiste. ¡No existe en el mundo una colega más persistente y estudiosa! Por eso, quiero que conozcas de primera mano las propiedades de esa planta.

Me invitó a pasear por el jardín.

—Todas las plantas provienen de una semilla que le obsequió a la doctora un viejo amigo llamado Milo, el cual vive en la montaña. Tienen la posibilidad de hacer algo maravilloso.

Fue al laboratorio y regresó con una lámpara de la que emanaba mucho calor. La acercó al tallo de una de las plantas y la corteza se suavizó, insertó una espátula en el medio, la abrió con cuidado y descubrió a la vista el interior. Se asemejaba a un vientre con varios compartimentos, unos sobre otros. A excepción del primero y el último, todos estaban repletos de racimos parecidos a los de uva, de color verde.

—Es capaz de generar las células madre de la sangre que recibe. Pon atención. Una vez que logras abrir el vientre, depositas una muestra de la sangre enferma en el primer compartimento, que es el más superior, y la dejas reposar allí. Durante los siguientes meses la planta absorberá esa sangre, y a partir de allí elaborará una mezcla que pasará de un compartimento a otro, depurándola en sus racimos una y otra vez, hasta que al final del quinto mes se deposita en el compartimento más inferior. Entonces, abrimos de nuevo el vientre y sacamos la mezcla, la cual se le transfiere al paciente.

Apartó la fuente de calor y el vientre se cerró. Regresamos a los sillones:

—La planta es un reservorio genético, el ADN de todas las especies está allí. De alguna forma logra identificar la especie que suministra la sangre y en el proceso ensambla las células madre originales: retiene en los racimos todo aquello que no pertenece a la especie y expulsa lo que sí funciona al siguiente nivel, donde será reabsorbido por otros racimos. Sucederá una y otra vez hasta llegar al compartimento final que guardará el producto más puro. Por desgracia, estas plantas sólo dan semillas cada diez años. Y a las plantas jóvenes no se les puede introducir sangre hasta que cumplan un año porque producirían células defectuosas.

Miré las plantas, jamás habría sospechado lo que ocultaban en sus entrañas.

—La doctora logró obtener las primeras plantas sin necesidad de semillas, también pudo hacer que crecieran en menos tiempo. Lo que no logró es reducir el proceso de depuración. Es justo en lo que estoy trabajando ahora. Ella fue muy amable conmigo, me enseñó muchas cosas. Desgraciadamente, murió en un accidente hace pocos meses. Sin embargo, aprendí lo suficiente.

—¿Por qué no me escribiste antes?

—Llegué muy enferma, creí que no iba a aguantar. Debí esperar cinco meses para obtener las células. La recuperación fue lenta. No quería escribirte hasta estar segura. Después, me distraje aprendiendo cosas nuevas.

Ana me miró fijamente.

—Lo que ves aquí es el trabajo de toda su vida y el mundo debe saberlo. Antes de morir la doctora terminó un artículo. Debemos publicarlo. Trata de cientos de casos, innumerables curaciones perfectamente documentadas.

Breve silencio.

—Me quedaré aquí, tú me apoyarás desde allá. ¡Promételo!—sonrió dulcemente—, Las plantas necesitan mucho cuidado, no sobreviven en otro clima. Tampoco sé qué va a ser de esta casa. Quizás tenga que buscarles otro sitio. Hasta entonces seguiré investigando—exclamó resuelta—. Necesito revisar sus notas para comprender mejor todo esto. ¿No te parece maravilloso? ¿Recuerdas cuando estábamos en la facultad y soñábamos con encontrarnos de frente con un milagro viviente?

Mi corazón latía fuertemente, no lograba asimilar lo que había visto y oído. Era tarde. En el patio, las plantas se mecían al son del viento. Parecía que cantaban. Me dejé envolver por el misterio.

—Me quedaré contigo—exclamé al fin.





## Nacer, crecer, reproducirse y morir

*Syrma*

Mi vida.... Bueno, ¡cómo resumirla! Hay tanto que contar que no sé cuál es el primer hecho relevante que debería transmitirte. Supongo... sí, quizás mi nacimiento es lo primero que deberías conocer, después de todo es el inicio de la historia. Si no hubiera nacido... no habría nada que contar, ¿no crees?

Lo primero que recuerdo es ver cómo una parte de mí se separaba de la de mi madre. Esos pequeños, inquietos y dinámicos diablillos con forma de alfiler que me mantienen

aislada del exterior se movían rápidamente para formar dos equipos, eligiendo entre quedarse con ella o formar parte de mí. Son tan graciosos... con esa cabecita tan pequeña y esas patas tan desproporcionadamente largas para su cuerpo. Al principio todo parecía un poco caótico: un montón de cosas, quién sabe si buenas o malas, se movían entre nosotras, fluían a través del espacio que aún compartíamos. Cuando finalmente me separé de mi madre y logré la independencia, descubrí que todo estaba perfectamente organizado, pero eso vino más tarde, cuando yo misma tuve descendencia. Antes de eso... Antes de eso pasaron muchas cosas.

Recuerdo mi fiesta de diferenciación, cuando al fin me hice adulta. Apurando el trabajo a última hora, como siempre, logré tenerlo todo listo para la fecha señalada. Besé a mi madre y a mis hermanas y recorrí el camino que me separaba del lugar que, desde aquel instante, sería mi hogar. Estaba nerviosa, ¿y quién no? Sin embargo, cuando alcancé mi destino, la inseguridad se desvaneció: mis compañeras tenían un hueco reservado para mí y me acogieron como si hubieran estado esperando mi llegada desde siempre. Palmearon mi membrana y desde entonces nunca han dejado de mandarme su apoyo con pequeños mensajeros que me han dado las pistas necesarias para saber cómo comportarme en cada momento, ¿qué habría sido de mí sin ellas? Seguramente hoy no estaría aquí para contarte mi historia.

Creí y crecí, y cuando mi cuerpo creció lo suficiente descubrí nuevas partes de mí misma, partes que hasta entonces no había sido capaz de admirar y que se manifestaron entonces en su máximo esplendor. Sentí mi cuerpo partirse en dos y mi interior duplicar sus fuerzas para proporcionar a una nueva vida todo lo que iba a necesitar en su lucha por la supervivencia. Ha sido la experiencia más increíble de mi vida y me enorgullece poder haberla disfrutado en tantas ocasiones, pues he oído decir



que otras no llegan a vivirlo jamás. No sé si será cierto, pero de ser así, las compadezco, se pierden lo mejor de su existencia.

Sin embargo, no todo ha sido bueno. La vida no es un camino de monómeros dispuestos a tu paso para que simplemente los tomes y expandas tu citoplasma. Hubo tiempos difíciles, tiempos oscuros en los que tanto mi vida como la de mis hermanas estuvieron en grave peligro. Muchas, de hecho, no sobrevivieron a la llamada “*época del merodeador*”. Por aquel entonces yo era muy joven y no comprendía lo que realmente sucedía a lo largo de aquel tiempo en el que todos hablaban sobre la presencia próxima de algún tipo de intruso. Se comentaba que algunas de nosotras le servían de cobijo para sobrevivir y pasar inadvertido mientras él tramaba un plan contra el resto.

Por supuesto, los buscadores rastreaban día y noche, interrogándonos a cada una de nosotras para descubrir quiénes estaban mintiendo. Durante mucho tiempo su trabajo fue en vano. Sus insidiosas preguntas, su manera compulsiva de buscar en cada pliegue de nuestras membranas una imperfección que nos delatara compinches del intruso, no sirvieron de nada. Hasta que, cierto día, una de mis hermanas no pudo más y confesó su debilidad: llevaba todo aquel tiempo ocultando en su interior a cientos de aquellos invasores que habían venido para conquistarnos, sirviéndoles como medio para alcanzar a otras. Cuando me enteré, comprendí el significado de la palabra “decepción”. A partir de aquel acontecimiento, muchas otras decidieron confesar, liberando aquella carga que habían soportado durante años. *Los invasores* caminaban a sus anchas, *los buscadores* no daban abasto y *las eliminadoras* trabajaban sin descanso. Jamás las he envidiado, programadas para asesinar a otras sin corazón, sólo por tener algún defecto, en este caso la mala suerte de haber sido infectadas por *el invasor*.

Fue una época oscura, muy oscura, pero sobreviví, y a partir de ese momento me volqué en acoger a los cientos y cientos de nuevas hermanas que llegaban cada día para tratar de hacer frente a las bajas que habíamos sufrido en mi zona, una de las más afectadas. Gracias al esfuerzo de todos se crearon inmensas cantidades de armas específicamente diseñadas contra “*el invasorsilencioso*”, como se le denominó desde entonces por su capacidad para permanecer entre nosotras sin alterarnos. Y, aunque cada cierto tiempo alguien informa de un avistamiento, gracias a *Neuronio* jamás hemos vuelto a pasar por una época tan temible.

Ahora los años pesan más de lo que me gustaría admitir. Puedo ver formas imperfectas moverse a través de las vías que guían cada elemento de mi cuerpo. Es la hora, lo sé. Espero con paciencia hasta que veo aparecer a los hermanos *Bacal: Bax y Bak*, predecesores del épico final. Sé lo que sucederá a continuación, lo he visto en otras: en no mucho tiempo mi cuerpo entero se llenará de esas pequeñas ejecutoras que portan casco y capa para ponerle fin a todo. Las empiezo a sentir moviéndose, y sólo soy capaz de enviar un último mensaje a mis hermanas para que sepan que, definitivamente, ya no estaré más con ellas.

# Paz

*EmoZiona*

No sabía desde cuando estaba allí, en aquel lugar, inmóvil. Miraba a su alrededor y todo estaba lleno de seres como ella, millones de seres similares en aquel lugar oscuro. Aquella era una extraña concentración masivade seres, silenciosa, formando un entramado de caminos infinitos en la más absoluta oscuridad, que sólo quedaba interrumpida a menudo por destellos lejanos de una luz azulada.

Se sentía perdida, aturdida y sola a pesar de encontrarse rodeada de todos aquellos congéneres. Intentó intercambiar información con su vecina más próxima, pero no le fue posible hacerlo. Le resultaba muy confuso estar allí inmóvil y perdida en aquel oscuro lugar, esperando que algo sucediese, si es que realmente llegaría a suceder algo.

¿Qué hacía allí? ¿Quién era realmente? ¿Quiénes eran aquellos seres que tanto se parecían a ella?

Los lejanos destellos de luz azulada sólo le permitían intuir los detalles de su alrededor ¿Qué eran aquellas luces? ¿De dónde procedían?

De repente, una potente descarga eléctrica azulada atravesó su cuerpo, haciendo que se estremeciese completamente. Podía sentir aquella energía en su interior, potente, intensa, pero sin

llegar a provocarle daño alguno. Era como si estuviese inyectándole vida. Perdió la noción del tiempo, y cuando quiso darse cuenta, todo había acabado. De nuevo la oscuridad y la calma.

¿Qué había ocurrido allí? ¿De dónde procedía aquella potente fuente de energía? ¿Cómo había logrado atravesarla?. Todas estas preguntas le golpeaban sin cesar, pero no encontraba respuesta alguna.

Aunque aparentemente todo había acabado, era consciente de que después de que aquella luz azulada la hubiese atravesado, algo había cambiado, nada era ya igual que antes. La sensación de que comenzaba a ver las cosas más claras llenaba un espacio antes vacío.

“PAZ”. Esta era la palabra que se le había quedado grabada después de que aquel torrente de energía atravesase su cuerpo. No sabía dónde estaba ni que había ocurrido, sólo recordaba claramente “PAZ”.

Seguía confusa, aunque una nueva sensación se había instaurado en ella, una sensación de vida que no había experimentado antes. Sentía como si hubiese despertado de un sueño, de una especie de letargo del que ya no recordaba nada, ni siquiera cuando comenzó.

Perdida entre aquella multitud, y siguiendo su intuición, intentó de nuevo comunicarse con su vecina, aunque esta vez, más segura de sí misma, pensando que sería más fácil hacerlo ahora.

—Perdona, estoy algo confusa..., no sé qué hago aquí. No puedo recordar de dónde vengo ni cuando llegué – dijo ella.

—Vaya, eres nueva por lo que veo. Es normal que estés algo confusa, yo también lo estuve al principio – contestó su vecina.

Mientras conversaban, nuevos destellos de luz azulada podían intuirse a lo lejos, de forma intermitente y aparentemente desordenada. La cerrada oscuridad daba paso sin avisar a ráfagas de luz brillante, y al instante, de nuevo la oscuridad.

—Pero ¿qué hago aquí?, tu parece saberlo ¿no? – insistió ella.

—Todas estamos aquí por lo mismo, formamos parte de un sistema, de un todo. Yo tampoco recuerdo desde cuando estoy aquí, pero de lo que estoy segura es de que continuamente llegan nuevas compañeras, mientras que otras acaban dejándonos. Es la ley de la naturaleza, todo cambia, nada permanece. – respondió su vecina de un modo misterioso.

De nuevo, otra potente descarga eléctrica volvió a atravesarla, pero esta vez no sintió el estremecimiento de la primera vez, solamente notó un pequeño hormigueo. Parecía como si a aquella energía mágica le fuese más fácil ahora atravesarla, al igual que cuesta menos atravesar un bosque cuando lo ha hecho previamente un explorador, que ha retirado la maleza que encontró a su paso.

—Pero ¿que ha sido esto?, ¿lo has notado? – volvió ella a preguntar.

—Claro que lo he sentido. Para ti todo esto puede ser nuevo pero yo ya me he acostumbrado— respondió su vecina.

Empezaba a perder la paciencia, se encontraba en un lugar desconocido, y por más que preguntaba, las respuestas que

obtenía no le aclaraban su incertidumbre. Necesitaba respuestas ahora, necesitaba saber quién era.

—Pero ¿me puedes contar de una vez que está pasando? – gritó enojada.

—¿No lo sabes aún?, eres una sinapsis, como todas las que ves por aquí. Formamos parte de un “todo”, del cerebro humano. Sin la colaboración de cada una de nosotras, las ideas y recuerdos se pierden, y el hombre en el que habitamos estaría perdido y confuso. Digamos que almacenamos información para que él tome decisiones de una forma más o menos efectiva.

Una vez resuelta la duda, le quedaba saber por qué aquella palabra, “PAZ”, resonaba en su cabeza una y otra vez.

Mientras divagaba, una nueva descarga eléctrica, mucho más potente que ninguna de las anteriores, las atravesó hasta morir en el *Área de Broca*, centro neurálgico del lenguaje en el que todas ellas habitaban.

En ese preciso instante, aquel humano que les servía de hogar, al que todos conocían como “Madiba”, emitió varios sonidos por su boca, que parecían decir:

*“Os saludo a todos en nombre de la PAZ, la democracia y la libertad para todos”.*

*(1ª frase del primer mitin de Nelson Mandela, al salir de prisión, después de 27 años en ella).*

## Células y moscas sin alas

*Koala*

La perspectiva de una mosca sin alas es de tristeza: “Sin mis alas no soy nada”, suelen pensar. La célula tampoco tiene mucha confianza en sus destrezas de atleta. “Si la mosca sin alas está deprimida y a mí no me da por envolverme en mi misma, tengo una mínima posibilidad de triunfo”, piensa la célula.

Así están las cosas en casa. La carrera del año está a punto de empezar y ninguno de los dos contendientes se siente con fuerzas de vencer. Este verano las moscas no han sido tan pesadas como el primer verano en Australia, y las células han aparecido mucho menos en casa. Hay escasez de insectos dispuestos a disputar ésta estúpida carrera de la que me he convertido en narrador, propietario y defensor a ultranza.

Las rayas de tiza blanca están marcadas en el suelo del pasillo. Es un pasillo largo, de parquet claro, sintético y todavía poco gastado en el que damos siempre más pasos de los que deberíamos. El silbato que me compré para entrenar a los niños en sus actividades de después de la escuela también está a punto. La mosca sin alas no mira a su contrario. La célula se retuerce y descansa en su caparazón casero.

—Dentro de dos minutos debéis estar en vuestros puestos  
—les ordeno a ambas.

Evidentemente, ninguna habla con lo cual, soy yo mismo el que coloca a la mosca sin alas en el carril número 1, y a la célula en el carril número 2. Miro el reloj: las 13:20. He decidido que la mejor hora para empezar una carrera es a las 13:22.

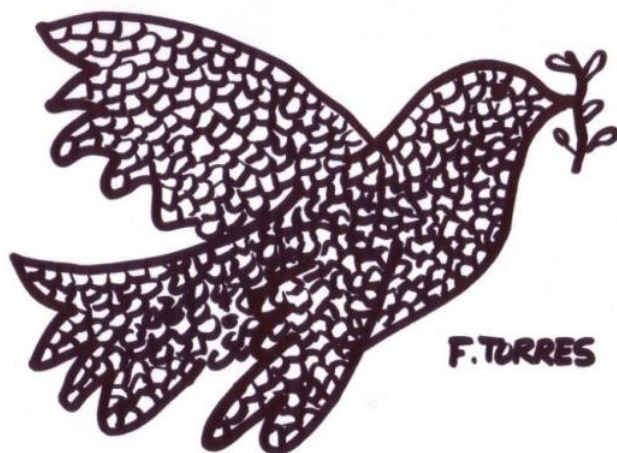
La mosca sin alas parece más interesada en la carrera que la célula, que sigue encorvada en su caparazón casero sin moverse un milímetro. Falta un minuto y me acuerdo del silbato —que también compré para los entrenamientos con niños—. Lo tengo en la bolsa roja, la de la piscina, lo cojo y me lo cuelgo en el cuello. Treinta segundos más y la primera carrera de Moscas contra Células va a empezar.

3, 2, 1...Go! Grito en inglés el Go y silbo inmediatamente después. La carrera ha comenzado y sólo la mosca sin alas empieza a caminar. La célula, asustada por mi silbato, sin motivo, se ha desenvuelto de su caparazón y se empieza a mover. La mosca sin alas lleva un buen ritmo. No se tuerce lo más mínimo y sigue caminando por su carril número 1 sin pisar la línea blanca que delimita el carril de su contrincante. La célula se vuelve a parar. Se enrosca y se queda quieto. Me acerco hasta su posición y la toco con mi dedo. No parece que se haya muerto, ni siquiera se supone que tenga un desmayo por exceso de ejercicio. Será que tiene miedo y sabe lo que le va a suceder al perdedor. La mosca sin alas se acerca victoriosa al punto final. La raya de llegada también está marcada con tiza blanca y tiene un espesor de unos dos centímetros. La mosca sin alas va a ser la ganadora de la Primera Carrera de Moscas contra Células de mi casa. Apenas le quedan diez centímetros para cruzar la meta cuando de repente la célula se despereza y empieza a moverse tan rápido como puede. Acelera a una velocidad que jamás había imaginado que un ser como él pudiese alcanzar. Está a punto de alcanzar a la mosca sin alas, es un final de carrera apretadísimo. La emoción se puede cortar con un cuchillo afilado. Entonces pienso en lo que



le va a suceder al perdedor de la carrera. La muerte más horrenda que se me ha ocurrido: encender una cerilla sobre su cuerpo y esperar que se calcine lentamente. La llegada de los dos seres es tan apurada que casi traspasan la línea de meta a la vez. Lo justo sería dar un empate y dejarlos vivir, pero me he despertado con poca empatía y decido que el empate signifique el fin de ambos. Abro el armario de las especias, en donde tenemos la caja de palillos y saco un par de ellos. Cojo a los dos insectos y los subo a la mesa de la cocina. La mosca sin alas no se mueve, está asustada. La célula se vuelve a enroscar en su caparazón casero. El primer palillo atraviesa el cuerpo de la mosca sin alas. Sé que no está muerta, porque no he atravesado ningún órgano vital. La célula emite una especie de chillido que me intenta decir algo así como: “Por favor, yo gané la carrera; déjame huir, te juro que me perderé en el jardín y no haré ruido”; pero no consigue ablandarme y la atravieso con el otro palillo. También he intentado no atravesar ningún órgano vital. Ambos se mueven torpemente, intentando escaparse de los palillos. Abro el cajón de la encimera y saco el mechero rojo. El que tiene la mecha más potente. Es justo que sea la mosca la primera en morir abrasada por el fuego. Aprieto el mechero y sale una llama amarilla y azul muy potente. Le acerco la llama a la mosca sin alas y su cuerpo empieza a emitir un olor a pelos quemados muy asqueroso. La célula, al quemarse, no emite ese olor tan asqueroso. Cuando ambas están bien muertas y calcinadas, sigo con lo que estaba haciendo: esperar que empiece el telediario de la TVE1 y comerme un plato de brócoli con huevo duro.





## Soy Mike y esta es mi vida

*Mike Beta*

Mi nombre es Mike, y daría todo lo que tengo por haber formado parte de un protozoo. Ya sé que a priori cualquiera que lo escuche podría pensar “*este tío está como una cabra, ¿quién quiere formar parte de un ser tan poco evolucionado?*”... Pero es que tengo un motivo realmente poderoso para deseárselo, estoy completamente enamorado de una chica y ella es maravillosa, espléndida, única... con una curva... ummm. No quiero exagerar pero: ¡qué curva! Y la realidad es que aunque muchas

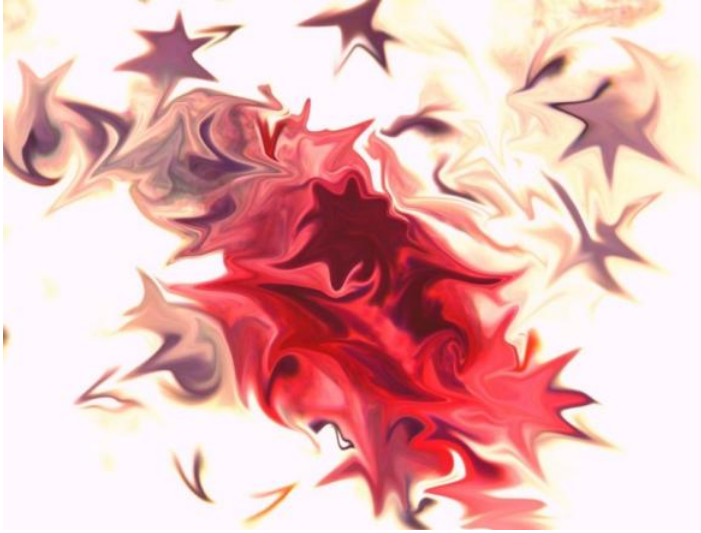
se esfuercen diariamente por mantenerse en la línea, torturándose con ejercicios del demonio y dietas a cual más variopinta y más asquerosa, a la mayoría de los mortales nos gustan las curvas... con mesura, eso sí, pero... donde se ponga una buena curva que se quiten todas esas células escuchimizadas, sin chicha ni limoná, que salen en esas revistas de cotilleo en las que se pavonean con sus brillos y vestiduras, o en esas en las que fingen que son sorprendidas sobre el porta, tomando el sol sin cubre... por Dios, ¿a quién pretenden engañar?, “¿pillada encima del porta sin cubre?... Lo dicho, y sin ánimo de ser redundante... una buena curva casi siempre estará por encima de cualquier otra cosa, al menos en una primera impresión, y el que diga lo contrario miente de una manera más que descarada.

Además, ella es inteligente, sensata y generosa, resultando una gran profesional en su trabajo y la más dulce de todas. Y si a todo esto le sumamos que se esmera por tener su membrana plasmática radiante y brillante... podrán entender que esté locamente enamorado de ella. Y ustedes se preguntarán: “¿Y qué demonios tiene esto que ver con un protozoo?”. Pues no se impacienten que ahora se lo explico: Célula Beta (sí, éste es su nombre), aparte de lo maravillosa que es y de la infinidad de cualidades que presenta y que no voy a seguir describiendo por respeto a ella (y a la paciencia de ustedes, mis lectores), tiene un pequeño problema... y es que es muy fría y visceral. Lo segundo, dicho en el más estricto sentido de la palabra, pues vive en un barrio periférico, bastante alejado del barrio residencial en que yo me ubico, Urb. Campos Cardíacos, 12, portal 1, ventrículo derecho (ya saben dónde tienen su casa, por cierto). Ella, sin embargo, se encuentra formando parte de la comunidad hepática. Yo tuve la gran suerte de nacer en el seno de una familia adinerada con renombre... y ni en mi barrio, ni en mi familia

verían bien la relación entre nosotros, pues procedemos de mundos muy diferentes, mundos paralelos y dependientes el uno del otro, pero las apariencias siempre fueron lo primero y hemos de mantenerlas.

Ahora... igual alguno de ustedes cambió de opinión sobre este loco que se desahoga libremente a través de estas líneas pues... ¿existe algo más importante en esta vida que encontrar a tu media naranja? Y al hilo de esta pregunta, otra más: ¿algo más cruel que encontrarla y no poder compartir cada una de las vivencias, idas y venidas, con ella? Igual alguien responde que no, ya que el poder, la fama, ser el centro de atención, pueden ser para muchos lo más importante y lo único que anhelan en sus tristes y vacías vidas. Pero yo pertenezco a una zona caliente y me muevo por corazonadas, no puedo imaginarme una vida sin ella, no puedo vivir con este vacío y sin poder inclinarme para no verme tentado de mirar hacia abajo y poder disfrutar aunque sean sólo unos segundos, y en la distancia, de su presencia. Observar su brillo, su curva y en general de toda ella por un segundo es lo que me mantiene con fuerza aunque con ello sufra el resto de día... Pero madre, ¡qué segundo!, ¡qué intensidad!... Sin lugar a dudas el mejor momento del día con diferencia. Quisiera poder dejar este barrio, quisiera abandonar mis raíces y comenzar de nuevo aunque el precio a pagar fuera perderlo todo... Este falso estatus, este mundo irreal... a todo renunciaría por poder compartir con ella cada uno de los segundos de vida que me quedan. Pero sé que esto es imposible, no es cuestión de ser más o menos negativo, no es cuestión de ver el vaso medio lleno o medio vacío, es sólo cuestión de ser realista: provocar tal situación sería desencadenar una reacción en cadena que en primer lugar ocasionaría graves daños colaterales irreversibles en este mundo en el que vivimos, terminando con absolutamente todo lo que conocemos, y además ni siquiera conseguiría tocarla,

o abrazarla. Así que tengo motivos más que suficientes para desear haber sido un ser unicelular y no haberla conocido a ella. Aunque conocerla... es indudablemente lo mejor que me ha pasado y como he dicho antes, verla un solo segundo es... mi vida...



## Revelaciones

*Darwin*

Mi nombre es Carmen Beltrán Gutiérrez. Tengo treinta y cuatro años y soy madrileña a toda honra. Debido a mi condición humana vivo atada al deseo. Deseo con avidez cosas imposibles, irreales. Y eso me produjo una tremenda desdicha que sólo logré apaciguar con largos tragos de bebidas fuertes, hasta que tuve la revelación de mi existencia. Entre mis mayores anhelos estaba el de ser otra. Siempre quise ser legión, a la manera de los demonios bíblicos. No explicaré aquí las causas, sólo mencionaré que no me

gusta mi cuerpo y que siempre le tuve envidia a las bailarinas, a algunas actrices y también a ciertos pájaros, porque nunca pude volar. Además, dicen que soy aburrida.

Para lograr mi objetivo, probé suerte con el budismo pues unos amigos me dijeron que se buscaba la pérdida de la individualidad y la unión con el universo. No logré más que unos cuantos dolores de cabeza. Intenté con la magia. Comencé a buscar (y, lo que es aún peor, encontrar) relaciones entre el movimiento de un vaso en mi cocina y la caída de la bolsa de Tokio. Sin embargo, de repente todo se volvió tan confuso que decidí abandonarlo, por miedo.

Luego, pensé en el amor. Tal vez la unión con algún sujeto me haría sentir la otredad. Pero las personas que aspiraban a un título especial en el reino de mi corazón nunca dejaron de ser manchas, nombres difusos que perdían peso después de sucesivas citas. Imposible sentir esa emoción. Entonces llegó el sexo. Se preguntarán por qué una mujer de mi edad se conserva casta en estos tiempos modernos. Bueno, les daré una respuesta simple: flojera. Nunca me interesó demasiado todo eso. A decir verdad, lo encontraba aburrido. Y evito el dolor en lo posible. Por eso no quise sufrir. Ahora debía intentarlo, porque mis posibilidades iban disminuyendo a cada nuevo intento de perderme, por ello me acerqué a varios hombres con los que tuve encuentros ocasionales. No me sacaron ni un suspiro. Al menos, tampoco sufrí.

Matarme: ni loca. Arriesgar todo mi confort burgués en pos de una ínfima posibilidad en el más allá me parece un acto de necedad innecesario. Todo llegará.

¿Qué me quedaba? El arte. Pensé en actuar. Fui a un taller de teatro pero resulté ser muy rígida. Decía mis líneas sin convicción, sin dejarme llevar nunca por el personaje, y eso que



salir de mi mundo era lo que más ansiaba. Pasé a otra disciplina artística, la poesía. Nada nuevo en mi cabeza. Sólo podía escribir que las nubes eran nubes, que el sol era sol; como mucho, nubes azules, sol amarillo. Jamás sol azul y nubes amarillas, eso ya resultaba un disparate. En cierto punto me recordaba a mis experiencias con el ocultismo, eso de jugar con el filo de la locura, caminar sobre él, con la posibilidad de caerme ante el menor desliz. No, no y no.

Los psicólogos me habrían adjudicado un cuadro depresivo, pues nada me satisfacía, nada llenaba el vacío que habitaba en mi interior. “Depresión post—algo” dirían. Por favor!!!!.

Estos caprichos quemaban mis días, y me volvían loca de remate. “No estoy deprimida”, decía. “En absoluto.”

Entonces hallé la solución. Una que jamás habría imaginado posible. Conocí la Biología. Un día, como si de una revelación se tratase, encontré un viejo libro de secundaria en el sótano. Estaba allí para ver qué objetos podía vender con el fin de obtener algún dinerillo y comprar dulces botellas, porque me estaba sintiendo fatal. Lo abrí y comencé a leer. La definición de ciencia, el método científico, el concepto de Biología; continué con las teorías fundamentales. Al principio no me interesé demasiado en el estudio de la vida, porque hasta ahora la mía había resultado un fiasco. Sin embargo, había mucho más. Procesos, explicaciones, diagramas, curiosidades. El porqué de tantas cosas... Finalmente había encontrado algo estimulante en mi vida. Puede que mi relación con el sexo hubiese sido hasta entonces nefasta, pero había criaturas que se reproducían de formas completamente distintas a las mías. Podía aprender. Me volví una estudiante modelo... de una escuela inexistente. No pude compartir mi interés con ningún familiar. A mi tía le parecían ridiculeces. Después de todo, yo había seguido Derecho en la universidad y todos me consideraban una respetable doctora. Lo que equivale

a considerarme, brutalmente, una don nadie con un título que gana lo suficiente para sobrevivir. Mi hermana me apoyaba con tal de verme feliz, pero era obvio que no entendía ni jota de lo que le contaba. Me resigné, como siempre, a la soledad. Dije: Yo misma. Sola. Carmen. Lo repetía en mi cabeza, una tortura constante, el saberme encerrada en este cuerpo. Yo misma. Sola. Carmen.

Entonces pensé: soy humana. Un momento. Soy humana y...estoy conformada por un millón de microorganismos. Soy un montón de células. No soy yo sola, soy la suma de un millón de seres... vivos y conscientes. Puede que mi vida como Carmen fuese un cuadrado, un ir y venir entre lo mismo. Pero había otros seres, partes de mí, que hacían cosas increíbles. Algunos componían los músculos de mis brazos. Otros los tejidos de mi cerebro. Todos trabajando, en armonía, para mantenerme viva. Dejé de sentirme sola. Ahora yo era un pequeño cosmos, dinámico, complejo, y sumamente fascinante. ¿Quién necesita la otredad cuando se obtiene la garantía de que uno ya no es uno, sino varios millones de seres?. Irónicamente comencé a vivir al darme cuenta de que no era la única que conformaba mi persona y que mi ego era sólo una ilusión, en cierta medida, de muchísimas células relacionadas las unas con las otras. Así, fui salvada por ellas.

Gloriaeternaalascélulas.

# La rebeldía de Solatú

*Querub*

Decidí, después de leer aquella carta en la que se me invitada a dar una conferencia en la Universidad de Medicina de Barcelona, que sería la última que impartiría.

Salí temprano; quedaban muchos kilómetros hasta llegar allí; podía viajar en avión o en tren, pero quise hacerlo en mi propio automóvil. Me ha gustado siempre conducir pero los años se van echando encima y el cansancio se nota al poco tiempo de ponerme en marcha.

Hace unos días cumplí sesenta y cinco años y en las próximas semanas celebraré mi jubilación, que significará un giro a mi vida. Estudié medicina y me especialicé en Anatomía Patológica. Siempre he sido un enamorado de ese cuarto pequeño apenas iluminado donde investigar en el microscopio, como me decía Ana, mi mujer, era lo que más amaba. *Estás casado con la célula*, me solía decir cuando llegaba a casa ya casi anochecido. Ella, a veces no entendía que aquel diminuto cuarto y aquel plateado microscopio, que por cierto fue un regalo suyo, eran mi vida, me atrevería a decir que por encima de mi familia.

A pesar de estar muchas horas en aquella habitación casi en penumbra, siempre encontraba motivos que me hacían vivir

entusiasmado con mi trabajo, y más aún el último año en el que había tenido la suerte de realizar un gran descubrimiento.

La Universidad de Barcelona me invitaba para poner a los alumnos al tanto de mis últimos y valerosos, según algunas revistas especializadas, hallazgos.

Llegué tarde al hotel. Tiré la maleta en lo alto de la cama y me dejé caer junto a ella. Mientras respiraba sereno y sentía el placer del descanso, repasé mentalmente las palabras con las que iniciaría mi conferencia, al mismo tiempo que notaba cómo el sueño iba haciendo acto de presencia en mí sin haberme puesto siquiera el pijama. Reviví el día en el que, ensimismado en mi tarea de contemplar el comportamiento de un conjunto de células, observaba cómo una de ellas hacía grandes esfuerzos por separarse de las demás. Pasaba horas en mi recinto favorito con apenas una botella de agua y la intriga a flor de piel enredada en las lentes de mi microscopio observando su comportamiento.

La vi, la vi a ella, a aquella célula inquieta, revoltosa e irreflexiva que se separaba de las demás y se iba hacia un rincón de la platina. Por más que intentaba acercarla al grupo, ella se resistía y escapaba de las pinzas que trataban de sujetarla. *¡¡¡Esta qué se ha creído, que va a vivir sola!!!* Mascullaba yo mientras trataba de no dejarla huir y pensaba, *la verdad es que puede, pues... tiene vida propia, pero... qué poco le importa el proyecto que tengo para ella junto con las demás...la muy...¡mira!, mira cómo se me escapa...*

Hablaba sólo y con mis células en aquel pequeño laboratorio, lugar propio para enloquecer y perder la cordura hasta el extremo de ponerles nombre. Lo hice con aquella que desobedecía el orden de la convivencia, Solatú la nombré ante su insistencia de rebelarse y querer independizarse...

*¡¡¡Solatú!!!*, le decía como si hablara con uno de mis hijos *¡qué te has creído que por tener vida propia te puedes desligar de las demás!. ¡Has sido concebida para crecer y desarrollarte en común! ¡¡¡Ingrata!!!*

Las otras células parecían darse cuenta de la situación alarmante del comportamiento de su compañera y permanecían quietas y obedientes en un rincón de la platina a la espera de ver qué acontecía, hasta que una de ellas comenzó a dar respingos y protestar, *¡¡¡dejadla sola, que se pudra!!!* , gritaba con el beneplácito de alguna que otra compañera que también comenzaba a alterarse.

Yo permanecía incrédulo ante lo que veían mis ojos y traté por todos los medios de alcanzar a Solatú para llevarla a su lugar que le correspondía; pero la muy inconsciente se resistía hasta tal punto de que noté cómo sus bordes se engrosaban y cambiaban de color como los de una bandera. Sentí miedo, jamás había visto en tantos años de experiencia una rebelión semejante. La existencia de aquella célula era aberrante, habiendo desvirtuado su cometido natural de crecer y desarrollarse.

*Violentára*, así fue como nombré a la célula que se rebelaba de las del grupo, arrastró cómo pudo a alguna de las demás y saltó como un resorte hacia el lugar en el que se encontraba *Solatú*, notando yo el cambio de colores que se producía instantáneamente en ambas, predominando el color rojo. *¡¡¡Dios!! ¡¡¡Sangre!!!*, grité, dándome cuenta de que no podía separarlas.

Sentí un sobresalto, una especie de pesadilla, los sudores me caían por las sienes, no sabía dónde estaba. Supe al instante que me había quedado dormido, aún tenía el abrigo y los zapatos puestos y el cinturón se me clavaba en el vientre; me di la vuelta, me topé con la maleta, abrí los ojos... ¡uf!, estoy en el hotel, me he quedado dormido, qué mal me encuentro... he tenido un sueño... ¡uf!, las puñeteras células ni en sueños me abandonan.

Aún era temprano, dejé di una reconfortante ducha y me vestí parsimoniosamente. Aún tenía tiempo suficiente para ojear el periódico. Salí antes a la terraza. El tráfico estaba cortado. A lo lejos se veía venir una manifestación. Esperé a que pasara. Banderas catalanas ondeaban a lo lejos pidiendo la independencia de Cataluña. Bajé a la cafetería, me tomé un café y pedí un taxi.

Mientras me dirigía a la Universidad, me acordaba de mi laboratorio, de mi microscopio, de la platina y de las células que tanto nos enseñan, al mismo tiempo que me acordaba de mi Ana. Saqué mi cartera, dónde una foto de ella reposaba más guapa que nunca, la besé y le pedí perdón, aunque sé que ella me comprende y sabe que he dado mi vida por conseguir que se sepa que la célula es arquetipo, icono, modelo, espíritu de vida y ejemplo de convivencia. Ana sabe que me debía a la Humanidad.

Te quiero Ana, gracias.

# Stemcell

*Puzle*

*Recuerdo:* Una llamada de móvil intempestiva me despierta. Con el reloj todavía en la mano contesto bastante cabreado. Todo disculpa, no puedo enfadarme con Kenny, amigo, hermano mayor en mis años de universidad. Me lo imagino con sus inseparables pantalones cortos de safari y ese cometa canoso tapando los datos del concierto celebrado hace x años que presumen que estuvo allí. Se borra muy rápido la imagen: está realmente preocupado. Por primera vez la tecnología le jugó una mala pasada.

*Recuerdo:* Tiene April unos labios jugosos en los que [Descartado].

*Recuerdo:* Salgo a fumar con David. El laboratorio está desangelado. Quedamos nosotros dos para coger las maletas e irnos con la familia en Acción de Gracias. David, dios mío, David, un brillante cerebro dentro del cuerpo de un *Big Foot*, se pone a llorar como un bebé. A nadie se lo ha confesado: las cosas no van bien con su esposa [Descartado].

*Recuerdo:* No es lo que uno se espera. La mano del comisionado del Departamento de Defensa está sudorosa. En cambio, su mirada transmite la frialdad exigida a los que pulsan el botón rojo. Me pone por delante lo que él llama el *Acta de*

*Experto* de unas ochenta páginas llenas de advertencias, incompatibilidades y prohibiciones. Me dice que todo esto es irregular: antes de firmar estos papeles no debí saber nada del *Protocolo 44*. Asiento con la cabeza mientras salto de cinco en cinco las hojas más verborreicas que jamás he leído antes.

*Recuerdo:* No estoy nervioso. La pizarra llena de cifras es otra ventana más en el aula. La profesora me [Descartado].

*Recuerdo:* Cumplo quince años y se [Descartado].

*Recuerdo:* Para estar en Silicon Valley, el edificio es demasiado hermético en su exterior de minúsculas ventanas, de las cuales a veces salen destellos de luz verdosa. Contrasta su rocosa estampa con el resto de instalaciones del Valle, cristal de arriba abajo. Me recuerdan esas gafas de aviador de los años cincuenta, usadas por mi padre solo las mañanas de barbacoa. Era un ritual del domingo, después del desayuno, buscar los dos estuches para [Descartado].

*Recuerdo:* Muy nervioso. El comité evaluador de mi tesis, tras una nube de nicotina, [Descartado].

*Recuerdo:* Chucky mueve la cola y ladea la cabeza mirando fijamente la pelota de béisbol [Descartado].

*Recuerdo:* La supercomputadora de Axway registra una fuente microscópica de calor. Es indudable, se ha producido el transporte de la cabina A a la B, pero con resultado desastroso para el chimpancé: me dispongo a analizar el organismo unicelular.

*Recuerdo:* Kenny y Christine van delante, cogidos de la mano. April y yo nos [Descartado].

*Recuerdo:* Me cuesta respirar. Me han debido colocar un tipo de capucha pero el calor no me preocupa. Para atar mis manos a la espalda han usado unas correas como de plástico que me están



cortando la piel. Estoy encajonado entre dos de ellos. Nadie habla en el coche.

*Recuerdo:* 19—18—la cuenta atrás de la bomba desciende a 13—12—. Mi mujer bosteza, no le interesa la película, apoya su [Descartado].

*Recuerdo:* ¡Vaya sorpresa! Kenny ha llegado temprano a una cita. Me espera sentado en las escalinatas vacías de la NationalGallery. Me lo suelta a bocajarro: Defensa te exige un mayor compromiso, deberás formar parte de la comisión técnica del Protocolo.

*Recuerdo:* Axway, en color metálico y mayúsculas; han eliminado la raya vertical de las Aes y las letras X e Y se han puesto por debajo de la línea imaginaria de escritura. Agacho la vista: el perfil anguloso del logotipo se repite en el rostro hierático del par de soldados que flanquean la entrada.

*Recuerdo:* No dejo de pensar en su pisacorbatas verde, ahí, dentro de su féretro. No le gustaba [Descartado].

*Recuerdo:* Ya es una tradición. En el coche, por tercera vez, April rompe aguas [Descartado].

*Recuerdo:* Entre las cabinas A y B, del tamaño de una cafetera, no hay más de treinta pulgadas de distancia. Kenny, con su dedo en la pantalla, me lo señala y ríe: “Si me tomas por estúpido por la excéntrica idea del teletransporte, tendrás que meter en el mismo saco a todo mi equipo y hasta al Presidente, que dio autorización expresa al Protocolo”.

*Recuerdo:* Todo San Francisco en la calle. Mi pequeño Patrick manotea también la bocina por los 49ers [Descartado].

*Recuerdo:* Me ponen de rodillas. Junto a mi cabeza, alguien comienza a hablarme muy calmado: “Lo comprendo. Estos ratoncillos, con su pelo blanco, son adorables”. La voz, que me resulta familiar, se aleja: “¿Quién quiere hacerles daño? Pero esas

ratas, esas ratas en el corredor de la muerte, comiendo como cerdos a costa del país...”.

*Recuerdo:* Calculo el ángulo adecuado y, listo, April fotografiada sujetando la Torre de Pisa [Descartado].

*Recuerdo:* Tengo que parar en el arcén. Steve vomita junto a la señal de “Las Vegas 20 miles” [Descartado].

*Recuerdo:* No aguanto más esta reunión, me pongo de pie y apunto con el dedo al comisionado: “Esto es una aberración. Técnicamente no sería una ejecución, es cierto, seguiría siendo un ser vivo, pero jamás me podría perdonar haber participado en este crimen de la bioética”.

*El becario se levanta y deja en pausa el nanogenolector. Tiene ante sí una célula con una carga de memoria excepcional. Tamborilea sobre la ultracentrífuga. Todo parece encajar: David, Kenny, April... Parecen los recuerdos de una sola persona que los vincula a todos: el profesor Towerson, que desapareció misteriosamente hace dos años. ¿Es esta célula la prueba de su asesinato? ¿Es un asesinato?*



## El charlatán de medianoche

*Mostachón*

Yo, Ricardo Martin Centeno, mayor de edad, juro que todo lo que paso a relatar es totalmente cierto...

Así comenzaba el manuscrito que cayó en mis manos una mañana gris de noviembre. A Ricardo lo conocía de sus intervenciones como contertulio en programas televisivos científicos, o mejor dicho pseudocientíficos, programados de madrugada para un público reducido entre el que yo me encontraba. Soy un animal nocturno. He intentado combatir el

insomnio de múltiples maneras y ningún truco ha resultado eficaz. Hastiado, venía malgastando las horas nocturnas delante del televisor. Debo reconocer que aquellos debates me resultaban interesantes.

Haciendo uso de mi rutina, allí me encontraba sentado delante de la caja tonta intentando con diferentes posturas que el cansancio del que se quejaba mi cuerpo se plamara en un dulce sueño reparador. Necesitaba dormir como nunca y no lo conseguía, como siempre. De repente, entró en escena Ricardo y procedí a subir el volumen de mi viejo Telefunken no sin cierto esfuerzo, tales eran los estragos del Prozac y de la propia calidez del conjunto manta, pijama y orinal a mi vera. El programa estaba de lo más interesante y, justo cuando se iba a alcanzar el clímax, mis ojos comenzaron a cerrarse. En contra de mis deseos intenté mantenerlos en vigilia pero no debí de conseguirlo pues amanecí tumbado en el sofá con un par de palabras reverberando en mi mente: “células” “poseo”...

No me lo podía creer, años de insomnio habían sucumbido justo cuando Ricardo se disponía a hacer una revelación de gran trascendencia, según apuntaba. Mierda. Forcé la memoria e incluso el subconsciente en busca de la información que me mantenía en ascuas pero todo intento estaba condenado al fracaso. Aun así, seguí forzando la máquina durante el camino a la oficina e incluso en la soledad de mi despacho pero todos los intentos fueron en vano. Tendría que recuperar la intervención televisiva en diferido y saciar mi curiosidad.

Cuando intentaba acceder a la reposición del programa mi infinita frustración se vio incrementada con la inoportuna intromisión de mi compañero Raúl quien sin llamar entró en mi despacho para anunciarme que se había improvisado en la sala de reuniones una pequeña fiesta de cumpleaños para el jefe.

Pelota. Eso era Raúl, un pelota de campeonato. Yo, que despreciaba al jefe, no hice amago de acudir a tal llamada pero enseguida recapacité y accedí con tal de no enrarecer más el ya de por sí caldeado ambiente.

Un café de máquina, el tercero ya, y una porción de tarta entraron en mi cuerpo desgano?; aún no se me iban de la cabeza las últimas palabras de Ricardo. Al fondo del vestíbulo, improvisado banquete de cumpleaños me fijé en una chica rubia a la cual nunca había visto; pensé que sería una comercial de las que vienen muchas veces a vender sus productos pero jamás me suelo percatar de estos detalles. Pero esta chica no llevaba maletín, ni un vistoso Ipad sino que tenía en sus manos una revista en cuya portada, si mi vista no me engañaba reconocí el nombre *Le JournalScientifique*.

*Le JournalScientifique*, quincenal cuyo redactor era Ricardo, ¿sería posible que a aquella chica le interesara también lo que Ricardo tuviera que contar?

Deje atrás mi timidez y me acerqué a ella y con voz entrecortada me presenté. Gema, que así se llamaba la chica, me sonrió y esperó a que hablase. Señalé con el índice su revista, aquella que portaba entre sus brazos y su pecho, como una colegiala con sus apuntes de literatura. El dichoso aniversario del cabrón de mi jefe discurría en una realidad paralela, en un mundo aparte de aquel que poblábamos Gema y un servidor. Ya me había dado cuenta que todos los tics que me caracterizan habían vuelto a aparecer pese a que intenté disimularlos con todas mis fuerzas. Si ella se daba cuenta, no me lo manifestaba. El caso es que le pregunté por Ricardo y ella me dijo que casualmente lo conocía al tiempo que me manifestaba su preocupación por el que consideraba su amigo. Mi asombro no hizo más que crecer pues de la nada había surgido quién me pudiera sacar de dudas. Al preguntarle si había visto el programa de la noche anterior, ella

adoptó una actitud de defensa antes de responderme afirmativamente con un rostro céreo que denotaba tristeza.

No hizo falta que insistiera. Ella se encargó de demostrarme su preocupación ante las escandalosas afirmaciones que su amigo había hecho en televisión. Pero, por Dios, ¿qué había dicho? En mi mente sólo habían quedado grabadas las palabras *poseo* y *células*, no encontraba el modo de combinarlas para que adquirieran el asombroso significado que parecían encerrar. Mirándome fijamente, Gema me manifestó su preocupación por la vida de Ricardo. Yo no pude más que quedarme perplejo.

En ese momento, un mensajero hizo presencia en la fiesta improvisada, todos enmudecieron y Raúl, tan diligente y pelota como siempre, se acercó a él, firmó la entrega y declamó en voz alta el nombre de mi compañera. Cuando dio con su ubicación, se acercó y le entregó la misteriosa carta.

Gema abrió el sobre lentamente y sacó un papel arrugado y sucio. Nada más leer un par de palabras, su rostro perdió el color al tiempo que las fuerzas la abandonaban y el papel caía al suelo en un lento planeo.

La curiosidad me pudo y acudí a recoger el papel. Su lectura me dio las respuestas que involuntariamente había estado buscando. El manuscrito comenzaba así: “Yo Ricardo Martin Centeno, mayor de edad, juro que todo lo que paso a relatar es totalmente cierto, si estás leyendo este escrito, probablemente habré muerto. Desde que conté en antena que poseía el espécimen celular más antiguo conocido hasta la fecha, he notado como me siguen, me siento observado, creo que quieren apoderarse de mi más preciada posesión...”

Cuando terminé de leer supe que mis noches de insomnio iban a acabar de ahí en adelante. Quizás Gema pudiera ayudarme a sobrellevarlas con mejor humor...



## Historia de una celdilla

*Mitocondria suspicaz*

Cellula, diminutivo de cella, que en latín significa hueco y, sin embargo, ¿hueco? El mundo vivo empieza en una de estas. La delgada línea entre vida y ¿muerte?. No, muerte no, nada, porque todo lo muerto estuvo vivo.

¿No os parece único que algo así de minúsculo sea capaz de funcionar de forma autónoma?. Millones de seres unicelulares que no necesitan nada más para ser vida, para completar su ciclo.

Robert Hooke, investigando Dios sabe qué sobre cortes de corcho al microscopio, halló las “cells”, celdillas, cavidades... ¡Quién hubiera imaginado todo lo que cabe en tan pequeñas cavidades! Que sí, que no estaban vacías, jugo nutricio decían. Se relegó la importancia de lo que tales celdas pudieran encerrar. Seguro que no era relevante para la Biología, para la Ciencia. Seguro que no cambiaría la historia. Pero claro, hasta los mejores –científicos, filósofos, escritores— pueden errar. Y mucho más que las personas vulgares si nos ponemos estrictos. Quien hace un viaje más largo, encontrará más piedras.

Van Leeuwenhoek arrojó luz sobre el contenido celular. Aunque fuera tenue como un candil en un teatro, ratificó que las células no estaban vacías ni mucho menos y que sí, existía cierta organización en su interior. Desde los primeros tiempos de la humanidad se ha observado cierto orden en la naturaleza. El tiempo se vuelve frío y helado pero vuelve a salir el sol, y éste también se acaba para devolvernos las heladas. Los pájaros vuelan al sur en invierno pero todas las primaveras se veían regresar. Las mujeres dan a luz a niños que al crecer continúan su función. A pesar de tratarse del s. XVII, las mentes más cultas y abiertas podían comprender que la célula, como parte de la naturaleza, tuviera su propia estructura.

Pero realmente se desconocía el papel de la célula en la naturaleza. La mayor locura que podríamos oír hoy en día. ¡Es la unidad fundamental de la naturaleza viva!

Schleiden y Schwann establecieron la primera teoría celular, a partir de la cual podríamos más tarde fundamentar todo lo que conocemos de este elemento. “Las células constituyen la unidad elemental de los seres vivos, siendo equivalente en todos los organismos”. Sí, consideraban todas las células similares. Como las piedras de un puente romano, bloques iguales con los que podríamos conformar cualquier cosa. Apenas sí distinguían



animales y vegetales. Hoy en día, claro, distinguimos procariotas y eucariotas, cada célula puede mutar, puede tener acciones específicas según el órgano al que pertenezca... pero pudieron establecer al fin que eran lo que constituía un ser vivo, la base de la vida.

Cohon alimentó esta falta de diferencias entre células al unificar el “saraoda” (contenido celular animal) y “protoplasma” (contenido celular vegetal) en el mismo término de protoplasma al no encontrar diferencias significativas. El protoplasma es lo que hoy día conocemos como citoplasma. Ellos no conocían los orgánulos.

En 1855 Virchow estableció el “toda célula procede de otra célula”, algo que hoy día es tan obvio y sin embargo en aquella época suscitó tanta expectación.

Schultze concluyó que tanto el reino animal como el vegetal estaban formados por infinidad de proporciones de protoplasma (lo que hoy día distinguiríamos en citoplasma y cada uno de los orgánulos), con su núcleo correspondiente y envueltos en una membrana.

Weismann determinó que las células actuales son increíblemente similares a aquellas de hace miles de años.

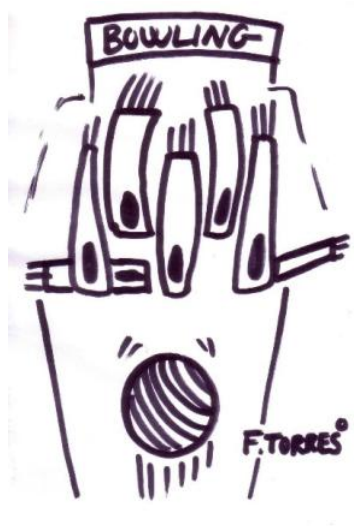
El microscopio convencional comprometía el avance de los descubrimientos en el campo celular. El microscopio electrónico y los reactivos químicos revolucionaron y desarrollaron espectacularmente la investigación.

La teoría celular más moderna sostiene los principios de que la materia viva está constituida por células, las reacciones químicas del organismo tienen lugar en su interior, se originan a partir de una célula preexistente (*Omniscellula ex cellula*) y contienen información genética que será transmitida a su descendencia.

La célula humana es eucariota y por supuesto forma organismos pluricelulares (el hombre). Consta de una membrana celular semipermeable que permite los intercambios con el exterior y que posee microvellosidades que aumentan su superficie, un núcleo esférico (excepto los hematíes, lo cual es una ventaja evolutiva de ellos) contenedor de la información genética que transmitirá a su descendencia y un nucléolo en el que manda información de formación de proteínas a los ribosomas. Además, el núcleo tiene su propia membrana nuclear. También consta de orgánulos que al igual que el núcleo se encuentran en el interior de la célula y rodeados por el citoplasma (emulsión coloidal), el cual posee microfilamentos, microtúbulos y filamentos intermedios que actúan como esqueleto de la célula, participando en su estructura, organización y división celular (formación del huso mitótico).

Los orgánulos son el retículo endoplasmático rugoso y liso (con funciones y morfología diferentes pero estrechamente relacionados), la mitocondria (central de la energía celular), los ribosomas, los lisosomas, las vacuolas (claves en los adipocitos, pues son los almacenes de la grasa), el aparato de Golgi y los centriolos (partícipes en la división celular).

Y ya se sabe, cuánto más sabemos sobre algo, más idea nos hacemos sobre cuándo desconocemos sobre ello.



## Los peculiares efectos de la hormona del “amor”

*Angie*

Elisabeth era una guapa e inteligente periodista inglesa que se fue a vivir a la cosmopolita ciudad de Barcelona, donde comenzaría una nueva etapa de su vida. Iba a trabajar en una conocidísima revista de moda, sería la responsable en la sesión de actualidad de publicaciones de información para una amplia variedad de lectores que saldría cada mes. La idea le fascinaba y por ello no tardó en trasladarse dejando atrás familia, amigos...y,

lo que era más importante, sus largos paseos por la orilla del río Támesis.

Tras llegar a Barcelona, fue invitada a la fiesta de celebración del 13º Aniversario de la Revista, donde conocería a Albert, banquero inversor de 42 años, muy respetado dentro y fuera de la profesión, con unos ingresos anuales de gran importancia.

Elisabeth había tenido relaciones de idas y venidas pero nada serio, todas sus historias parecían girar en un tiovivo sin paradas. Ingenua, pensaba “que *nadie desayunaba con diamantes*”, “*ni nadie vivía romances inolvidables*”, más bien desayunaba a las siete cada mañana con líos en su cabeza los cuales procuraba olvidar cuanto antes. En el sexo era desconfiada y prefería mantener los pies en la tierra. No obstante, el destino pronto la pondría a prueba.

Empezó a salir con Albert, parecía que todo era perfecto, conectaron rápidamente, se adoraban. No se lo podía creer. De hecho cuestionaba si su relación era el fruto del amor a primera vista e incluso admitía la posibilidad de que sólo se tratase de lujuria a primera vista.

Una tarde, se encontraba Elisabeth en la cafetería de la esquina pegando con Carrer de Petritxol redactando lo que sería su próximo artículo; hablaba de la antigua Grecia, de cómo se aferraban desesperadamente a los mitos para explicar la aleatoria desesperanza de sus míseras vidas. De repente retiró sus manos del teclado e hizo una reflexión consigo misma en la que se planteaba la necesidad actual de mitos con el fin de sobrellevar nuestras aleatorias y a veces míseras relaciones. Rápidamente trasladó la cuestión a su propia relación y surgieron los primeros interrogantes. Necesitaba creer en el amor, hacer de ese sentimiento algo más que un mito.

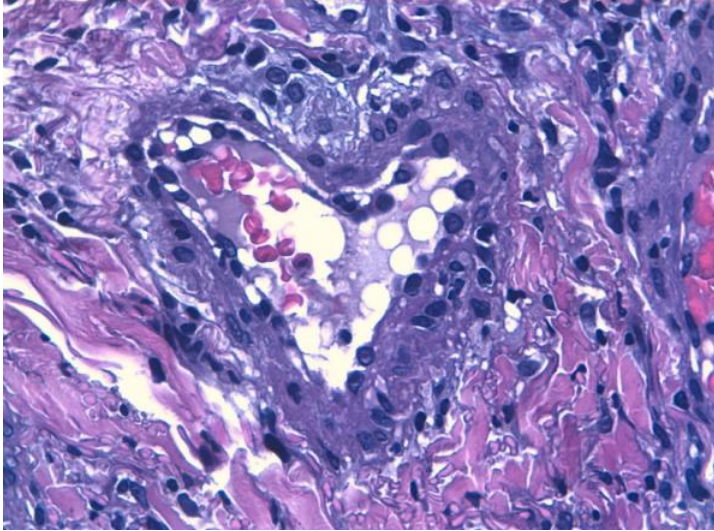
Con Albert el sexo era maravilloso pero no todo se limitaba al simple contacto corporal. Cada vez que mantenía relaciones sexuales se terminaba planteando el futuro de su relación y siempre llegaba a la misma conclusión: lo amaba, quería estar con él. La oxitocina parecía estar obrando el milagro, pero lo cierto es que era el cerebro el que tenía que opinar, dejando a un lado los instintos físicos.

Elisabeth pensaba demasiado. Ahora que estaban tan en boga las conductas de riesgo, ¿no estaría ella cayendo en la conducta de más riesgo llamada enamoramiento o serían los retazos obligados de la acción de la hormona del amor?.

La hormona del amor...genial, de pronto supo cómo argumentar su próximo artículo, seguro que alcanzaría gran éxito entre sus lectores: hablaría de la influencia de la oxitocina en el comportamiento de las mujeres. El tema podría interesar a ambos sexos.

Por fin salió a la luz su columna de cierre del año del 2013, fue todo un éxito y obtuvo un merecido reconocimiento por ello. A este artículo le siguieron otros muchos en lo que trató el tema desde distintos puntos de vista. Sus investigaciones y su personal tesón tuvieron su culmen en la publicación de un libro que la lanzó al estrellato; en él hablaba de experiencias de distintas parejas entre las que ella siempre se incluyó, en relación a los efectos que en estas producía aquella a la que no dudaba en calificar como la hormona del amor.





## La 1<sup>a</sup> célula enferma

*Alisa de Trevi*

Estamos llenos o vacíos de los demás. O ambos al tiempo. O un pie delante y luego el de detrás. Avanzamos sobre las huellas en la arena de los que nos anteceden. Y cuando nos desvanecemos, serán las nuestras las que los otros sigan.

He dejado de luchar contra mi cuerpo. Los milenios de evolución pesan más que mi voluntad. Reconozco que soy un cuaderno de páginas contadas. Sólo quien ha luchado contra molinos de viento comprende la exactitud de estas palabras.

Cualquiera que me viera ahora diría que estoy loca. Pero sólo porque no comprendería lo que estoy haciendo. Luchamos o huimos de lo que no entendemos: escribir la misma silaba una y otra vez. El no saber lo que ni sabemos. Sentarse en un estrado con nuestro nombre, con la toga de la frontera de nuestra piel. Creer saber. Ver. Creer en lo que se ve porque es lo único que se ve, ignorando lo que nuestra retina echa a la basura sin reciclar.

La paz no es cerrar los ojos; es abrirlos a lo que sabes que puedes contar con los dedos de manos y pies. Una primera impresión: estúpida. Al día siguiente es la que usas. La estúpida, entonces, es tu opinión. Lo has hecho tú. Y el error es un puente. No me rindo ante mi pequeñez en el universo; me postro ante la grandeza de ese universo que me contiene. Las manos que no han hecho callo confunden la suavidad de la madera de la azada, con los árboles que lleva talados mi alma a sus espaldas.

Servir de alimento a los crueles. Morir sirviendo tu carne y tu sangre a los más débiles; y que éstos dejen que conviertan tu estela en un instrumento más para continuar subyugándolos. ¿Qué sentido tiene tender la ropa bajo la lluvia?

Busco aprender las respuestas en la universidad de la naturaleza. Una chispa que cae en pinocha mojada; mejor esperar a que se secura... El efecto dominó no se ve cuando las fichas son culturas, y la distancia que las separa son civilizaciones. Pero es. Lo grande como lo pequeño: es.

¿Por qué busca mi creador mi muerte? Un impulso latente. Solo vivo para servirte. Cumplí tu mandato. Años y años guardando posos en armarios mitocondriales. ¡Que me callen! ¡Que me envenenen! Tu voluntad es la que me conmueve. Y entonces salto, vibro, me estremezco: “¡Vive le bipartage! ¡Viva labipartición!” ¡Somos una masa! ¡Un cáncer! Abajo la tiranía piramidal. El cambio. Ya está aquí el cambio. Nuestros



sentimientos son ahora el líquido intersticial. Hacemos historia. Todos los sistemas rendidos a nuestros pies.

Nuestro cuerpo al fin es nuestro. Órganos que se desmoronan alrededor... ¡Nos atacan! La guerra es necesaria para el cambio. Cuando una parte del todo está ebria y se cree el todo. No existe noción de diálogo cuando no existe noción de necesidad. No cederemos. Es dios, nuestro señor a quien servimos, quien nos habla y nos incita. La tercera guerra mundial ya es un hecho. Nos atacan con armas bioquímicas. Será la voluntad de dios. Él me habla en el inconsciente. Dios es humano: tiene dudas. ¿O soy yo quien las tiene? Es una prueba de fe... ¿Soy una interpretación? ¿Una transferencia? ¿Quién soy? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué sentido tiene esta guerra? Acabará con muchos; sino con todos nosotros. Lo único que está asegurado son las secuelas. Qué me importa ahora la rendición o la victoria. Nunca hay marcha atrás. Anhele mi rutina. La simplicidad de acatar ciclos preescritos. Quiero volver a ser una célula sencilla.

Ahora somos todos depredadores. Caníbales bulímicos y anoréxicos, a esto hemos llegado: a devorarnos unos a otros. Qué alternativa teníamos. A toda acción su reacción. Donde no hay equilibrio todo confluye para conseguirlo. Así es la Ley Universal. Todos la conocían y aún así... Somos esclavos de nuestros inconscientes. Ahora ya es tarde. Ya es tarde. No podemos deshacer lo hecho. Solo miccionar a nuestros muertos y a los suyos, que también de alguna forma son también nuestros. Todos estamos en el mismo cuerpo. No importa en qué lugar vivamos en él. No importa el estatus al que pertenezcamos. Una infección en la uña del dedo gordo de un pie acaba gangrenando hasta el trono y el parlamento. Ya solo puedo transcribir los hechos con la mano que me queda en pie. Apenas tengo fuerzas para dar instrucciones. Apenas claridad de pensamiento para ensamblar ácido desoxirribonucleico. Mi fuerza reside

únicamente, en que esta nueva información me sobreviva. Y si alguien logra quedar con vida, y este cuerpo se recupera, tengo la esperanza de que descodificará, éste, mi testamento. Y que algún día, bajo el microscopio, verán mi esquelera. Y traducirán mi epitafio a la torre de babel. Seré conocido como el inventor de la bomba atómica, o como el que la accionó; no importa. Es inútil buscar culpables o responsables.

Responsables lo somos todos. ¿Quién rompe las compuertas de un pantano y luego decide parar las aguas torrenciales esperando cerrar las puertas ya inexistentes? Tendrán que cerrarse conforme se abrieron... granito a granito de tiempo y persistencia. Pero, ¿y cómo se cierra una puerta que no se sabe cómo se abrió? ¿Por qué pedimos cambio cuando lo que deseamos es mejora?

Y quién soy yo para hacer preguntas. Al fin y al cabo, solo soy una neurona en su lecho de muerte. Es cierto que fui, la primera célula enferma. Pero todos llevamos la enfermedad dentro...

## Dialogando con la célula

*Tejedora de sueños*

Aquel día amaneció frío. Me levanté de la cama; en mis pies estaba la bata. Me asomé a la ventana; quería experimentar una manera distinta el modo de ver la vida. Me duché. Mis pies tomaron la senda que trazaba el aroma a café recién hecho procedente de la cafetera. Tenía que salir a pesar del frío. Mi espíritu creativo se imponía a las inclemencias meteorológicas. Soy escritora y una idea martilleaba mi cabeza sin cesar. Mi deber era liberarla de su cautiverio y por ello hice acopio de mi libreta, fiel compañera en mil batallas y me dispuse a hacer lo que mejor hago: tejer sueños en forma de novela.

Allí estaba yo, compartiendo la soledad conmigo misma mientras el invierno abatía mi cuerpo sin compasión. Comenzaron las ideas, como siempre, a poblar mi mente. Esta vez parecían estar cargadas de Ciencia.

—¿De qué estamos hechos? ¿Cuál es la verdadera materia prima que constituye nuestro organismo?. Enfrascada en tan profundas reflexiones me sobresalté al escuchar una voz desconocida.

—¡Hola!— Giré la cabeza buscando el origen de aquel susurro y cuán no fue mi sorpresa al descubrir que aquel ser

tan diminuto era el que se dirigía a mí en aquellos términos. Era como un granito de arena pero parecía saber demasiado.

—¿Quién eres?—pregunté de inmediato.

—No me conoces pero yo en cambio lo sé todo de ti—Me quedé absorta.

—Soy una célula— aclaró. Yo no daba crédito a lo que me estaba pasando, incluso me pellizqué para asegurarme de no estar protagonizando un sueño

—¿Sabes que muchos investigadores y científicos hablan de mí?

—No, pero cuéntame.

—Hasta hace relativamente poco tiempo vivía en el anonimato, lejos de las intrigas que afectan a organismos como tú pero desde que se consiguieron lentes lo suficientemente potentes el secreto que compartía con mis compañeras ha dejado de serlo. Ya todos saben de nuestra existencia y del importante papel que desempeñamos en vuestras vidas.

—Vaya...

—Sí, podrías compararme con tu DNI ya que poseo la información que te define y que te condiciona así como también condiciona a tu descendencia

—Pues sí que eres importante

—Desde luego. Algunas como yo son responsables de cada una de tus funciones más elementales. Tu nutrición, tu respiración e incluso tu propia reproducción tienen lugar gracias a nuestro funcionamiento.

—¿Y los pensamientos?

—También tenemos mucho que ver con ellos— Hablando con aquel pequeño ser había aprendido más que conversando con mis profesores.

—Quiero saber más de ti. Estamos íntimamente unidas y no te conozco.

—Soy tu guarda, en continua vigilia. Cuido de ti. Cuando sientes, soy como un radar que te avisa. El frío, el calor, el olor... siempre estoy atenta y facilito tu relación con el medio.

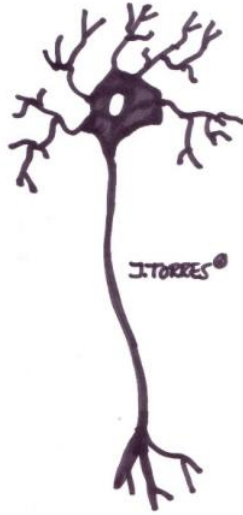
—Creo que empiezo a comprender. Eres...eres yo.

—Veo que la lección no ha sido en vano

—Ahora debo reflejarlo en el papel

—Adelante, teje mi historia y cuida de mí; ahora comprenderás que si muero también tú morirás...  
Volvamos a casa.





## Ausencia

*GregorKepesh*

Probablemente me haya pasado algo similar a lo que le ocurriera a Alonso Quijano, el hidalgo manchego que de tanto leer libros de caballerías se volvió rematadamente loco, o jodidamente lúcido. No lo sé. Ya me advirtió mi amigo el psicólogo de que no leyera tanto a Kafka y a Phillip Roth. Mi caso es particularmente extraño.

Antes de llegar al estado en el que me encuentro, compartía mi vida en el barrio sevillano de Triana con Marian, mi mujer y

con Diego y Lucía, mis dos hijos, dos niños rubios de ojos azules de 3 y 6 años respectivamente. Me llamo Eduard, pero adoctriné a mis amigos y seres queridos para que me llamaran Stuart ya que amo los pseudónimos ingleses, sencillamente porque son más literarios. Soy anatomopatólogo y citólogo. Siempre me ha gustado estudiar la enfermedad desde su origen. Jamás pude concebir mi vida sin tocar un instrumento quirúrgico, hacer una biopsia o emitir un diagnóstico. Y soy un hiponcondríaco, porque mi vida es pura contradicción. Pensarán que estoy rematadamente loco, pero creo que me he transformado en algo raro.

De la noche a la mañana se han evaporado mis sentimientos como una pastilla efervescente en un vaso de agua. Desde que me pasó lo que me pasó ya no echo de menos a nadie, ni siquiera a mi familia. A veces tengo la sensación de que me he convertido en un ser pequeñito aislado del mundo que me rodea. Creo que sigo en la misma ciudad porque estoy todo el día escuchando ruidos y tengo mucho calor, aunque todo es rarísimo... No necesito emocionarme con la literatura y el cine. Parece como si mi vida anterior hubiera sido un sueño irreal.

Noto que estoy dentro de algo, y que ése algo está dentro de otra cosa, que quizás forme parte de un ente superior. Me desplazo a diversos lugares sólo cuando recibo estímulos del exterior y lo hago a una velocidad vertiginosa. Todo el puñetero día trabajando y acercándome a unos sitios o huyendo de otros en función de las circunstancias, claro. No puedo quedarme quieto. Lo he intentado varias veces y me resulta imposible. Porque, ¿y si todo lo que me rodea dejara de funcionar? Que conste que para nada soy egocéntrico, si algo define mi carácter es la humildad.

¿Antes era un misántropo? ¿Un menesteroso? ¿Un orgulloso pedante? Eso es lo que me decía Marian cuando se cabreaba.



Pues ya no rehúyo al trato con los demás, al revés, me gusta colaborar y disfrutar de la compañía, un cambio se ha obrado en mi interior. Lo que peor llevo en mi nuevo estado es la nutrición. En el pasado era yo mismo el que me encargaba de satisfacer estas básicas funciones vitales. Generalmente comía porquerías, si bien eran guarrerías ricas, de esas típicas que engordan y suben el colesterol. Actualmente sigo siendo selectivo a la hora de alimentarme pero lo cierto es que a veces ni sé lo que como. Es todo un poco dantesco. Elijo las cosas que engullo, trocitos de algo, aunque con los líquidos todo es distinto. Las sustancias líquidas las atrapo de forma totalmente indiscriminada, a veces con ansia.

En consecuencia, cuando me alimento, me siento como una fábrica a la que se le proporciona electricidad. Como una turbina que mueve una rueda y genera energía. Cuando soñaba, antes de llegar al estado en el que me encuentro, me entraba un cosquilleo tremendo en la barriga o tenía una leve sensación de vértigo. Es curioso que aún me siga ocurriendo lo mismo. No sé cómo explicarlo. De vez en cuando siento como si cayera al vacío y me partiera en dos: yo y mi alma gemela, o yo y una parte de mí idéntica pero más pequeña, o yo y múltiples yoes. Es una sensación angustiada, en ocasiones placentera, como los sueños y las pesadillas.

Ya ven, ¿de qué sirve angustiarse? ¿Por qué nos dejamos dominar por la inseguridad? Los miedos hay que gobernarlos, si no acaban con uno mismo. He dedicado toda mi vida a la citología. He leído una montaña de libros de Medicina y atendido a miles de pacientes, la verdad que ya perdí la cuenta. He robado muchas horas a mis días y noches para cultivar una vida profesional que me ha dado tanto alegrías como tristezas, sentimientos encontrados con fecha de caducidad, porque todo tiene un fin. Y si algo he aprendido con mis vivencias es que el

ser humano vive inmerso en una continua metamorfosis, ya sea física, psicológica o espiritual.

Diego y Lucía estarán preguntando a su madre por mí, y ella seguro que no encuentra las palabras adecuadas para explicarles mi ausencia. De hecho, Marian será incapaz de aclarar sus propias ideas, como yo las mías. Mi ausencia no ha sido elegida. En más de una ocasión, a lo largo de mi matrimonio, tuve la tentación de romper mis vínculos familiares, pero uno es preso de sus sentimientos.

Confieso que siempre fui un hombre introvertido y difícil, pero en mi antigua vida hice todo lo posible por ser feliz, o por mantener estados de ánimo positivos, porque al fin y al cabo la felicidad es efímera, tramposa y caprichosa. Ahora tengo una nueva vida y no añoro mi pasado. Conservo mis recuerdos. Hago y deshago a mi antojo. No sé lo que soy. Dudo de mi identidad. Pero me siento útil y bien conmigo mismo.

Y eso es lo que cuenta.

# Misterio en miniaturas

*Disfraz de palabras*

*“En mi soledad he visto cosas muy claras que no son verdad”.*

*Antonio Machado.*

Es una mañana radiante de Abril y por la ventana los rayos del sol convierten la habitación en un hechizo amarillo que cautivaría hasta al más supersticioso. Es la alcoba de Gonzalo. El aire es atravesado por tuberías transparentes de polvo y luz como fantasmas imposibles de tocar.

La habitación parece la cálida escena de una película, donde todo está *colocado para el perfecto amanecer tras una noche de amor*. Pero él duerme solo, el mundo se encuentra oculto bajo sus párpados. Poco a poco va saliendo de la fantasía del sueño.

Gonzalo se acaba de levantar y prepara café. Pone la radio. Suena Falet: *“Ven a borrar me los fracasos de mi mente, a llenarme de caricias diferentes, ven a sacarme de este pozo de amargura donde me encuentro yo...”*

*Dentro de Gonzalo:*

En este momento están de guardia las células Margarita y Cristino. Tienen que asegurar la homeostasis del cuerpo. Algo así

como mantener el equilibrio y la estabilidad internas. Su trabajo conlleva gran responsabilidad y trabajan duro.

La célula Margarita grita:

—¡Corred! ¡Hay que sacar fracasos de la mente de Gonzalo! Vamos... rápid..

Cristino,le interrumpe:

—Espera, creo que no hay fracasos dentro del cuerpo.

Margarita asegura:

—¿Qué dices?. Están aquí, yo los he visto ahora mismo. Y tú también. Si no empezamos a trabajar se van a expandir por todo el cuerpo como un yogurt de fresa en el interior de un reloj de arena. La realidad y la ficción son sinónimos. Dentro o fuera, pensar o imaginar, todo es lo mismo. La realidad ficticia y la ficticia realidad. Da igual que lo digas antes o después ¿no te das cuenta? Desde siempre ha sido así. Las células nunca distinguimos la realidad del pensamiento. Sería como distinguir la verdad de la mentira. Todo son impulsos nerviosos, conexiones, todo es químico. Sólo hay vida o muerte. Ser o no ser. No hay sentimentalismos para nosotras, ni conciencia, ni cultura, ni tanta tontería. Todo es un invento.

Cristino desesperado:

—A ver, Margarita, ésa no es tu especialidad, no te metas en camisas de once varas. A ti se te da muy bien hacer conexiones para que Gonzalín haga sudokus. Pero lo de pensar más allá déjame lo a mí, que para eso he hecho el master. Si es como tú dices ¿Por qué existe la imaginación?

Cristino ha acabado este año el “Master para células universitarias: Master oficial en Investigación de la Realidad del Ser Humano”.

Margarita, algo malhumorada dice:

—A ver, listillo, ¿Qué hacemos entonces?

Cristino piensa, mira fijamente a Marga, se acaricia lentamente su cabeza redondísima y calva de color azul y al fin dice:

—Manda señales de que está bien o mejor que bien, que es un campeón y que la vida es un sitio maravilloso donde va a materializar sus sueños. Con estos mensajes no prestará atención a sus fracasos.

Margarita, incrédula, ratifica.

—¿Seguro? ¿Y no le aviso de los fracasos de su mente?

—Cristino, entusiasta, insiste:

¡No! ¡Marga! Hazme caso, ¡vamos a probar a ver qué pasa!

Al, la idea de Cristino fue todo un éxito. Los fracasos pasaron como pasa cualquier renglón de cualquier libro, sin ningún interés aparente.

Mientras desayuna, Gonzalo ve la tele. Sale una explosiva presentadora, con curvas y un vestido que parece de neopreno, de color rojo, guapa, esbelta, aunque empieza a olvidarlo cuando deja de prestar atención a sus labios carnosos rosas y lo hace a sus palabras negras: crisis, corruptos, muertos, delitos, asesinatos, pobreza, catástrofes, guerras, violaciones, suicidios... no paraba de decir las peores palabras del diccionario.

Margarita y Cristino se miraron.

Margarita, nerviosa, preguntó:



—¿Tampoco quieres que le informemos de todo esto?

Cristino respondió:

—No lo sé, tengo que mirar los apuntes.

Mientras miraba las notas, Cristino empezó a observar a Margarita, por fin se armó de valor y se lo dijo:

—Margarita, ¿quieres venir conmigo al baile del corazón esta noche?

Margarita se sinceró:

—Lo estoy deseando, lo del baile y lo de después. Y lo de toda la vida que nos queda por delante.

*Habla Gonzalo:*

Echo de menos aquellas células. Las que se encargaban de mi mundo complejo, las que conectaban todo con su esfuerzo para que llegaran a mi cerebro mensajes como este: ¡Buenos días Gonzalín! ¡Estás hecho un chaval! ¡Eres la ostia! ¡Eres el rey del mundo!

A veces, cuando despertaba contigo, con la fantasía de tu cuerpo, pensaba en nuestros futuros hijos, en la alegría que por momentos sentía al imaginármelos, igualitos a ti, ya los veía por casa correteando, muriéndose de la risa con mis cosquillas, saltando, cayendo y durmiendo soñando sueños felices.

Echo de menos a aquellas células, las que desde un misterioso gimnasio interior fabricaban a base de movimientos una especie de sensación de recreo, de que la vida era eso, una diversión con algún bajón y un descenso final. Un recreo como el de los colegios, lleno de vida.

Aquellas células trabajaban para hacer aflorar al optimista que habita dentro de mí. Cuando me escondía del mundo, cuando me sentía sin fuerzas, ellas me susurraban mensajes de ánimo y me incitaban a seguir mirando al frente. Eran mi sustento, mi guarda y mi guía. Mis ganas de vivir eran simplemente el mensaje que ellas se afanaban en transmitir a cada rincón de mi persona.

Con la crisis y sus recortes, aquellas células se fueron. Están en la cola del paro, sin trabajo, sin moverse, cansadas de no hacer nada. El tiempo vacío pesa. Y mi cuerpo vacío también.

Echo de menos a aquellas células de ficción, de sosiego, de amor a vivir, las que me hacían comportarme como un hombre feliz, con labios deseosos de reír y de besar, mirándote, sin ver la muerte como un desastre, porque no malgastaba mis días.





# Anecdotario del humano común

*Bibliotecaria de la vida*

## I

Estudiante tumbado en el pasto a media tarde, perdido en sus... profundas meditaciones.

—Oye, oye —dijo la neurona que había resistido más batalla pues, a diferencia de sus hermanas, aguantó las constantes “pasadas” que se daba su dueño, más bien el cuerpo humano que lo albergaba— creo que ando en las últimas, querido amigo, estamos al borde del colapso, en dos horas es tu examen de Bibliografía Mexicana contemporánea siglos XVI—XIX y tú no has de recordar ni quién inventó la imprenta.

—Déjame... que estás confundiéndolo todo, el semestre pasado vimos Bibliografía Mexicana siglos XVI—XIX, y en este toca contemporánea.

—¡No te digo!, yo me quedé en el curso pasado, de este no recuerdo nada, oye, antes de que desaparezca y quizá te quedes ahí tirado por el resto de tu vida, debo decirte mis últimas palabras: mamá, comida, papi... Así aprendimos a hablar, es más, antes de los cinco años ya nos sabíamos las

tablas de multiplicar y ahora con todo lo que me hiciste “chutar” pues... ¿8X6?

—54.

—Ya me mataste... ya me morí, ya me... —y se extinguió con la última bocanada que aire turbio que exhaló su vehículo de carne y hueso...

## II

Adolescente encerrada en su cuarto, una hora antes de su fiesta de quince años.

—Oye, oye —dijo una célula contráctil a su cuñada, quien se arreglaba para la celebración en su residencia del sistema específico de conducción (por supuesto se arreglaba al mismo tiempo en que no paraba de dar estímulos eléctricos)— mira que linda está quedando la chamaca, hoy son sus quince primaveras y está tan nerviosa que no deja de palparle el corazón, un poco más y hasta podría tener un infarto.

—No es eso querida, ¿no te enteraste?, el chambelán va a ser el Fito, se muere por él desde que se lo presentó su prima.

—Por eso anda toda pálida y está sudando frío.

—Por eso nos tiene a mil revoluciones por minuto.

—Se va a desmayar si no se tranquiliza —la muchacha se lleva la mano al pecho y casi le bota los dedos el salvaje latir de su inocente corazoncillo, su mamá toca la puerta y pasa, le ayuda a colocarse un nuevo tocado porque el otro le apretaba bastante, le acomoda los bucles y dice: Hija, deja de golpear el piso con los pies, se te van a raspar las zapatillas.

—No lo estoy haciendo mami —la mujer recapacita y menciona: entonces es el reloj de la pared, algo hace muy fuerte, es como tic, toc, tic, toc, no, es como bum, bum, bum, bum, pero ¿de dónde?... no vaya a ser tu teléfono vibrando ¿o sí?— No mami —entonces son mis nervios, dice la señora, le acomoda un relicario con la foto de sus padres y cuando escucha esta vez más fuerte el ruido grita.

—¡Eres tú!, cariño, se te va a reventar el pecho, ¿por qué estás nerviosa?, solo tienes que dar la bienvenida a toodos los presentes... —las células reciben un incremento en la carga de trabajo que han dejado de hablar y comienzan a sudar, a la cuñada se le empieza a correr el maquillaje— ...recibir tu último juguete, bailar con tu papá...

—Cuñada, se me van las manos, esto está por estallar, necesitamos un marcapasos para la nena.

—...Y después el vals con tus chambelanes y para el toque final...

—¡Se desvanece la chamaca, agárrela señora! su hija tiene un martillo mecánico bajo las costillas, estamos a punto de....

—Pues Fito... ¡hija!, ¡hija de mi vida, esposo, un médico, alguien...!

### III

En un parque, un hombre le cuenta a otro de su nuevo reemplazo de cadera. Convención entre osteocitos, osteoblastos y similares afiliados al gremio Ossum.

—Oye oye, ¿ya viste al nuevo, qué es?

—No es de nosotros, es de metal, le pusieron al viejo una cadera de titanio, por eso sus átomos se creen la gran cosa.

—Es que ya no estamos como antes, ¿se acuerdan cuando con nuestra propia resistencia cargábamos a la esposa del señor?

—Más respeto, su mujer ya no está con nosotros –bajaron la cabeza y dieron un minuto de silencio por aquella damisela que conocían tan bien, tantos días y sobre todo noches la habían estrechado en conjunto unos huesos jóvenes como de oso, ahora estaban a merced de la osteoporosis. El hombre sentado a su lado escucha del titanio fascinado, a la vez que en sus manos sostiene mancuernas de 10kg y hace con ellas repeticiones, sus bíceps parecen a punto de reventar.

—...Por eso habría que cuidarse desde jóvenes Don –mencionó el hombre joven de menos de treinta años— yo por ejemplo, hago dos horas en el gimnasio, cardio, pesas, yoga y spinning, pero nunca dejo de lado mi batido de proteínas y las tabletas de creatina para reponer las fibras musculares, toque mi brazo, muchos quisieran una pierna con este grueso, en mi caso si necesito titanio de viejo, será solo en un buen palo de golf...

—Lo que sea de cada quien –dio por terminado el minuto de silencio un osteoclasto— la mujer de aquel, sí que era un bomboncito de joven...

## IV

A 36°C unos recién casados toman un grosero sol en la playa sin usar bloqueador solar.

—¡Oye, oye nos quemamos! –gritan infinitas vocecillas desde la dermis hasta la epidermis de sus respectivos cónyuges, las manchas rojas sobre la piel de la nuca de la mujer nos indican que han muerto ya bastantes— ¡estamos en el infierno, sálvanos!, ¿qué quieren tener cáncer?, ¡No, bronceador no... no...! –a un costado sobre la arena circula una dama resguardada con una sombrilla y lentes oscuros.

—Primero muerta que pálida como aquella—dice la mujer soltando una risa, su acompañante la imita.

## V

En el cordón umbilical saliente de una robusta parturienta casi al final de la faena.

—A la roro niño, duérmase ya, porque viene el coco y se lo comerá... –canta con voz dulcísima una célula madre, a su bebé recién nacido...





## La célula que quería ser inmortal

*Azul de Toluidina*

Había una vez un gigante, similar a otros muchos que pueblan la tierra, en cuyo interior habitaban millones y millones de células. Todas vivían en paz y armonía, ayudándose las unas a las otras en las distintas funciones requeridas por los distintos órganos... hasta que un día, una de aquellas células decidió que no quería morir.

«Toda célula, como cualquier otro ser vivo, ha de morir algún día», le respondía su célula madre cuando le preguntaba

angustiada, pero la célula no se quedaba tranquila con la sencilla respuesta; necesitaba saber, no quería resignarse a lo que parecía ser un destino imborrable. Era ésta una pequeña célula glial, vivaracha y nerviosa, como todas las que habitan en el cerebro. De mente despierta y esbelta forma estrellada, la célula extendía sus largas extremidades hasta contactar con sus hermanas y juntas hilaban el tejido de sostén donde reposaban las neuronas, guardianas de la inteligencia y el alma de los gigantes. De su relación con las neuronas aprendió muchas cosas acerca del mundo que las rodeaba y les daba cobijo. A todas preguntaba por la vida y la muerte, especialmente a las que poblaban la región frontal, famosas por su sabiduría. «En los recuerdos del ser que nos acoje, pervive con viveza la muerte de un hermano gigante, cuyas células se negaron a morir», le contaba una vieja neurona cortical. «¡Jamás intentes nada parecido, pequeño astrocito!». Pero la célula quería ser inmortal a toda costa y, poco a poco, fue orquestando su maligno plan.

Lo primero que hizo fue deshacerse de su fiel siervo p53, que la apaciguaba y la mandaba descansar. Tras esto, activó al travieso K—RAS, que la animaba a crecer y a proliferar. También dejó que se expresase sobremanera su amiga telomerasa, para que las puntas de sus cromosomas no se acortasen nunca. Y con estas y otras triquiñuelas, la célula comenzó a vivir indefinidamente.

La célula comenzó a dividirse sin freno y sus primas las neuronas comenzaron a preocuparse por esta actitud, eran de las que no perdonaban la desobediencia. Al mismo tiempo, sus mismas vecinas comenzaron a recelar de la situación. «¡Cuántos churumbeles has traído al mundo!», le decía un oligodendrocito; «Te veo muy desdiferenciada, chica», le comentaba una microglía, envidiosa de su tersa membrana citoplasmática.

La célula estaba exultante. Había logrado su empresa. Pero no todo eran alegrías: el oxígeno se estaba acabando y algunas de



sus hijas comenzaron a fallecer. La célula se apresuró a producir VEGF, una poderosa sustancia que hace crecer los vasos sanguíneos. Al restablecerse el suministro de materia prima el grupo de células pudo seguir creciendo, hasta convertirse en una masa voluminosa. No había espacio para el engaño. El macabro plan de inmortalidad era más que evidente. Pronto cundió el pánico, miedo que se extendió hasta alcanzar los más recónditos rincones del sistema. Todos temían una invasión de aquellas malignas células.

Las células vecinas, agobiadas, realizando su ciclo de Krebs agitadamente, pidieron ayuda a las fuerzas de defensa y un linfocito T, muy colaborador, se apresuró a armar un ejército de verdugos naturales. Sus esfuerzos fueron en balde: mataron a algunas células proliferantes, pero las más resistentes sobrevivieron y se siguieron dividiendo.

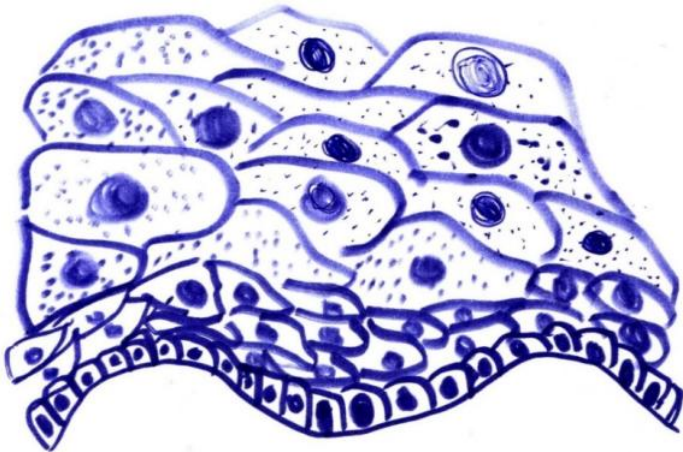
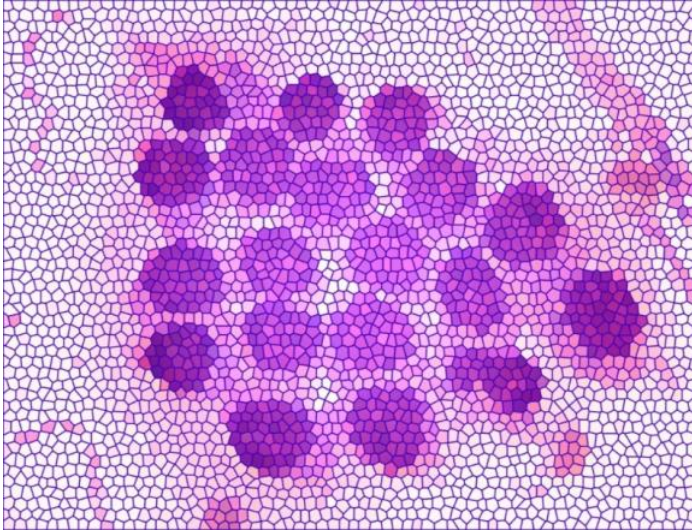
Tanto crecieron, que en la cabeza del gigante ya no cabía ni un trombocito y éste empezó a sufrir fuertes dolores de cabeza y terribles convulsiones. Los conos y bastones, que ven el mundo desde la retina, contaron que el gigante había acudido a pedir ayuda a un sabio, aunque no tenían mucha confianza puesta en él, ya que iba al trabajo en bata. Poco después, los miocitos del deltoides sintieron un fuerte pinchazo y una sustancia desconocida entró en el cuerpo del gigante. Era como el fuego que destruye la vida a su paso y acabó con muchas células inocentes, pero a quien más hizo daño fue a las células malignas. Más tarde, unas extrañas ondas atravesaron el cráneo del gigante y fueron arrancando electrones y dejando libres a los radicales, que destrozaban poco a poco a las células. De nuevo, muchos inocentes murieron, pero quien más bajas sufrió fue el ejército de células independistas en busca de la vida eterna al frente del cual desfilaba orgullosa la célula ambiciosa.

Nuestra pequeña célula, muy distinta ya a aquel bello astrocito que un día fuera, se lamentaba al contemplar a sus hijas

caídas en combate y juraba venganza, agitando sus ramificaciones deformes, dispuesta a sembrar su mal más allá del campo de batalla. Se dividió de nuevo, incansable, y la masa tumoral recuperó su tamaño en poco tiempo. Las células nativas estaban a punto de perder la esperanza cuando los queratinocitos del cuero cabelludo sintieron el punzante filo del metal y los osteoblastos de la calota sufrieron el terrible ataque de la sierra. La carne del gigante se abrió y células que jamás habían visto la luz del día contemplaron maravilladas el extraño mundo exterior. Otros gigantes, armados de bisturíes y tijeras estaban atacando a la masa maligna, que resaltaba en su negrura sobre el resto de tejido cerebral. Las células recobraron sus esperanzas, a pesar de ver que aquellos gigantes iban al trabajo en pijama y patucos. Con sus bisturíes afilados, extirparon el mal en bloque.

La célula que quería ser inmortal acabó sus días bajó el microscopio de otro gigante de bata blanca, triste, sola y perdida. ¿Quién podrá culparla por su ambición? ¿No es acaso la misma ambición de cualquier ser humano?

Las demás células lloraron largo tiempo la pérdida de tantas hermanas caídas en la cruenta lucha. Tardaron en recuperarse del daño causado pero la esperanza, aquella que estuvieron a punto de perder, volvió a brillar y a gobernar sus vidas; los queratinocitos volvieron a poblar de cabello la cabeza del gigante, los miocitos recuperaron su fuerza y las células del sistema límbico, tan sensibles, se recuperan poco a poco del trauma. Todas las células retornaron a su pacífica vida, sin que ninguna volviera a perseguir el sueño de la inmortalidad. Y todas ellas vivieron felices, hasta el día en que el gigante cerró los ojos en la noche eterna.



Javier Torres

# Nacer, crecer, reproducirse y morir

*Syrma*

Mi vida... Bueno, ¡cómo resumirla! Hay tanto que contar que no sé cuál es el primer hecho relevante que debería transmitirte. Supongo... sí, quizás mi nacimiento es lo primero que deberías conocer, después de todo es el inicio de la historia. Si no hubiera nacido... no habría nada que contar, ¿no crees?

Lo primero que recuerdo es ver cómo una parte de mí se separaba de la de mi madre. Esos pequeños, inquietos y dinámicos diablillos con forma de alfiler que me mantienen aislada del exterior se movían rápidamente para formar dos equipos, eligiendo entre quedarse con ella o formar parte de mí. Son tan graciosos... con esa cabecita tan pequeña y esas patas tan desproporcionadamente largas para su cuerpo. Al principio todo parecía un poco caótico: un montón de cosas, quién sabe si buenas o malas, se movían entre nosotras, fluían a través del espacio que aún compartíamos. Cuando finalmente me separé de mi madre y logré la independencia, descubrí que todo estaba perfectamente organizado, pero eso vino más tarde, cuando yo misma tuve descendencia. Antes de eso... antes de eso pasaron muchas cosas.

Recuerdo mi fiesta de diferenciación, cuando al fin me hice adulta. Apurando el trabajo a última hora, como siempre, logré

tenerlo todo listo para la fecha señalada. Besé a mi madre y a mis hermanas y recorrí el camino que me separaba del lugar que, desde aquel instante, sería mi hogar. Estaba nerviosa, ¿y quién no?. Sin embargo, cuando alcancé mi destino, la inseguridad se desvaneció: mis compañeras tenían un hueco reservado para mí y me acogieron como si hubieran estado esperando mi llegada desde siempre. Palmearon mi membrana y desde entonces nunca han dejado de mandarme su apoyo con pequeños mensajeros que me han dado las pistas necesarias para saber cómo comportarme en cada momento, ¿qué habría sido de mí sin ellas? Seguramente hoy no estaría aquí para contarte mi historia.

Crecí y crecí, y cuando mi cuerpo creció lo suficiente, descubrí nuevas partes de mí misma, partes que hasta entonces no había sido capaz de admirar y que se manifestaron entonces en su máximo esplendor. Sentí mi cuerpo partirse en dos y mi interior duplicar sus fuerzas para proporcionar a una nueva vida todo lo que iba a necesitar en su lucha por la supervivencia. Ha sido la experiencia más increíble de mi vida y me enorgullece poder haberla disfrutado en tantas ocasiones, pues he oído decir que otras no llegan a vivirlo jamás. No sé si será cierto, pero de ser así, las compadezco, se pierden lo mejor de su existencia.

Sin embargo, no todo ha sido bueno. La vida no es un camino de monómeros dispuestos a tu paso para que simplemente los tomes y expandas tu citoplasma. Hubo tiempos difíciles, tiempos oscuros en los que tanto mi vida como la de mis hermanas estuvieron en grave peligro. Muchas, de hecho, no sobrevivieron a la llamada "*época del merodeador*". Por aquel entonces yo era muy joven y no comprendía lo que realmente sucedía cuando todos hablaban acerca de la presencia próxima de algún tipo de intruso. Se comentaba que algunas de nosotras le servían de cobijo para sobrevivir y pasar inadvertido mientras él tramaba un plan contra el resto.

Por supuesto, los buscadores rastreaban día y noche, interrogándonos a cada una de nosotras para descubrir quiénes estaban mintiendo. Durante mucho tiempo su trabajo fue en vano. Sus insidiosas preguntas, su manera compulsiva de buscar en cada pliegue de nuestras membranas una imperfección que nos delatara compinches del intruso, no sirvieron de nada. Hasta que, cierto día, una de mis hermanas no pudo más y confesó su debilidad: llevaba todo aquel tiempo ocultando en su interior a cientos de aquellos invasores que habían venido para conquistarnos, sirviéndoles como medio para alcanzar a otras. Cuando me enteré, comprendí el significado de la palabra “decepción”. A partir de aquel acontecimiento, muchas otras decidieron confesar, liberando aquella carga que habían soportado durante años. *Los invasores* caminaban a sus anchas, *los buscadores* no daban abasto y *las eliminadoras* trabajaban sin descanso. Jamás las he envidiado, programadas para asesinar a otras sin corazón, sólo por tener algún defecto, en este caso la mala suerte de haber sido infectadas por *el invasor*.

Fue una época oscura, muy oscura, pero sobreviví y a partir de ese momento me volqué en acoger a los cientos y cientos de nuevas hermanas que llegaban cada día para tratar de hacer frente a las bajas que habíamos sufrido en mi zona, una de las más afectadas. Gracias al esfuerzo de todos se crearon inmensas cantidades de armas específicamente diseñadas contra “*el invasorsilencioso*”, como se le denominó desde entonces por su capacidad para permanecer entre nosotras sin alterarnos. Y, aunque cada cierto tiempo alguien informa de un avistamiento, gracias a *Neuronio* jamás hemos vuelto a pasar por una época tan temible.

Ahora los años pesan más de lo que me gustaría admitir. Puedo ver formas imperfectas moverse a través de las vías que guían cada elemento de mi cuerpo. Es la hora, lo sé. Espero con

paciencia hasta que veo aparecer a los hermanos *Bacal: Bax y Bak*, predecesores del épico final. Sé lo que sucederá a continuación, lo he visto en otras: en no mucho tiempo mi cuerpo entero se llenará de esas pequeñas ejecutoras que portan casco y capa para ponerle fin a todo. Las empiezo a sentir, moviéndose, y sólo soy capaz de enviar un último mensaje a mis hermanas para que sepan que, definitivamente, ya no estaré más con ellas.





## Punto de no retorno

*Isis*

El diagnóstico era lapidario, carcinoma epidermoide. El desagradecido dueño del cuerpo habitado por las señoritas epiteliales ciliadas se pasó veinte años importunándolas con el hediondo humo de benzopireno, metilcolantreno y otras veinte mil sustancias.

Al principio, algunas células se quejaban por el smog que irritaba sus mitocondrias. Para defenderse, las células epiteliales secretaban moco que, combinado con las ciliadas cabelleras de las cilíndricas señoritas, enviaban a la garganta del desagradecido propietario. Este tosía y tosía, pero no podía dejar su adicción.

Con el paso de los años, más señoritas epiteliales se iban deteriorando. Primero se les cayó el pelo, después su tersa piel se transformó en desagradable y áspero cúmulo de escamas de pescado. Y cuando digo pescado piensa en todos los sentidos. Pero el soberbio caballero del fétido cilindro de dañar, no dejaba de fumar. Al final, de tanto soportar la agresión, las silenciosas señoritas epiteliales aceleraron su senectud y se transformaron en ancianas con piel de elefante. Estas viejas egoístas soñaban con la inmortalidad y recordaron el experimento de Alexis Carrel; entonces decidieron diseminarse por todo el cuerpo del muchachito ignorante, que fue debilitándose, adelgazando

y perdiendo el apetito con un desgano digno de un niño que todo lo tiene.

Yo te avisé varias veces que te ibas a matar; también lo hicieron muchas de mis hermanas cuando te hacían toser y escupir. Y tú, egoísta, las ignorabas mientras ellas morían por causa de tu desidia.

—Pero, yo no tenía dinero para ir al médico, soy un pobre trabajador.

No tienes excusas, nosotras no tenemos la culpa. Somos solidarias y trabajamos en comunidad. En cambio, tú eres un solitario hedonista, sólo te importó el placer. Y así está el mundo por gente como tú. Nos llevaste a la destrucción. Ahora, muchas hemos degenerado y nos enfrentamos con los policías del sistema inmune pues a pesar de su pequeño tamaño, se destacan por su ferocidad y terminarán con tu existencia en unos seis meses. Nosotras ya no podemos controlarlas y temo que sigamos su camino, la catástrofe ya es irrefrenable.

Debes saber que personas como tú, que sólo piensan en sí mismas, son las responsables de sus míseros finales a la par que condicionan un verdadero cáncer a nivel planetario: contaminación con sus chimeneas y caños de escape, la deforestación que advertía en su semiología Suro, hambre, delincuencia, crímenes, violencia en general... se está perdiendo el aceite de las buenas relaciones humanas. Ustedes los humanos suelen creerse seres superiores, de mayor complejidad que nosotras y ni siquiera se pueden organizar para terminar con las guerras o el hambre. En cambio, de nosotras depende toda la vida, desde los pequeños microorganismos hasta los tejidos más nobles.

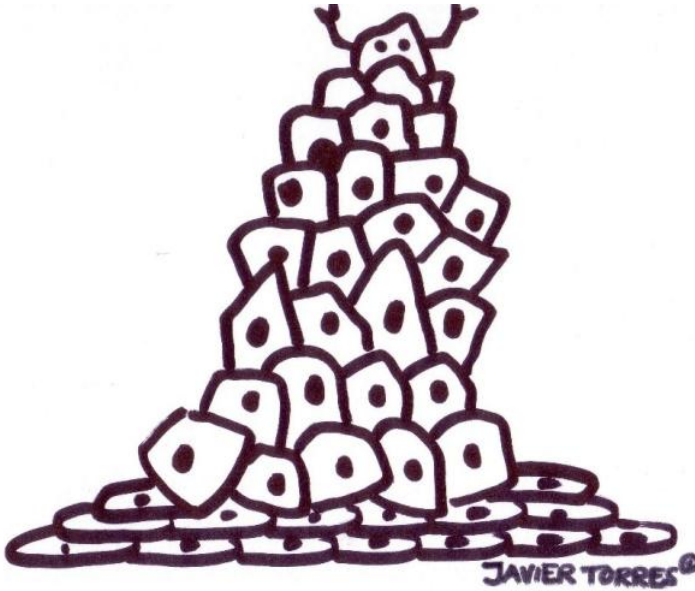
...Y vaya la paradoja, a ti que nos maltratas te facilitamos la respiración, la desintoxicación, la locomoción y hasta el

pensamiento pero parece que este servicio desinteresado no te sirve de mucho, es más, a cambio enfermaste con tu monóxido de carbono a muchas neuronas, y tu bendita nicotina enloqueció a otras. ¿No sabes que ellas no se regeneran? Al final las hiciste dependientes de tu absurda adicción.

Eres un tonto, sólo piensas en ti y crees que comparto tu carácter indolente, pero te confesaré algo que nunca imaginarías con tu cabecita llena de prejuicios como los que te mostraron el camino hacia la perdición que te introdujo en la moda del tabaco. ¡Siéntate! y escucha bien: yo soy la célula primordial de tú conciencia. Los investigadores todavía no me han descubierto, sus métodos no son adecuados para ponerme de manifiesto, porque me desplazo entre las dimensiones del espacio y del tiempo.

—¡Huu, ya me vais a venir con el cuento de las dimensiones paralelas y otras yerbas!

No, no, aunque soy etérea también tengo membrana, retículo endoplásmico, aparato de golgi, núcleo... y mis organelas más evolucionadas son los microtúbulos, estos están minados de protones, neutrones y los neutrinos responsables de la potenciación de los fotones. Los túbulos nos permiten acceder a otras dimensiones de frecuencia. En mi ambivalencia dinámica está el secreto de la naturaleza escurridiza para los investigadores de la conciencia. Sólo algunos pocos me pueden manipular, y, paradójicamente, yo los elijo. Deben ser muy inteligentes, pero con una salvedad, extremadamente solidarios. Sí, solidarios hasta para poner su vida en un segundo plano! Muy difícil ¿no es así? Pero tu conciencia es tan burda que te has quedado en la dualidad placer—displacer, y encima de la carne. No pudiste aprender a pensar por ti mismo. Te dejaste arrastrar por la publicidad de un cilindro de humo.



—Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Nada, ya es tarde, hemos llegado al punto de no retorno y la muerte celular irreversible es nuestro destino, como decía el doctor Laguens.

—¿Y qué puedo hacer para enmendar mi error?

—Tienes que concientizar a tus semejantes, como hacemos nosotras.

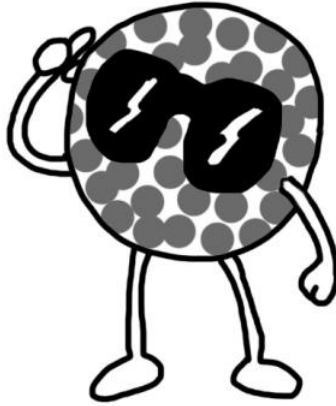
—¿Y cómo lo hacéis?

—Yo te ayudaré, por algo soy la célula madre totipotencial que habita también en la conciencia dormida de todos los seres humanos. Ahora no te preocupes, pues ya me estás escuchando, y eso quiere decir que estás despertando de tu letargo. Para comenzar, busca un libro de Patología, ve

a las páginas de histopatología y allí verás muchas fotos y dibujos que reflejan cruelmente y de un modo sumamente realista la degeneración a la que nos has sometido. Presta especial atención a los epígrafes metaplasia y displasia; Ese es sólo una parte del daño que causas con tus acciones.

—Si persistes en tu propia necedad, si continuas ignorando nuestras señales de socorro, pronto volveremos a vernos. Hasta pronto.





## SEGUNDA PARTE

La pregunta que nos podemos formular en este momento es ¿hacia falta una segunda parte en un libro recopilatoria de estas características?

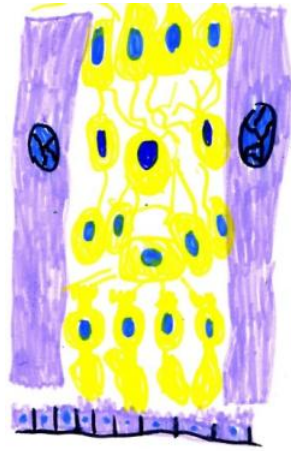
Parece necesaria una explicación. Resulta que nos han llegado textos tan variopintos que algunos incluso han querido ser originales en el aspecto formal, alcanzando gran originalidad pero saliéndose del camino trazado por las propias normas del concurso. Al no aceptarlas, no han podido optar a premio pero sin embargo algunos de estos textos nos han llamado la atención y hemos decidido que ocupen un espacio en el presente libro, que al fin y al cabo pretendemos que se

convierta en un elemento duradero en el que volcaremos nuestro cariño.

Yo mismo he querido poner mi granito de arena. Son muchos textos los que he escrito a lo largo de los años que bien podrían figurar en el libro pero siempre al margen del concurso, por razones obvias. Al no haber sido sometidos al duro criterio del Jurado, seréis vosotros, amigos, los que os convirtáis en mis jueces. Rezo por que los textos sean de vuestro agrado.

*Javier Torres*





Javier Torres Sañ  
de Medina

## Las décimas didácticas de Biología

*La decimista*

Como maestra, siempre procuré llevar a mis estudiantes el conocimiento de una forma original. Aprovechando que estaba de moda la décima, composición poética muy atractiva, concebí una serie de poesías para enseñar Biología, mi asignatura. Pero considero preciso hacer un preámbulo para que el lector comprenda cómo relacioné conocimientos biológicos con su expresión mediante décimas.

La décima es una composición métrica de diez versos octosílabos, que se hizo canto natural en los pueblos hispanoamericanos, porque está en la lengua española desde su esencia latina. El octosílabo responde al ritmo interno del castellano, porque encierra lo más común en el habla popular. El refranero español, pleno de octosílabos: “No por mucho madrugar...”; “No van lejos los de adelante...”, entre otros, enseña a hablar en décimas, y las frases protocolares también son octosílabas: “Mis sentidas condolencias”; “Que los cumplas muy felices”, entre otras. Este metro resulta, pues, accesible y fácil.

¿Quién no se ha maravillado de la facilidad con la que numerosos poetas improvisadores del pueblo componen al momento sus décimas? Llama la atención la sonoridad y la facilidad para expresar sentimientos mediante estas composiciones.

La décima más cultivada se denomina *espinela* porque su creador fue Vicente Martínez Espinel, quien impuso la novedad en Madrid por los años de 1591 a 1599. Trátase de dos redondillas, separadas por dos versos.

La intención de la autora fue, primeramente, la de describir especies o familias botánicas utilizando la décima, de modo que los escolares pudieran disfrutar del ritmo y la dulzura de estas manifestaciones poéticas mientras consolidaban conocimientos, escuchando y analizando su significado. Luego concibió la idea de introducir décimas en las asignaturas de Botánica, Anatomía y Ciencias Naturales, en la escuela primaria, más tarde en secundaria, preuniversitario y la Educación Superior.

Se pudo constatar que los alumnos a los cuales se les escribían o recitaban estas décimas, identificaban fácilmente a qué se referían, los aprendían con rapidez y lograban una familiarización con la consonancia, analizando las características biológicas a las que se aludía. Por ejemplo, al consolidar los conocimientos relacionados con las células formadas en las aguas

de los lagos primitivos dio resultado la composición titulada POLÉMICA EN UN LAGO PRIMITIVO, que dice así:

Don Hongo está pensativo,  
conversa con Don Protista:  
tratan de hallar una pista  
en un lago primitivo.  
Del orden evolutivo,  
tienen, en esta ocasión  
dudas, de la posición  
que ocupan, cuando en histeria  
sin igual, Doña Bacteria,  
hace allí su aparición.

\_\_Fueron aquí los primeros  
organismos mis parientes,  
pero, a ustedes, diferentes  
los veo, ¡no son herederos!

\_\_Yo vengo de los pioneros  
del lago, \_\_ Protista dijo;  
\_\_a Don Hongo me dirijo,  
porque se parece a mí;  
pero, a usted, yo ni la vi;  
¡Así es que respeto exijo!

Fue interesante constatar que los estudiantes, mediante la presentación de una décima titulada CÉLULAS Y TEJIDOS, podían consolidar conocimientos y aclarar dudas; véase cómo reza dicha décima:

La célula observarás;  
de un tejido forma parte,  
el campo visual comparte,  
junto a todas las demás.  
Diferencias hallarás,  
entre célula animal  
y célula vegetal;  
siendo las dos eucariotas.  
Y otras son las procariotas  
de la vida bacterial.

Al introducir el estudio del sistema osteo—mio—articular, fue necesario que comprendieran cómo era su funcionamiento, y esto se realizó mediante la décima titulada EL MOVIMIENTO MUSCULAR:

Para que un músculo activo  
se contraiga en el momento  
y se inicie un movimiento,  
debe existir un motivo.  
Habrá un órgano pasivo,  
como palanca, es el hueso  
y, si observas el proceso,

verás la articulación:  
un nervio estará en acción  
y otro músculo en receso.

La energía en tal función  
por el nervio se propaga,  
llega al músculo y se embraga  
en rápida contracción.  
Es maravilla en acción,  
desde la más tierna edad,  
contraer a voluntad  
los músculos insertados  
en huesos articulados,  
con gran efectividad.

Por eso hemos de estudiar  
la muscular contracción,  
para saber en cuestión  
su esencia bien explicar.  
Sistema osteo—muscular  
se denomina, por eso,  
pues, no solamente el hueso  
de frágil composición  
es quien da forma en función  
de ayudar con el proceso.

Otros colegas solicitaron unirse a nuestro universo poético, integrando literatura con Biología y pidieron unas décimas que permitieran consolidar la clasificación de los organismos vivos en cinco reinos, asunto que se estaba abordando por aquel entonces en la escuela secundaria. Surgió así la décima UNIDAD Y DIVERSIDAD inspiradas en los cinco reinos de Whittaker y colaboradores:

Pueblan toda la geosfera  
organismos por millones;  
y como tú bien propones  
constituyen la biosfera.  
Hay, sin embargo, en la esfera  
terráquea, tal unidad,  
por la célula, igualdad  
de todos los organismos,  
diferentes en sí mismos  
y por su diversidad.

Clasificar, en verdad,  
tomando un solo criterio,  
tantas especies, no es serio,  
por su gran complejidad.  
Del núcleo la variedad  
da una clasificación:  
si la célula en cuestión  
lo presenta, es eucariota;

si núcleo no hay: procariota,  
no puede haber confusión.

Un primer reino tenemos,  
de las Móneras llamado,  
queda pues, clasificado  
sin núcleo las conocemos.  
Los ejemplos que sabemos  
de esta nueva agrupación:  
algas azules, que con  
bacterias, sean flageladas,  
esféricas o alargadas,  
procariotas todas son.

Para bien clasificar  
eucariotas, con científico  
criterio, muy específico:  
¡reine lo unicelular!  
Protistasse han de llamar  
las que con su variedad,  
forman la diversidad  
del reino, que es el segundo  
y dispersos por el mundo  
cada ser, una unidad.

El tipo de nutrición  
(siendo pluricelular,  
eucariota), da lugar  
a otra clasificación.

Hace este reino inclusión  
de organismos muy variados  
que nunca viven aislados;  
son Plantas, que por autótrofas  
diferentes a heterótrofas  
de la vida son aliados.

Y sigue la nutrición  
dando criterios valiosos  
ejemplares y armoniosos  
en la clasificación.

Las heterótrofas son  
de dos formas principales  
en dos reinos, como tales:  
Hongos, si son absorptivas  
de lo contrario, ingestivas  
y esos son los Animales.

Muchas otras décimas se han producido a lo largo de las últimas décadas, pero estas, relacionadas con la Biología en general y con las células en particular, son las más entrañables para la autora.



# Soy Patólogo

*Morgagni*

Otro día más de hastío. Me he quedado a trabajar hasta tarde y tengo la sensación de que no sólo no he vendido ninguna escoba, lo cual es de por sí lamentable, sino de que no voy a ser capaz de venderla en las próximas horas. ¿Merece, pues, la pena quedarse a perder el tiempo, ese tiempo que tan barato venden y tanto nos cuesta conservar?. Si no fuera porque me siento vigilado, me levantaría sigilosamente, cogería el maletín y me marcharía sin apagar las luces, así nadie se daría cuenta de mi ausencia. Claro que no se daría nadie cuenta de mi ausencia, estoy hablando de prolongación de jornada y no creo que haya en este hospital nadie más celoso y, ¿por qué no reconocerlo?, más tonto que yo en cuanto al cumplimiento de sus deberes. Sí, esta pista es demasiado buena como para que pase desapercibida. Os he dado la clave con la que podréis adivinar mi especialidad. Soy patólogo. Aquí me veo, abandonado por todos menos por mi propia sombra, al acecho del diagnóstico imposible con el que salvar al mundo. Vale, quizás esté exagerando pero algunas vidas sí que he salvado, aunque otros se hayan llevado los laureles que yo coseché con mucho esfuerzo. Ser patólogo y ser invisible son dos sinónimos que no aparecen en el diccionario como tales pero que bien pudieran aparecer con

letras de oro. No me siento lo suficiente mente valorado y hasta creo que me equivoqué de profesión cuando veo la incomprensión de cada uno de los mandatarios que nos gobiernan y que seguro que no sabrían definir a qué nos dedicamos aquellos que estudiamos la enfermedad a nivel celular y tisular. Ay, caramba, ya les he dado una definición a esos paletos. Si a alguno se le ocurre leer estas páginas podrían alardear de conocer en qué consiste la patología y además demostrarían que son capaces de leer...definitivamente ha sido una torpeza por mi parte. En fin, lo que me hace permanecer aquí sentado criando hemorroides y dejándome lastimosamente la vista tras estos oculares no es otra cosa que el mismísimo prurito profesional. Para quien no lo sepa, prurito es picor, pero prurito profesional no es que te piquen tus partes cuando ejerces tu profesión; lo aclaro por si las moscas, que por cierto, hay una que lleva unos minutos dándome por culo. Por culo, vaya, es una expresión que nada tiene que ver con el picor o prurito que siento en el culo por culpa de las hemorroides que me salen cada vez que permanezco aquí sentado horas y horas para descubrir aquello que las células me quieran contar, que por cierto, contar es otra cosa que no saben hacer aquellos que nos dirigen y que luego se llevan los laureles gracias a los diagnósticos que tontos como yo mismo emitimos tras largas horas de estudio no remuneradas.

He dicho que no he vendido muchas escobas, o ninguna, pero no me refiero a que yo me dedique a su venta sino a que no he avanzado mucho pues la vista me está incordiando. Me refiero ahora a mi órgano visual y no al póster que tengo colgado de la pared frente a mí, que ni siquiera se puede considerar vista porque si de algo puede presumir el despacho de un patólogo es de la mierda de vistas que los dirigentes, los que no saben leer ni contar les asignan en el reparto injusto de las fincas hospitalarias.

Un buen patólogo que se precie de serlo debe de rezar para que el hospital en el que trabaje no haya morgue o estercolero porque en ese caso ya sabe cuál va a ser su futura ubicación, tan sólo de pensarlo se me vienen a la memoria los olores del pasillo que me reciben cada vez que empiezo una jornada de trabajo, y eso que hace años que perdí el sentido del olfato debido a las mortíferas y cancerígenas dosis de formol que nos vemos obligados a esnifar con la excusa de que son riesgos asociados y asumidos al puesto de trabajo aunque en ningún epígrafe se haga referencia al olor de los productos caducados que acumulan los que se consideran mis compañeros al lado de la puerta de nuestro servicio y con servicio me estoy refiriendo a la unidad de Anatomía Patológica y no a ese cuartucho abandonado de la mano de Dios donde nos obligan a miccionar cuando nuestra vejiga nos llama la atención. En fin, que no he empezado a trabajar y ya estoy hartito. Definitivamente soy patólogo porque nací tonto y como un tonto me enamoré de las células, las únicas que en silencio me acompañan y me dan las alegrías que nunca me darán ni mis compañeros, ni mis jefes ni mis dirigentes, sepan o no sepan leer y/o contar.

Pero si nadie se da cuenta, ahora mismito recojo las cosas y me voy para mi casa...



## Viaje a ninguna parte

*Morgagni*

Allí estaba como siempre, descansando en su tumbona recibiendo parsimoniosamente los rayos del sol. Si antaño su faz pecaba de lúgubre y siniestra, estaba claro que los tiempos habían cambiado y con ellos el color que emanaba de su cuerpo, bronceado que no dudaba en compartir con quienes se atrevían a rozar sus contornos. El melanocito era famoso en la economía corporal por su buen talante y carácter pacificador si bien todos temían que se le subiesen los humos a la cabeza ya que no dudaba en descargar su ira contra todo el que osara plantarse en su camino. Es por ello que sus vecinos hacían todo lo posible por complacerle, no llevarle la contraria e incluso soportar su cambiante humor.

El melanocito era un poco vago, tantas horas al sol no pueden potenciar ni el intelecto ni las ganas de trabajar, tan sólo dedicaba de vez en cuando su tiempo en elaborar melanina aunque, eso sí, no tardaba en darle salida en cuanto le estorbaba. No hay duda de que había nacido para mandar y no para ser mandado.

Ególatra a más no poder, de vez en cuando hacía un discreto esfuerzo y se encaramaba a la atalaya de la superficie epidérmica para observar el mundo sin la coraza protectora que le brindaban

los queratinocitos, que no dudaban en hacerle un pasillo triunfal en cualquiera de las escaramuzas de la que el rey de la piel era protagonista. Tal era su fama, que estos viajes relámpagos al mirador eran retratados en blanco y negro y con el tiempo fueron denominados pagetoides por los envidiosos y extraños.

La plácida vida en el estrato basal pecaba a veces de monótona y, coincidiendo con las horas de sol más asfixiantes, recibía a las visitas a nivel juntural o bien se desplazaba a la cercana dermis en la que siempre había más espacio en el que poder departir sin armar jaleo. Pero como siempre ocurre en los cuentos en los que el protagonista es bueno y mimado, las cosas cambiaron el día menos pensado...

Exacto, el único anhelo del melanocito era viajar pues nunca nadie le había brindado la posibilidad de conocer otros lugares en los que sentirse vivo y así, una vez tomada la determinación de emprender la aventura definitiva, tomó acopio de melanina, que guardó en su organelas y abandonó su segura morada juntural para adentrarse en la desconocida dermis media. Allí, su bisoñez no tardaría en darle los primeros sustos, periplos que desembocaron en el asalto de unos malhechores que le robaron la melanina y le deformaron el rostro de una paliza. Cansado, furioso y con el rostro deformado y lleno de moratones oscuros, prosiguió la senda desorientado y titubeante. Echaba de menos el sol y la calidez de sus caricias pero no era momento de volver la mirada hacia atrás. Atravesó fibrosas planicies, bulbos pilosos y oasis apocrinos en donde lubricó su garganta. Allí conoció a desventurados personajes que se unieron a su causa y le acompañaron en el misterioso peregrinaje que les llevaría a las tierras ganglionares de la axila donde instalaron el campamento y se perdieron en la lujuria, copulando con ramerías dispuestas a todo por escasas monedas. El fruto de ello fue una progenie de pequeños e inexpertos vástagos carentes de criterio que

escaparon al control paterno e iniciaron una verdadera migración pansistémica que dio origen al movimiento conocido posteriormente como metástasis.

Pasaron los días, las semanas y los meses y el pequeño príncipe fue consumiéndose en su propio olvido. Ahora era uno más, su poder se había diluido en esas lejanas tierras a las que había acudido en busca de una respuesta que nunca encontró.

Y allí, lejos de su reino, encontró la paz mientras su vida se apagaba al ritmo que lo hacía el universo sistémico allende los mares de su propio conocimiento.

En su tumba alguien grabó una palabra como epitafio: melanoma.







## Superhéroe de poco monta

*Morgagni*

¿Quién dijo que la vida de un superhéroe es divertida?. Aquel que lo hiciera debería ser castigado a ejercer tal profesión, aunque sólo fuera por unas horas; seguro que se desdecía de sus afirmaciones en menos que canta un gallo.

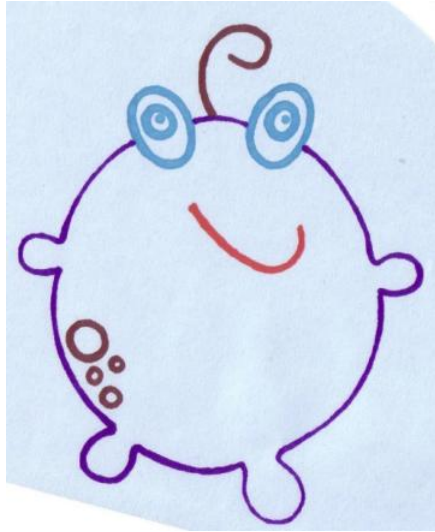
Yo fui concebido con mucho amor y desde mi primer segundo de vida instruido para ser el protagonista de grandes hazañas. Forjado con madera de dioses y dotado con lo mejor del ser humano, crecí fuerte y vigoroso bajo el amparo de los mejores

preceptores. Rápidamente destacué entre mis compañeros, semejantes en multitud de cualidades aunque carentes de esa picardía que me otorgaría la diferencia selectiva que sólo los héroes pueden poseer. Maduré bajo una intensa instrucción atlética que me aportó talento y gallardía. Fui envidiado y vilipendiado, y a pesar de todo, mi orgullo permitió que mi moral no decayera. Una vez superada la fase de preparación, mis padres me regalaron un yelmo de plata con el que acudir a toda competición para la que fuese convocado y así, armado y protegido contra cualquier adversidad que pudiera cruzarse en mi camino, llegó el día que junto a mis compañeros de promoción fui asignado a la misión para la que tantas veces fui aleccionado. Quedaba por delante todo un mundo por descubrir. Nuestros superiores prefirieron organizar la batalla siguiendo una estrategia con la que siempre habían salido victoriosos y es por ello por lo que nos dividieron en dos grupos a los que identificaron con la letra “x” y con la letra “y”. Cada uno debía atacar por un flanco, y cuando alguno de nosotros hubiese alcanzado el objetivo, el resto debía dar la vida por defender la posición alcanzada. Sólo de ese modo podríamos alcanzar la gloria y vivir eternamente en los versos de la leyenda. Pero la batalla se torció desde el principio y nuestro destino quedó subyugado a los avatares que la naturaleza nos tenía reservados. De repente, una fuerte explosión hizo que saltáramos por los aires y que quedásemos prisioneros entre un amasijo de cuerpos que nos impedía realizar los movimientos más sencillos con naturalidad. Allí adonde dirigiera la mirada me encontraba con los cuerpos inertes de compañeros caídos en combate bañados en el flujo del líquido elemento que les daba vida. Un silencio absoluto luchaba por apagar los rescoldos de los últimos quejidos, o gemidos, que se escuchaban a los lejos. Entonces, haciendo de tripas corazón, fui desplazando los cuerpos que me

aprisionaban y amenazaban con apagar el último hálito de vida que me quedaba y me encontré suspendido en el vacío, luchando ahora por vencer a la gravedad, mi nuevo enemigo.

Voy a dejar de hablar, no puedo por la postura. Supongo que mi heroicidad se resume en ser un simple espermatozoide que hace equilibrios por no caer al suelo desde estas alturas. Sí, amigos, no he mojado. La eyaculación que me encumbró al techo de este dichoso cuarto de baño no había sido prevista por ninguno de mis instructores. Aquí, imitando a un Batman cualquiera, ejerzo de superhéroe de pacotilla al que sólo le restan dos opciones, morir honrosamente en la vertiginosa caída y desintegrarme o bien ser atropellado por el paño de la asistenta cuando se digne a limpiar el techo...y es que tener el tamaño de una célula te relega muchas veces al más cruel anonimato...





## Ojú, qué mala suerte

*Morgagni*

No se van a creer ustedes lo que me ha “pasao”. Vamos, que vengo del hospital cargado con una mala leche... Resulta que no teniendo suficiente con las bajadas de sueldo, el problemita del paro , la poca educación de los que me rodean y la poca vergüenza de quienes nos gobiernan, tampoco puedo hacer una vida tranquila ajeno a todo ello, sentadito en el sofá de mi casa.

Pues sí que tengo mala suerte, parece que me ha mirado un tuerto. De un tiempo a esta parte siento que mi vida está

cambiando a un color marronazo mierda que es “demasiao”. A lo que vamos, que me pierdo cuando pienso en ciertos “temitas”. Estaba subido a la escalera intentando alcanzar unas cajas que mi mujer había guardado en el altillo y que curiosamente a mí me tocaba bajar (siempre la misma historia, ellas esconden y hablan de orden y nosotros, que no entendemos de orden, somos los que tenemos que solucionar sus enredos) cuando la silla a la que estaba subido ha cedido y me he pegado una ost...que ni en el telediario. Afortunadamente no ha sido grave, algún moratón, mucho dolor en las lumbares y la imposibilidad de mover los dedos de la mano derecha que parecen dos manojos de salchichas frescas. No quería ir al médico pero con tal de no escuchar a mi mujer, soy capaz de hacer lo que sea. Odio esperar, no soy nada paciente pero me he tenido que tragar una cola de dos horas hasta que he escuchado mi nombre en boca de la enfermera, muy desagradable, por cierto. Tras la exploración de rutina, el médico no ha tardado en emitir un diagnóstico: esguince de ligamentos de los dedos. Ala, como si no tuviera yo “ná” encima. Pues el tío va y me coloca una tablilla y me inmoviliza la mitad de la mano derecha, la buena, la que utilizo para “tó” y encima me dice que ha “quedao” perfecto. Perfecto me he “quedao” yo, he pensado que no voy a poder hacer las cosas que más me gustan, por ejemplo, rascarme el culo cuando me pique, sacarme el moquillo de la nariz o hacer gestos obscenos a aquel que quiera adelantarme por la derecha aunque claro, pensándolo bien tampoco voy a poder conducir. No podré “juntarme” la mantequilla en el pan, no podré abrir la lata de coca cola, no podré escribir en el “aordenador”, no podré escribir, no podré ni siquiera...bueno, eso se puede hacer con cualquiera de las dos manos.

La puñetera tablita de los coj...me va a fastidiar un rato. Lo bueno es que hay cosas que me dan mucho coraje para las que

voy a tener una buena excusa. Ahora comprendo la cara de pena que puso mi mujer cuando me vio con esta pinta. No es que me comprendiera, no, lo que estaba pensando la hija de mala madre es que ya no me va a poder dar órdenes tan a la ligera. Ahí te he cogido, mala pécora, que me tienes hasta la coronilla...menos mal que esta férula me va servir, al menos, para que la parienta me deje en paz de una vez.

Ea, ya he cumplido con mi relato de la férula.

¿Qué? ¿Que no era sobre la férula de lo que tenía que escribir? ¿seguro?

Coño, parece que me he equivocado, que al final había que escribir sobre la célula.

Perdón







## Clase magistral

*Morgagni*

En cuanto se escuchó el estruendoso portazo con el que les había obsequiado con malicia, los alumnos dejaron de atender sus menesteres y se cuadraron al unísono, tal era el respeto que infundía la figura del profesor entre la concurrencia. La cadencia de sus pasos avanzando hasta la tribuna se veía correspondida con el ajetreo propio de la papelería aflorando a la superficie de los pupitres, acicalándose para ser asaltada por el hiriente punzón de la punta de grafito, entrenada para no dejar en el

tintero ninguno de los bits de información que pudieran salir de los labios del docente.

El ilustre dicente se encaramó al estrado y se dirigió a la concurrencia del siguiente modo:

—El tema de hoy es la inflamación celular, es decir, la celulitis

Si bien todos sabían la suficiente medicina como para identificar el sufijo “itis”, con procesos inflamatorios, todos se miraron extrañados ante la apostilla en la que se identificaba la celulitis con la inflamación celular. No obstante, el silencio reinante en el aula no se vio alterado por comentario alguno. A continuación, tuvo lugar la declamación del disparate que ha pasado a los anales de la Facultad de Medicina.

—Se distinguen varios tipos de celulitis aunque haciendo caso omiso de las clasificaciones internacionales más aceptadas creo que podríamos establecer una primera distinción entre la celulitis masculina y la femenina

El alumnado se afanaba en no perder el hilo de la lección

—La celulitis masculina se manifiesta principalmente a nivel abdominal habiéndose descrito diversas variedades morfológicas que se corresponden con el mecanismo inflamatorio de los adipocitos subyacente. Los adipocitos, células simples por naturaleza, reaccionan de un modo indolente al insulto traumático para terminar hipertrofiándose tal como lo harían con el insulto propio de la cerveza. Así, el fenotipo resultante que ha sido vulgarmente denominado como barriga cervecera tiene su origen en una respuesta inflamatoria individual de las células del tejido adiposo. En las mujeres, por el contrario, la celulitis adquiere su máxima expresión a nivel de la cara

externa de los muslos, fenómeno popularmente conocido como cartucheras si bien los mecanismos fisiopatológicos son equivalentes a los ya comenzados y las diferencias geográficas están comandadas por influjo hormonal.

Aquella sarta de disparates debía tener origen en algún proceso neuronal defectuoso en la cabeza del profesor. Los alumnos comenzaron a inquietarse pero ninguno dejó de tomar notas no fuera a caer alguna pregunta en el examen que hiciera referencia a la lección.

—Existen formas menores de celulitis en las que el insulto tisular tiene menos entidad y por tanto su representación histológica puede pasar desapercibida al observador inexperto. Me refiero a simples imbalances electrolíticos que tienen su origen en cambios osmóticos transmembranosos y que terminan induciendo una inflamación celular extrema que termina por provocar la explosión pannuclear en un fenómeno denominado apoptosis celulítica. Es este precisamente el mecanismo responsable de la celulitis mamaria más conocida como “mamas péndulas”, tan frecuente en accidentes domésticos que cursan con hematomas primero y degeneración adiposa después, del tejido mamario sometido a impactos de fuerza mayor.

El silencio reinante en el aula confirmó lo que él ya había intuido. Debía reforzar el espíritu crítico de sus alumnos antes de pasar al siguiente tema. Sólo así podría enseñarles verdaderamente medicina, disciplina basada en algo más que la intuición. Entonces dejó de hablar, pidió atención y rogó a sus pupilos que destruyesen todo cuanto pudiera ser considerado apuntes de esa clase. Lamentablemente quedaba mucho trabajo por hacer...





## Cuenta Atrás

*Morgagni*

Muchos son los conflictos éticos puestos sobre la mesa para debate desde tiempo inmemorial. La polémica está servida. Nadie se pone de acuerdo acerca de dónde comienza la vida aunque todos parecen tener claro el punto de inflexión en el que ésta se extingue. Dicotomías que enriquecen la polémica, y por qué no reconocerlo, el diálogo, cada vez más politizado. Pero nadie, absolutamente nadie, le ha preguntado a la célula cuál es su opinión sobre los hechos. Ignorada de raíz por motivos

insuficientes como para ser considerados firmes, la pieza fundamental del puzzle de la vida tal como la conocemos parece tener mucho que decir al respecto. Y es que los pequeños muchas veces eclipsan a los grandes con tan sólo ponerse manos a la obra. La pequeña célula vive ajena a cuestiones de moral pues las leyes por las que rige sus designios son de diferente naturaleza, más lógicas, eso sí, y muy influenciadas por postulados matemáticos y filosóficos que podrían no estar disponibles para la escasa inteligencia que ha mostrado el ser humano al manejarlos.

Parece ser que el líquido elemento juega un importante papel en la adquisición de una idiosincrasia minimalista que dota a la prima dona vital de cierta autonomía con la que decodificar las instrucciones que citocinas y diversos mediadores proteicos transmiten sin cesar. ¿Es lógico, pues, el microcosmos que en sí mismo se ha convertido el microambiente acuático estromal que sirve de sustento a la unidad vital más elemental?. Preguntas múltiples contrastadas con escasas e inconsistentes respuestas que conllevan una única e irreversible conclusión fatal. No sabemos más que una ínfima parte de lo que deberíamos saber sobre la sencilla célula que nos da consistencia...y vida, al fin y al cabo.

Pero el ciclo vital de la célula apremia los compases del diálogo, pues la existencia efímera hace peligrar respuestas coherentes que se extinguen justo antes de ser exclamadas. La brevedad alcanza su máxima cota en la diferenciación inmediata que sirve de base para la forma y la función, para el cómo y el dónde, y en definitiva para el efímero saber que desaparece tan rápido como ha sido formulado.

Es urgente crear un medio de comunicación con la pequeña y celosa unidad vital para que nos cuente sus secretos con la esperanza de que quizás se resuelvan misterios y dudas que nos han asolado durante siglos.

La célula, tímida donde las haya, perdió parte de su encanto al ser observada por primera vez a través de lentes que la despojaron de su intimidad. Expuesta a la mirada inquisitorial del observador implacable, pretendió convencerse de que había perdido la batalla frente al ojo humano, pero esa angustia desapareció en cuanto se convenció que no es el ojo el que procesa la información desprendida de su desnudez, sino un centro de decodificación más complejo que tiene la capacidad de engañar a su periferia de forma voluntaria, y lo que es más grave, involuntaria. Comenzaba, pues, de forma inherente, la revolución que no ha sido más que parcialmente sofocada con “descubrimientos” que han satisfecho al ser superior y no han hecho más que molestar ligeramente la concha en la que encierran los secretos los diminutos confidentes.

La era de los descubrimientos, la era celular...nombres de neón para verdades a medias. La célula errante continúa perpetuándose mientras no podemos hacer nada para penetrar en su secreto. ¿nuestra muerte?¿podemos realmente basarla en reacciones químicas celulares?. El convencimiento humano sirve de burla a quien se erige como albacea y guarda universal de la existencia. Quizás existan flujos secretos de vida a nivel molecular aún por descubrir.

La célula entiende la civilización como asociación sinérgica con los semejantes, generando una unión inquebrantable que sólo sucumbe al suicidio en grupo. Esa es la verdadera unión. La célula posee su propio reloj biológico, al que la misma fuerza vital generada da cuerda periódicamente. La descendencia está asegurada y ninguna infidelidad interrumpe en el delicado engranaje de un sistema casi perfecto. Filosofía de células errantes. Metáfora de mi misma conciencia. Estoy perdiendo la razón y aun así insisto en diatribas inútiles que sólo sirven para empañar mi seso...

...y en este escenario surrealista vengo yo a entrar en escena, ajeno a mi voluntad, os lo aseguro. El día y la noche se confunden por hechizo mientras permanezco estático delante de mi microscopio intentando desentrañar los fundamentos de la creación. Mi vista no me pertenece, hace tiempo que la perdí debido a ímprobos esfuerzos que aún no han dado el fruto que ilusamente esperaba. Estoy desesperado. Mis ojos lagrimean y sólo acierto a espantar su humedad con la suavidad de un pañuelo inundado de penurias. Pregunto y no hallo respuestas. Veo luz que al momento se torna en oscuridad, y vuelvo a intentarlo...

El afán por saber me puede, pero la desesperación es un enemigo aún más audaz. Me siento alienado, un sencillo autómatas en busca de un maná ya extinto. La célula no se aviene a conversaciones pacíficas. Escudada tras la protección de su impenetrable membrana, se muestra esquiva e interesada y no atiende a razones. Me siento incapaz de arrebatarse su secreto y aun así fuerzo mi visión, sabiendo que quizás sea la última vez que tenga ascendencia sobre ella. La arena del reloj imaginario cae a un ritmo vertiginoso. El tiempo es un concepto esquivo del que firmemente reniego mientras me sumerjo en mis propias cavilaciones, al fin y al cabo mi único vínculo con la cordura. Sé que existe una llave que abre esa puerta ante la que me encuentro y sin embargo no cuento con el plano que me lleve a ella. Miserable suerte la mía, miserable condición humana de la que me avergüenzo. Quisiera ser célula y flotar en el líquido elemento, ser capaz de exaltar mi simpleza y vivir según el código que se me ha marcado...

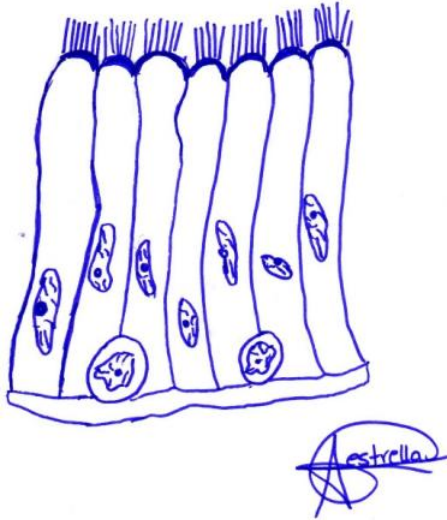
Mi sistema simpático grita mientras mi frente se perla se sudor y mis manos comienzan a temblar. Siento frío y sin embargo lo ignoro como quien ignora al propio destino siendo consciente que terminará por darnos alcance. Siento cómo mi



alma me abandona, me despersonalizo bajo biorritmos extracorporales que se convierten en pura metáfora de existencia. Quiero y no puedo rendirme. Exijo respuestas. Hasta creo que se me ha escapado algún que otro exabrupto al que nadie puede dar respuesta, ni tan siquiera mi hijo, que permanece postrado en la cama, mirándome fijamente, con dulzura, perdonando que con todo el peso de mi propia ciencia no pueda dar con la clave que me permita desatarlo de las garras de la muerte.

Estoy ciego, he perdido la batalla, mi hijo se ha ido...





## Extraño diálogo

*Morgagni*

Aún enfocaba las lentes de su anciano microscopio cuando un tenue sonido le hizo perder la concentración que tanto tiempo le había llevado conseguir. Aguzó el oído y no tuvo más remedio que dirigir la vista a la platina en la que descansaba el portaobjetos pues de allí parecía proceder el susurro que le tenía intrigado. Todo parecía estar en orden. La segunda llamada de atención le terminó de desconcentrar y, ajustándose las gafas que se había quitado, como de costumbre, a la hora de trabajar,

descubrió como un diminuto ser rosado se dirigía a él con arrogancia. No daba crédito a la realidad. Sin lugar a dudas se había quedado dormido y estaba protagonizando un sueño surrealista; o también podría estar empezando a delirar tras largas horas forzando la visión y el intelecto. Parpadeó y volvió a sentir un escalofrío al enfocar a ese pequeño ser que, curiosamente conocía su idioma. La célula, altiva lucía un vestido de gasa rosa eosinofílico, seguramente escogido para la ocasión, tal era la importancia que le daba a esta entrevista. Ni corta ni perezosa comenzó su diálogo:

—Por fin te dignas a prestarme atención

—Pe, pe, pero...

—Sí, ya lo sé, no esperabas que te hablara una célula, pero acepta la realidad, alguna vez tenía que ser la primera

—Mmmmm...

—Te has quedado sin palabras, perfecto. Da igual. Mantén esa boquita cerrada y escucha lo que tengo que decirte

—De acuerdo

—Te hablo en nombre de todas las células de esta población. Nos sentimos infravaloradas e incomprendidas y eso que ponemos todo de nuestra parte para que llegues al diagnóstico correcto. Te agradecemos, eso sí, que nos vistas con estos vistosos colores que tan lucidas nos hace sentir, e incluso estamos en deuda contigo por ayudarnos a identificar a esas molestas bacterias larguiruchas que tanto se pegan y que no dudan en comernos a besos al menor descuido. Pero lo de los baños de inmersión en xilol... eso no te lo perdonamos. Muchas han perdido la cabeza, e incluso el corazón, y han muerto de pena. ¿es así como

quieres que terminemos nuestros días?. Creíamos ser un equipo y por ello te queremos proponer un trato.

—Soy todo oídos

—Podrás mover la platina a tu antojo que nosotras permaneceremos quietas sin movernos y sin marearnos, para que no pierdas ningún detalle arquitectural. A cambio queremos que no seas demasiado brusco por eso de la discohesión.

—Hecho. Más.

—Cuando sea necesario taparnos con un cubre, echa un poquito menos de pegamento, no sabes lo incómodo que es para una estar embadurnada con ese potingue. Si eres cuidadoso, prometemos no amontonarnos ni hacer pompitas de esas que tanto te fastidian.

—Está bien.

Aprovechando la coyuntura, la célula se creció y le dio al intelecto con el único fin de mejorar sus condiciones de existencia. Las peticiones pasaron a ser más osadas. Por su parte, el citólogo, incrédulo, empezaba a esbozar una sonrisa que el diminuto ser interpretó como de predisposición. Qué equivocada estaba la pequeña célula.

—Cuando limpies los bordes del portaobjetos con la bayeta procura no hacer un barrido vigoroso. Sólo en la última semana he perdido a muchas hermanitas indefensas

—Perdón – se disculpó él, ahora con el rostro compungido.  
– Sólo me limitaba a hacer mi trabajo. Te pido, por favor, que vuelvas a tu sitio pues necesito estudiarte en tu ubicación habitual para poder diagnosticar el enredo que le habéis hecho a esta paciente.

—A sus órdenes capitán. Ya verás como a partir de ahora mejora nuestra relación – con esta sentencia todo volvió al orden. La sonrisa volvió a aflorar en los labios del científico, no solo por alcanzar el ansiado dictamen sino por considerar absurdo el diálogo mantenido y, sabiéndose superior a una simple célula insolente, quién se habría creído que era, tomó el porta y lo arrojó al cubo de los residuos. Quedaba demostrado quién mandaba en el laboratorio...



## La célula en movimiento

*Morgagni*

La célula dormida había despertado. Los cuatro integrantes del grupo habían recibido la orden de actuar. La espera había llegado a su fin. El desasosiego dio paso a nuevas sensaciones. A pesar de haber estado esperando tanto tiempo a que llegara el día, ninguno de ellos podía negar que una inquietud diferente se había apoderado de sus vidas. El líder, haciendo uso de sus atribuciones, concedió un par de horas para que todos se equiparan según las directrices del intenso entrenamiento al que

se habían sometido. Cumplido el tiempo, se dirigieron con parsimonia al automóvil que les esperaba en la puerta del edificio. Últimas plegarias. Inquietud. La voz del jefe los volvía a sumir en ese letargo que tan bien sabía transmitir. Tan sólo unas gotas de sudor perlaban las frentes espolvoreadas con el talco ritual. Miedo. Quizás fuera miedo lo que les impulsaba y al tiempo les retenía en sí mismos. El vehículo tomaba las calles con la lección aprendida. Restaban aún unos minutos hasta alcanzar el minarete.

La torre, orgullo de todos los que habitaban en sus inmediaciones, se encontraba tomada por oleadas de turistas de nacionalidad heterogénea que sólo tenían en común la abrasión cutánea fruto del inclemente astro rey y la cautiva mirada de la que la atalaya era dueña.

Estacionaron en las cercanías de la plaza y comprobaron que todo estaba correcto antes de salir y respirar el aire, quién sabe si postrero, que se colaba por sus fosas nasales. Dos de ellos se colocaron en la cola que daba acceso para la subida al monumento. El jefe y su subalterno hicieron lo propio en la Catedral. Miraron sus relojes, cruzaron sus miradas y asintieron a modo de despedida, la suerte estaba echada.

Pasaron los segundos, los minutos y la primera hora. Cada cual debería haber tomado posesión del lugar asignado en el tablero de juego. La espera sería corta. Todos miraban de vez en cuando cómo la aguja surcaba la esfera del tiempo una y otra vez. La tensión crecía. El miedo también. Risas, júbilo y alborozo, macabro contraste de vidas escritas al revés. Ninguno quiso empatizar con los juegos de los niños que habían aprovechado la oportunidad que se les brindaba para disfrutar de las mejores vistas de la ciudad, en el fondo ya estaba dictada su sentencia de muerte.

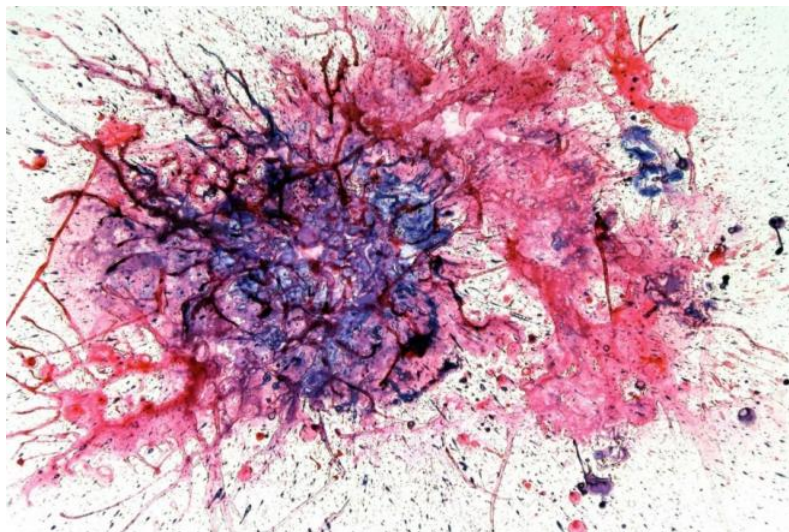


Empezó la cuenta atrás, apertura de abrigos, manos a los detonadores, últimos suspiros y...la nada más absoluta. La ciudad murió porque así lo hizo el corazón que le daba vida. Ni siquiera la sangre se atrevió a asomarse entre los escombros. La célula dejó de serlo para convertirse en un todo. Verdugos y ajusticiados se enfrentarían en otra dimensión. La parte y el todo compartieron significado. Silencio...

El llanto del recién nacido llena de dicha a la madre que, sintiendo aún los dolores del parto, olvida todo sufrimiento para acurrucar al pequeño en su regazo. El padre, manteniéndose en un segundo plano, duda en acercarse a la criatura, extendiendo la mano para acariciar la diminuta cabeza del que significará un nuevo hálito de esperanza. La vida vuelve a ganar la partida a la muerte.

De repente, una ráfaga de viento entra furtiva en el paritorio, alguien ha debido de descuidar el cierre de la ventana. Cuando la matrona se acerca presurosa a cerrarla, comprueba a lo lejos cómo la ciudad ha perdido sus señas de identidad. Es imposible buscar sustituta para la torre madre y maestra. Algún día, alguien le contará al pequeño infante la historia...





## Si me dieras un momento

*El Palmero*

Si me dieras un momento para decirte que también siento, si me dieras un momento para gritarte que no eres uno sino un conjunto de millones, si me dieras un momento para enseñarte que cada uno de tus actos, cada movimiento, cada respiración, cada pensamiento no son sólo tuyos, sino que forman parte de un todo...

Si me dieras un momento para enseñarte que el tiempo es relativo, que la vida no se mide por su duración sino por su

intensidad... Si me dieras un momento y pensaras que el alma no es sólo una característica de tu ser sino la conjunción de todo un mundo... pues aunque no lo creas yo también tengo un alma, poseo una conciencia y un motivo, ya sea formar los pilares de tu organismo, dar forma a las estructuras de tu cuerpo, o permitir el desarrollo de tu pensamiento... pero al igual que tú, no tengo conciencia de que formo parte de algo mucho más grande, un organismo superior que no funciona de modo autónomo sino que responde a las directrices de por un conjunto de millones y millones de seres... Si esto fuera cierto, tal vez por un momento te detendrías a pensar que tú mismo te mereces respeto.

Si me dieras un momento para decirte que desde el momento en el que nací hasta el momento de mi muerte mi objetivo ha sido formar parte de ti...

Si me dieras un momento y dejaras de pensar en mí como en una estructura básica envuelta en una membrana que solamente busca ejercer funciones de homeostasis, que sólo tiene sentido en un determinado contexto y me vieras más como un individuo...

Si me dieras voz un momento, te diría que no somos tan distintos, que vivimos en sociedad y que según cómo respondamos a los estímulos que nos rodean seremos un engranaje o nos convertiremos en un cáncer...

Si me dieras un momento, tendría mil cosas para decirte.

## ÍNDICE DE AUTORES

Clint... Rubén Peña Fernández  
Rocío de la mañana... Rocío Piñero Virué  
La decimista... Adania Guanche Martínez  
Genes... Manuel Huertas Caballero  
Dani Carbonell... Antonio David Sánchez González  
Simón L Ferrán... Silvia Asensio García  
Tejedora de sueños... María Esther Ruiz Zumel  
Jucort... Pablo López Serrano  
Cruzki... Francisco Javier Velasco Albendea  
Niashi... Carlos Martí Mezquita  
La enfermera tiritas... Joana Arteche Eguizabal  
Nikita Nipone... Paloma Hidalgo Díez  
Towanda... María Sergia Martín González  
Fa442... Susana Cruces Roldán  
Poquelín... María Rosario Naranjo Fernández  
Álvaro de Bazán... Ginés Vera Bellido  
Gregor Kepesh... Adrián Maesso  
Querub... Paqui Vázquez García  
Mitocondria Suspica... Mónica Viñas Hernández  
Alison de Trevi... Alison Torres Martínez  
Koala... Sam Corcobado Moreno  
Profesor Lopitoff... Luis Rubio

Elah... Alba Miras Lima  
Spirogyra... Rosa García Cachán  
María Galván... Monserrat Márquez Silva  
Zamit... Pablo Montaña Pomares  
La dueña de la posada... Pilar Fernández Machín  
Aurelia Mistrali... Mercedes de Pablos Candón  
Godofredo... César Luis Ramírez Tortosa  
Mayo 16... Elías Arguello Alonso  
EmoZiona... Francisco Javier Martín Valencia  
Darwin... Gianni Pablo Cignetti  
Puzle... M. Alberto Villadiego Silva  
Angie... María Ángela Millán López  
Azul de Toluidina... Álex Porras Segovia  
Mike Beta... Manuel Jesús Márquez Silva  
Disfraz de Palabras... Carmen Calero Rubio  
Jaime Catedral... Juan Iglesias Martín  
Baltasar Meridius... Miguel Bellido Torres  
La rana... Mila Argueta Romanova  
Bibliotecaria de la vida... María del Carmen Macedo Odilón  
Isis... Héctor Roberto Brea  
FelizardoPuli... Luis Alberto Guiñazu  
Armand Jean du Plessis... Francisco Huesa Andrade  
Mostachón... José Antonio Alfaro Mariscal  
Syrma... Jael Fernández Cadenas  
El Palmero... Willy Pinto Morales  
Morgagni... Francisco Javier Torres Gómez

*Relatos cortos curiosos sobre la célula*

Queremos dar las gracias a Amelia Torres Gómez, Raquel Sánchez Serrano, Sebastián Ortiz Reina, Estrella Casaus Martínez y Javier Torres Sánchez de Medina y Pablo Torres Sánchez de Medina por la cesión desinteresada de sus dibujos o fotografías

*Dibujante: Carmen Nieto Escalante.*

